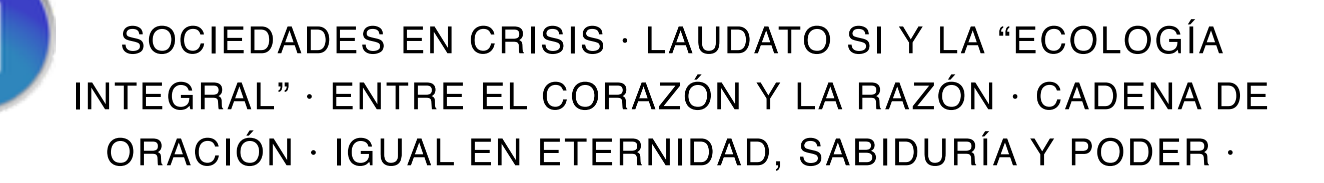
RENOVACIÒN

REVISTA MENSUAL TEOLÓGICA Y DE OPINIÓN

099

11

2021



SOCIEDADES EN CRISIS · LAUDATO SI Y LA “ECOLOGÍA INTEGRAL” · ENTRE EL CORAZÓN Y LA RAZÓN · CADENA DE ORACIÓN · IGUAL EN ETERNIDAD, SABIDURÍA Y PODER ·

ЯENOVACIÒN

REVISTA MENSUAL TEOLÓGICA Y DE OPINIÓN

99noviembre**2021**

Revista Renovación nº 99 · Año 2021 · noviembre · Revista mensual (no lucrativa). · **Correo**: editorenovacion@gmail.com · **Edición**: Emilio Lospitao · **Diseño**: Lola Calvo · **Consejo editorial***:* Jorge Alberto Montejo · Juan Larios · Julián Mellado · Lola Calvo · Emilio Lospitao. Imagen de portada: klipartz.com

COLABORAN: Félix Benlliure Andrieux · Javier Moreno Pampliega · Jorge Alberto Montejo · Juan A. Monroy · Juan Larios · Julián Mellado · Lola Calvo · Renato Lings · **OTROS**: Alfonso Cruz · Alfonso Ropero · Brenda García · cristianismeyjusticia · Esteban López González · Isabel Pavón · Jairo del Agua · José María Vigil · Roger Lenaers

WEB: revistarenovacion.wordpress.com



Una nota personal

La primera vez que tuve acceso a un texto bíblico tenía unos ocho o nueve años de edad. Era un Nuevo Testamento de bolsillo. Se lo había regalado un cura a mi padre por un trabajo de carpintería que le había realizado. Mi padre era carpintero. Sin mucho interés por la lectura de dicho "librito", mi progenitor me lo dio... ¡Era un libro sobre religión, pensaría él! No fui metódico en la lectura, pero recuerdo que algunos relatos me enganchaban mientras que otros los consideraba muy complejos. De otros más simplemente me preguntaba si eso que contaba el autor habría ocurrido de verdad o tendría algún otro significado que yo no alcanzaba a entender. Por ejemplo, que los que creyeran en Jesús "tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño" (Marcos 16:17-18).

El "librito" en cuestión se perdió y no se supo nunca más de él, pero sus historias quedaron en mi mente. Fue en un kiosco de la estación de ferrocarril de Mérida (Badajoz, España), durante mi periodo de "mili", que despertó mi curiosidad un libro titulado "Los Apóstoles". No recuerdo el nombre de su autor. Lo compré, más que por algún interés religioso, por los recuerdos que me evocaron de las lecturas de aquel perdido "librito"; "Los Apóstoles" contenía muchas citas de él.

Con mi traslado a la capital de España dio comienzo una nueva etapa de mi vida: me había casado, había sido padre de mi primer hijo e iniciaba una carrera profesional en lo que hoy se denomina Policía Nacional. Al pasar por un escaparate de una librería, en Madrid, vi que ofertaban una Biblia de formato grande, entré y la compré, 250 pesetas. Corría el verano de 1971. En mis muchas horas libres de servicio leía por doquier en aquella Biblia sin un programa de lectura, saltando de atrás hacia adelante y de adelante hacia atrás. Me encontré con el mismo problema que cuando era niño: ¿Cómo tenía que interpretar ciertos relatos que encontraba en la Biblia? Estas dudas originaban en mí cierta desazón y, sobre todo, una profunda frustración intelectual y teológica. ¿De verdad habló la asna de Balaam (Números 22:28)?; ¿se paró el Sol casi un día entero a la orden de Josué (Josué 10:12-13)? Sabía que el Sol no pudo ser, pero, ¿dejó entonces de girar la Tierra sobre sí misma?; ¿retrocedió la sombra diez grados del reloj (de sol) de Acaz, es decir, se detuvo la Tierra y giró a la inversa el equivalente a dichos diez grados (2Reyes 20:10-11)?; y otros muchos textos más...

Mi sentido común me decía que esos relatos deberían tener alguna significación simbólica, moralista sin duda, pero no estaba seguro. La lista de preguntas que me formulaba a mí mismo era muy larga. En cualquier caso, teniendo en cuenta que venía de una absoluta indiferencia religiosa, y a pesar de estas cuestiones puramente hermenéuticas, había descubierto al Jesús de los Evangelios.*

La cuestión es que, llegado aquí, después de muchos años, el Jesús de los Evangelios, a quien había descubierto mediante la lectura del Nuevo Testamento, y me había inducido de la indiferencia religiosa a la fe, ahora me ha devuelto a la indiferencia "*por lo religioso*" (clero, dogmas...). Dicho de otra manera: el Jesús que me trajo a la fe, es el Jesús que me ha sacado de lo que él nunca fundó: una religión. Hoy me siento libre; esta libertad ha sido un proceso; vuelo libre y alto, como Juan Salvador Gaviota.♦

(*) Testimonio más amplio en el prólogo de "*Caer en la cuenta*", en Biblioteca del blog de Renovación).



EL BLOG DE RENOVACIÓN

La imagen de arriba muestra el aspecto actual de la página de inicio del blog de la revista Renovación.

Ahí estarán disponibles todas las ediciones de la revista en formato pdf a partir de primeros de diciembre próximo.

Además de la revista, el visitante del blog podrá encontrar veintitantas obras más en "biblioteca" con diversos contenidos en el mismo formato.

En el "buscador" (widget lateral) puede realizar búsquedas por palabras, excepto revistas. En "categorías", además de leer los editoriales sueltos, puede encontrar otros escritos breves de diversos de temas, eligiendo la "categoría" oportuna. Para entender mejor la dinámica del blog entre en "mapa del blog" del menú superior.

¡Todo es gratuito!

Dirección de internet:

https://revistarenovacion.wordpress.com

Manos desnudas

Cumbre Vieja acaparó a los medios de comunicación el 19 de septiembre pasado, cuando empezó la primera erupción de lava. Un volcán que no ha dejado de escupir una colada incandescente que se desliza como una lengua que devora sin piedad casas y haciendas. Una fuerza imparable que abrió otra boca que vomita magma hasta precipitarse al mar. Y esos temblores, y ese miedo al aire que uno respira, y ese ruido que día y noche recuerda a los habitantes de la isla la amenaza de una presencia activa con poder de arrebatarles hasta el sueño.



Lola Calvo

Escritora

Mientras quedamos extasiados por la belleza de una naturaleza que nos desborda, tenemos la conciencia de lo que debe doler dejar atrás aquello que representa la seguridad del día a día. A decir verdad, me cuesta ponerme en esa situación con realismo. Una casa es el castillo de quien la posee, su refugio y su reino. Es el lugar en el que guardamos aquello que nos sirve para el funcionamiento de nuestra vida, nuestro cuartel general y, sobre todo, es ese espacio en el que se alojaron nuestros olores, nuestros recuerdos; esos objetos cargados de pequeñas memorias; aquel cuaderno en el que escribíamos nuestro diario; la carpeta con los primeros dibujos de nuestros niños; el suéter favorito con el que gustamos a nuestra pareja; los libros, de cubierta desgastada en los que habíamos subrayado frases que nos hicieron pensar; las cajas de fotografías entre las que estaban los abuelos y los momentos más tiernos.

Tenemos que dar gracias porque no está habiendo pérdidas humanas; también porque ha surgido la solidaridad entre vecinos y el Estado inyecta una considerable suma para paliar lo destruido, no solo las habitaciones sino el medio de vida de muchísimas familias. Hemos visto la sensibilidad


Huyendo de la lava - La Palma

Foto: elcomercio.pe

hacia los animales que curiosamente han terminado en "el arca de Noé".

No obstante, me pregunto, qué metamorfosis deberán sufrir los palmeros, para guardar el equilibrio interior, para no caer en el desánimo agudo. En latitudes como las nuestras, donde en general vivimos bien con tendencia a acumular bienes —muchos de ellos innecesarios, ahora lo comprendemos mejor—, quedarse literalmente con las manos vacías, con lo puesto y… pare usted de contar, pone a prueba la resistencia del afectado. Sería un buen ejercicio para nosotros mirar nuestro acontecer diario con ojos nuevos. Ya la pandemia ha hecho estragos en todo el país (permítanme quedarme en este contorno geográfico), creando desigualdades y para algunos, pérdidas que, sospecho, serán irreparables en muchos casos. Hay quienes tienen más cuestiones a favor, del mismo modo que hay quien seguirá luchando, mientras otros dejarán de hacerlo por entender que su situación ya no tiene remedio.

Estamos tan apegados a los bienes materiales que a lo largo de nuestra existencia nos han vendido como imprescindibles, que, para muchos, dar un salto hacia cambios de vida, de conceptos, de maneras de actuar diferentes —y no necesariamente peor—, es un abismo insalvable.

Recuperar la paz y la dignidad estaba en el ánimo de Jesús de Nazaret cuando aboga por los pobres que han perdido todo y responsabiliza a quienes tienen bienes a que compartan lo que el Padre les ha dado. Entrar en esa dimensión nos permite dar de corazón, no por lástima, para no degradar al que recibe. Y dar de nuestra esencia, cada uno según entiende, para dignificar al que necesita la ayuda sea de la índole que sea. Aquí deberíamos entender que: no son las riquezas, que nos ofrece o demanda el sistema en el que estamos atrapados, lo que debemos perseguir, recordando que nuestros sentidos están presos por lo que consideramos deseable y perseguible. Analizar lo que estamos viviendo debería servirnos para limpiar de hojarasca nuestro recorrido. Pongámonos en guardia, recelemos de esos carteles luminosos que nos señalan el camino fácil, no sea que perdamos la meta y nos pasemos cuarenta años dando vueltas inútiles. Porque la pobreza más terrible es aquella que llega hasta el fondo de nuestro ser, donde ya no quedan resortes ni fuerzas para reconocer la senda que conviene tomar. Y ese punto no se recupera tan solo con comprar bienes, sino con fortalecer aquello que somos.

Recordemos a Bauman en su *Amor líquido* para retomar la esperanza de un sentir colectivo y desde allí luchar por evitar la desintegración social. Solo así, surge la esperanza de una situación que genera nuevos vínculos de solidaridad auténtica capaz de enfrentarse a la angustia y el pánico de perdernos a nosotros mismos.♦

Sociedades en crisis

Los tiempos que corren nos indican con una claridad meridiana que vivimos situaciones complejas y confusas a la vez en todos los ámbitos humanos y desde distintas dimensiones.



Jorge Alberto Montejo
Licenciado en Pedagogía y Filosofía y C.C. de la Educación. Estudioso de las Religiones Comparadas.

Negar esta evidencia requiere, ciertamente, fe y, desde luego, una visión o muy optimista o muy miópica.
Efectivamente, da la sensación que la humanidad ha perdido el rumbo a su destino (si es que alguna vez a lo largo de la historia lo ha tenido, claro está) y vive un tanto a la deriva, sin expectativas serias, formales y, lo más importante, fiables y seguras. Por todo ello es que podemos hablar con propiedad de *sociedades en crisis*. Muchas veces se ha hablado de que nuestras sociedades posmodernas viven en una crisis de identidad y valores y no cabe duda de que ambos son determinantes en la configuración de los distintos esquemas sociales con sus derivaciones culturales, políticas y religiosas, entre otras. Decía el eminente sociólogo y jurista catalán **Salvador Giner** que toda acción social funcional iba encaminada hacia la integración con un mayor o menor grado de cooperación. Y es aquí, a mi juicio, que radica el fondo del problema que asola a nuestras sociedades posmodernas: *la carencia de implicación e integridad social y la ausencia de cooperación efectiva a todos los niveles, seguramente motivadas ambas por la permanente crisis de identidad y de valores a los que me refería antes*. Todas las sociedades pretéritas atravesaron su particular *viacrucis* en ausencia de *vía lucis* que las encaminara por senderos menos ásperos y difíciles donde la armonía y la paz social fueran el denominador común.

Manifestación neonazi permitida por la Delegación del Gobierno en Madrid. | Twitter. Foto: libertaddigital.com



Analizar las derivaciones que están tomando nuestras sociedades posmodernas de manera breve y precisa sería tarea prácticamente imposible. Tan solo en este breve artículo la idea es esquematizar algunos aspectos puntuales que más nos pueden llamar la atención.

Algunas de estas derivaciones tienen, obviamente, implicaciones de significado ideológico bien definido, sobre todo de contenido político y religioso que entroncan directamente con ciertos *mensajes de odio* (en algunos casos tipificados en el código penal como delitos) de forma directa o subliminalmente. Mensajes relacionados con el fenómeno migratorio, racista y homófobo, entre los más llamativos. Recientemente la manifestación de carácter neonazi y homófobo del barrio madrileño de Chueca ha sido especialmente llamativo para los medios de comunicación y para muchos ciudadanos que contemplaban asombrados cómo se permitió semejante acto propagandístico al más puro estilo fascista. Verdaderamente incomprensible y que ha servido de botón de muestra de la situación social de crisis que padecemos.

El caso es que la *libertad de expresión* (uno de los logros más destacables de las sociedades democráticas) con frecuencia choca de llenos con cierto tipo de mensajes o acciones que amparadas por el mismo derecho a la libertad de expresión no cometen infracción de las leyes. *Nos encontramos en la frontera entre lo permitido y lo prohibido de no fácil resolución jurídica*. La crispación política que se vive en nuestras sociedades actuales se ve agravada en muchas ocasiones por la confrontación de ideas, las cuales, cuando se objetivizan, no deberían de causar excesiva tensión. *El problema viene cuando el apasionamiento ideológico no es contenido generando situaciones broncas, de disputa continua, que es lo que sucede con la clase política de nuestro tiempo en nuestras sociedades posmodernas*.

En el ámbito religioso el panorama tampoco es muy esperanzador que digamos. Y es que considerando la significación que el *fenómeno religioso* tiene en el acontecer humano determinadas actitudes y comportamientos también dan pistas por dónde va el pensamiento religioso. Y una de las fibras más sensibles de ese sentir religioso está en la no aceptación de la *orientación sexual* fuera del comportamiento considerado "normal", es decir, el *heterosexual*. Aquí se trata, al igual que en el ámbito político, de prejuicios ideológicos de carácter homófobo con el agravante de demonizar todo comportamiento sexual que se salga de sus estrechos cauces doctrinarios e ideológicos.

En fin, un panorama nada alentador y poco esperanzador, digámoslo así. Solamente cuando nuestras sociedades posmodernas despierten a una realidad más evolucionada y tolerante a la par que menos farisaica y puritana habremos avanzado algo en el camino. Entretanto, toca estar expectantes.♦



Arqueología de la diosa y de la religiosidad

Hemos vivido mucho más tiempo con diosa que con dios

Hasta hace unos cien años los pueblos de Occidente hemos pensado que el mundo tenía unos 6000 años, los que relata la Biblia. Lo han creído científicos tan grandes y recientes como Newton y Kepler. Hoy sabemos que son 13.730 millones de años.

José María Vigil

Trabaja teológicamente en internet desde los "Servicios Koinonía" (http://servicioskoinonia.org) y forma parte de la "Comisión Teológica Latinoamericana" de la ASETT, Asociación de Teólogos del Tercer Mundo

Historia de la evolución de nuestra religiosidad

En el campo de la historia solemos pensar que ésta comenzó con Sumer, Mesopotamia y Egipto, hace unos 5500 años. Todo lo anterior quedaría en la noche de los tiempos, sin valor para nosotros...

Obviamente, el 'testimonio' de la Biblia se remonta sólo hasta esas fechas; no nos dice nada sobre lo anterior; lo más antiguo de la Biblia surge ya bastante después del cambio radical de mentalidad que la revolución agraria provocó en la humanidad, y que además borró la memoria anterior. Por eso, lo que la ciencia hoy nos descubre de antes de esa época nos resulta muy valioso, porque es un pasado humano que nos puede decir mucho de nuestras raíces espirituales.

En efecto, lo que la antropología cultural y la arqueología han descubierto respecto a la religiosidad humana del tiempo del Paleolítico (conocemos más o menos hasta hace 70.000 años) es también nuestra «historia sagrada», que, sin duda, no puede dejar de estar presente en lo más hondo de nuestro subconsciente colectivo, en nuestra psiqué humana.

Varios milenios antes de que aparezcan Sumer y Egipto descubrimos un ser humano paleolítico con una religiosidad muy diferente a la que conocemos de los pueblos posteriores. Se trata de una religiosidad presidida por la veneración de la naturaleza



La *Venus de Willendorf*, del Paleolítico Superior, que se estima que fue esculpida entre el 24 000 y el 22 000 a. C. (Wikipedia)

concebida vagamente como Gran Diosa Madre, fuente de fecundidad y de vida, a la que los humanos se sienten profundamente vinculados. No hay dioses tribales, identitarios, de cada pueblo, sino una 'divinidad' femenina, materna, providente, que es representada universalmente en estatuillas de una mujer, madre, incluso en el acto del dar a luz o del amamantar. Decenas de miles de estas estatuillas testimonian la universalidad de esta visión religiosa asentada sin duda como un arquetipo en el instinto religioso de aquellos grupos humanos.

Es la Tierra, la naturaleza, sentida y considerada como divina, femenina y materna, que tanto da la vida como nos acoge en su seno con la muerte, y que se revela como 'transcendente', pero no hacia afuera o hacia un más allá del mundo, de sí misma, sino hacia adentro, hacia el misterio interior mismo de la realidad cósmica.

Esta religiosidad paleolítica preagraria no la descubrimos hoy como peculiaridad de algunos lugares concretos, sino como un (¿primer?) estadio de la religiosidad humana que se ha dado en toda la extensión actualmente atribuida a la humanidad prehistórica: en las culturas indígenas, autóctonas, originarias, antes de ser afectadas por la revolución agraria y su consiguiente revolución urbana. Aún hoy, en todos los continentes se hallan todavía grupos humanos y pueblos indígenas que quedaron al margen de la revolución agraria y conservaron esa religiosidad humana originaria. Pues bien: en esa espiritualidad centrada en una naturaleza divina y materna hemos vivido mucho más tiempo que el que ha pasado desde que la abandonamos. Podríamos decir gráficamente que hemos pasado mucho más tiempo con diosa que con dios.

Uno de los lugares actualmente más documentados a este respecto es la Antigua Europa, puesto al descubierto por la arqueóloga Marija Gimbutas.

Su trabajo sacó a la luz innumerables yacimientos arqueológicos en esa área, que evidencian la línea matrilineal de las civilizaciones a las que pertenecen, la ausencia de vestigios militares, sin muros de defensa, sin guerras ni conflictos, con notable equidad entre las clases sociales, florecientes en el arte, y siempre con esa religiosidad centrada en la naturaleza divina e 'inmanente'. Anatolia, Creta, Macedonia, el Este de Centroeuropa... dan testimonio de esa larga época civilizacional caracterizada por este tipo de religiosidad. Es una zona exhaustivamente estudiada, que no parece ser una singularidad o excepción, sino que, al contrario, parece mostrar una estructura común de la religiosidad humana, que se conservó en todos los lugares que han quedado lejos de la revolución agraria, tanto en América como en África y

Una estatuilla de la cultura de Cucuteni, IV milenio a. C. (Wikipedia)



Asia. **¿Qué nos hizo cambiar? ¿Dónde nos equivocamos?**

Son varios los factores que posiblemente influyeron en nuestra evolución y nos desviaron.

• Tal vez el primero sea el descubrimiento del cultivo de la tierra. En vez de cazar los animales en sus migraciones, y de recolectar frutos de manera itinerante, aprendimos a cultivar las plantas y domesticar los animales para alimentarnos. Dejamos de ser nómadas y nos hicimos sedentarios, vinculándonos a la tierra que comenzamos a trabajar.

• Ello conllevó otra profunda transformación: dejamos de vivir en manadas o bandas y nos asentamos en aldeas, que con el éxito de la acumulación de excedentes agrarios, pronto pasaron a ser ciudades, y luego ciudades-estado, muchas de las cuales se constituyeron en cabezas de pequeños y de grandes imperios. Fue la revolución urbana. Estábamos pasando a vivir en sociedad, lo que según los antropólogos fue probablemente el trauma más difícil que hemos afrontado como especie: hubimos de reinventarnos. Por primera vez, tuvimos que ordenar la convivencia para pasar a ser una sociedad, creando el derecho para regular la propiedad, la familia, la autoridad... Pues bien, toda esa compleja organización la hicimos de hecho con las religiones, que aparecieron entonces precisamente; la religiosidad de la gran diosa madre quizá se vio desbordada por la revolución urbana.

• Un tercer factor, decisivo, y sin embargo muy poco tenido en cuenta, fue el fenómeno de las invasiones arias y semitas, que se dieron, procedentes del sudeste asiático y de los desiertos siro-árabes (llamadas «indo-europeas»), en tres oleadas, a partir del 4500 a.C. Las invasiones de los arios de las estepas del Sur de Siberia habían adoptado la agricultura y la ganadería, y habían domesticado al caballo; en un momento determinado, se lanzaron a la conquista de nuevas tierras, animados por una espiritualidad guerrera y dominadora, avasallando, destruyendo e imponiendo su nueva visión religiosa de un Dios transcendente, separado de la naturaleza y dominador de la misma, guerrero, y sobre todo masculino, servido por sacerdotes y autoridades masculinas.

Tres fueron las oleadas de las invasiones a partir del 4500 a.C., las de los kurgans y los arios por el norte del Cáucaso, y las de los semitas por el sur, por los desiertos siro-árabes. Los expertos antropólogos consideran que el testimonio de la espiritualidad guerrera que estos invasores impusieron a sangre y fuego nos ha llegado tanto por la literatura griega cuanto por el Antiguo Testamento. La Biblia judía –como las demás religiones de la época– surge dentro ya de esta nueva etapa espiritual

humana de las religiones tribales, guerreras, de conquista, con dioses ahora masculinos, y «espirituales» (espíritus separados de la naturaleza), y con una visión de la naturaleza despojada de toda misteriosidad, como una naturaleza «fabricada» por Dios, meramente material, como un cúmulo de recursos a disposición de los humanos. Esta nueva comprensión de Dios propia de la revolución agraria y urbana, caló tan profundamente que borró de la memoria colectiva todo rastro de la anterior etapa espiritual, pasando a ser tenida como la primaria y original. Hoy sabemos bien que no lo es.

Cuestiones abiertas

En la actualidad la ciencia nos asegura que la vivencia espiritual primitiva que la Biblia recoge no es nuestra primera etapa religiosa humana, sino que antes hemos vivido otra anterior, muy diferente, y muy integrada con la Tierra; una religiosidad que, de haber perdurado, no nos hubiera traído al colapso ecológico actual. Esto cambia nuestros supuestos.

Hasta en esta zona más honda de la religiosidad humana, las dimensiones masculina y femenina inciden decisivamente en la forma de entender, encarar y vivenciar tanto la realidad del mundo como a nosotros mismos.

Y la constatación de que durante la mayor parte de aquel nuestro pasado remoto nos hemos relacionado con la dimensión transcendente de un modo encarnado en la naturaleza, percibiéndola femeninamente como Madre nutricia, providente y acogedora, no es una curiosidad científica, ni un dato irrelevante despreciable por haber sido ya olvidado de la memoria colectiva ancestral, sino que desafía nuestro axioma moderno de la masculinidad y la espiritualidad del Dios-*theos*, el «ente» en el que de hecho imaginamos depositada y personificada la dimensión divina de (toda) la realidad. Hasta en esta zona más honda de la religiosidad humana, las dimensiones masculina y femenina inciden decisivamente en la forma de entender, encarar y vivenciar tanto la realidad del mundo como a nosotros mismos.♦

Racionalidad
de las creencias religiosas 1/2

El hecho de que las creencias religiosas hayan estado tan extendidas en el mundo no es de fácil explicación



Jorge Alberto Montejo
Licenciado en Pedagogía y Filosofía y C.C. de la Educación. Estudioso de las Religiones Comparadas.

máxime cuando la mente y la razón humanas no han tenido señales claras (al menos en un principio) de la existencia de un Ser superior al hombre que dirigiera sus destinos en el mundo. Pero el ser humano es especulativo por naturaleza, desde que es un ser pensante y desde siempre se ha planteado la posible existencia de un Ser superior que, a la par que mueve y rige los destinos del universo, haya creado también al hombre. Esta percepción que tuvo desde un principio el hombre primitivo le llevó, en su evolución pensante, a plantearse no ya tan solo interrogantes, sino también a intentar encontrar posibles explicaciones que justificasen su vida en la Tierra. Y así, poco a poco, el hombre fue creando sus mitos de signo básicamente religioso que le permitiesen dar un sentido y una explicación a su devenir en un mundo plagado de peligros y que le sirviera, a la vez, como elementos protectores de su hábitat, para mitigar su angustia existencial ante el fin y sentido de su existencia.

Abordamos pues este tema, como decía, con la firme y sincera pretensión de ahondar algo en el posible sentido de las creencias, pero, al mismo tiempo, y como contrapartida (ya que de lo contrario el tema perdería objetividad) analizaremos los posibles sinsentidos y sinrazones de esas mismas creencias. Tan solo analizando el asunto desde esta doble perspectiva se podría formular, al final, un corolario sustancioso y concluyente, dentro de lo que cabe, claro está.

EN EL MUNDO DE LA RAZÓN

Que somos seres pensantes es un hecho incuestionable y que precisamos encontrar explicaciones que justifiquen de manera convincente nuestro devenir en el mundo es otra realidad evidente. Pero el camino

para encontrar explicaciones convincentes es arduo y complejo. De esto no cabe tampoco la menor duda. Desde la antigüedad, en lo que se ha dado en llamar el "período uterino de la humanidad", el ser humano comenzó a tomar conciencia de ser alguien, en contraposición con el mundo que le rodeaba, al que consideró algo. Fue en ese preciso instante cuando el hombre (hombre y mujer, en su sentido genérico, claro está) tuvo conciencia de su propia realidad en el cosmos. Pero no solamente esto. También empezó a tener conciencia de su independencia, es decir, de que aún siendo igual a los demás seres humanos que le rodeaban era, a la vez, muy distinto en su forma de pensar y hasta de obrar. Tuvo así consciencia de su propia identidad. Empezó entonces a comprender que el mundo era el escenario de sus acciones, las cuales, muchas veces, entraban en confrontación con las de los demás, surgiendo así los primero conflictos con sus congéneres. Y así fue como, poco a poco, en un proceso de larga evolución racional, el hombre fue asentando su raciocinio y entendimiento de las cosas y del mundo en el que se veía inmerso. El proceso evolutivo fue lento en el tiempo, pero continuo. El cenit de su evolución racional e intelectiva se produjo, con el correr del tiempo, en la era contemporánea, en la que nos encontramos nosotros. Por lo tanto, es indudable que acumulamos los conocimientos adquiridos de nuestros ancestros a lo largo de su período evolutivo y en este sentido somos muy afortunados. Sin embargo, quedan todavía asignaturas pendientes en la carrera de la humanidad a lo largo de su ya dilatada historia en el tiempo, como los problemas derivados del mal en el mundo y que no ha conseguido superar con su capacidad de raciocinio. Podríamos preguntarnos, ¿cómo es posible que con su uso de la razón el ser humano no haya conseguido superar el problema del mal que le asedia desde los orígenes de la humanidad? ¿Será qué alguna fuerza exterior a él e incontrolable por vía de la razón le imposibilite superar el problema del mal? Que el hombre tomó conciencia del mal muy pronto es un hecho evidente, como también lo es que no ha podido o sabido encontrar solución al mismo. Tomó también conciencia que el problema se le escapaba de los límites de su capacidad de raciocinio.

Ya los primeo filósofos de la antigüedad se plantearon el problema del mal y su irresolubilidad por vía de la razón y el conocimiento. El problema del mal antes que planteamiento teológico fue filosófico. Ya Epicuro (341-270 a. C.), desde su concepción materialista y hedonista de la vida, estableció la que se ha dado en llamar la paradoja de Epicuro, donde cuestiona el problema del mal y la intervención divina. Vendrían luego todo tipo de argumentaciones que trataron de dar explicación al mal en el mundo. Unas de signo ateísta y otras desde la óptica de la creencia religiosa, en las que se juega con el efecto del libre albedrío por parte del hombre en la elección de su camino en la vida, justificando, de este modo, la actuación o comportamiento divino. Pero, si hemos de ser objetivos,

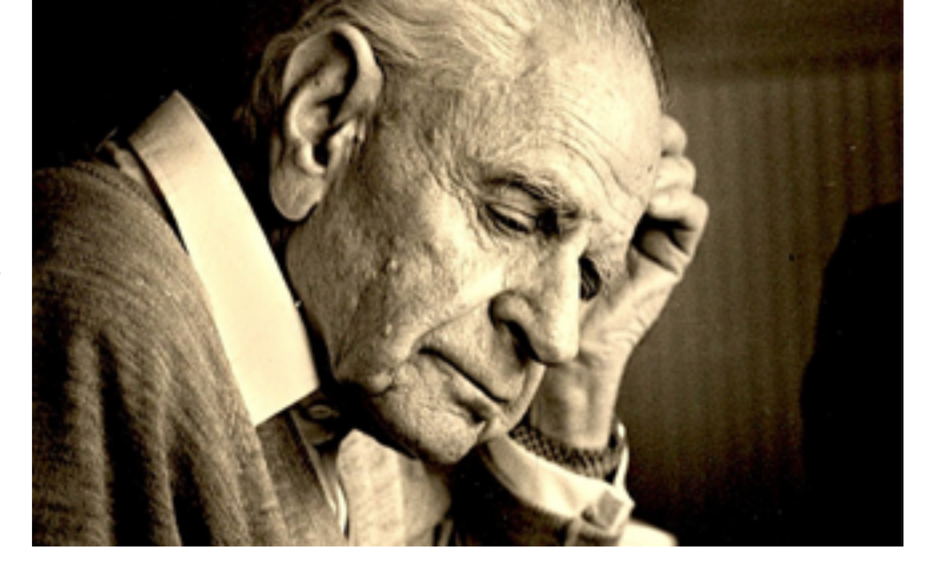
David Hume



desde una argumentación puramente racional, el problema se vuelve insoluble, aun para los creyentes en el libre albedrío del que se habla en la Biblia. Y es que la capacidad de raciocinio del ser humano tiene, obviamente, sus carencias y limitaciones. Pero todo esto ya fue tratado en extensión en un ensayo anterior sobre los argumentos de la teodicea, término que acuñaría Leibniz (1646-1716) al tratar de compatibilizar las bondades divinas con el problema del mal y del sufrimiento en el mundo y que poco tiempo después ahondaría en ellas Hume (1711-1776). Así que no abundaremos en ello.

Pero, el hombre, pese a todos sus intentos fallidos y sus desvaríos, continúa moviéndose en el mundo de la razón, sintiéndose impotente para acometer la difícil empresa de dar explicación racional plena a todo acontecer y fenómeno humano o sobrenatural. Algunos filósofos de la antigüedad llegaron a plantear que el hombre, preso de su angustia existencial creó a los dioses y su cortejo de divinidades para ahogar, al menos en parte, la agonía de su existencia, empleando aquí el término agonía en el concepto unamuniano de lucha y confrontación permanente. Pero esto, entiendo, sería una percepción muy banal y demasiado simplista. Hay algo más de fondo y trascendente que afecta por igual al ser humano en todas las épocas, civilizaciones y culturas habidas en el mundo desde sus albores hasta la actualidad. Que el hombre ha sabido crear y recrear sus mitos y simbolismos de lo divino es un hecho incontestable de lo que dan cuenta prácticamente todas las religiones del mundo, tanto las más arcaicas y politeístas hasta las más evolucionadas y monoteístas, incluyendo en este apartado las grandes religiones consideradas reveladas. Ha sido denominador común en todas las épocas de la humanidad, ante la impotencia de la razón por dar una explicación convincente y efectiva de la existencia de un Ser sobrenatural y trascendente, recurrir a mitos, tradiciones y leyendas que tratasen de dar una explicación más o menos racional de la existencia de ese Ser superior y sobrenatural. Pero esto, obviamente, no deja, en absoluto, satisfecha a la racionalidad humana que busca hechos constatables y verificables. Así surgió el llamado conocimiento científico, que sería acuñado ya desde Aristóteles (384-322 a. C.) y que fundamentaría la capacidad demostrativa y los principios del saber científico, estructurado en grados, como bien analiza el genio de Aristóteles en su Metafísica (I, 1). Desde Aristóteles hay, pues, una clara diferenciación entre el llamado conocimiento vulgar (que no ofrece pruebas verificables, empíricas y constatables), y el conocimiento científico (que sí las ofrece y pretende demostrarlas por vía empírica, experimental). Pero el conocimiento científico precisó de un largo camino en la historia hasta que se estructurase un verdadero método o camino de orientación y seguimiento en la demostración o refutación de los argumentos de la ciencia humana. Sería

Karl Popper



Descartes (1596-1650) quien le daría consistencia al conocimiento científico, dotándole de un sólido fundamento. Tuvo que ser el genio de un matemático como Descartes quien extrajera, precisamente de la disciplina matemática, su ideal metódico. Su Discurso del Método es todo un arte de estructuración del saber y del conocimiento humano. Spinoza (1632-1677) llegaría algo más lejos al argumentar, en sus esquemas dialécticos, la necesidad de la razón en todos los órdenes de la vida, en todas las esferas, incluyendo la política. Spinoza hablaría ya de niveles del conocimiento o formas de percepción del mismo. Y lo hace de manera magistral en su Tratado de la Reforma del Entendimiento (1677). ¿Qué persiguen los niveles de conocimiento que propone Spinoza? Leyendo detenidamente su Tratado se tiene la sensación (al menos yo así lo percibo) de que el fin último del conocimiento es alcanzar un entendimiento pleno de todas las cosas. Este parecer ser el propósito principal de su discurso dialéctico acerca del conocimiento. Pero para lograrlo se requiere la percepción de las cosas en las que se está indagando. Por ello propone una reforma del entendimiento que capacite para tener una mayor y mejor percepción de las cosas. Y es aquí donde entra en juego la percepción que el hombre pueda tener de lo divino y sobrenatural.

A la luz de la razón pienso que no cabe poner en duda esa percepción. La clave está, probablemente, en ver hasta qué punto tiene explicación racional. El problema estriba en discernir cuánto hay de imaginación en esa percepción y cuánto de argumentación razonada y constatada por la racionalidad. Difícil tarea, sin duda. Casi diríamos que irresoluble. A la luz de la razón pura, claro. Quizá pensemos que, afortunadamente, tenemos la revelación, la cual nos ofrece argumentos para creer en que lo divino y sobrenatural no es una simple ilusión. Es posible, aunque también es cierto que dada la extrema complejidad de la revelación (puesta en entredicho en muchos aspectos por la crítica racionalista moderna con bastante razón y sobrados argumentos), esta se nos antoja bastante escurridiza. No en vano se han formulado infinidad de teorías, supuestos, hipótesis, y toda suerte de argumentaciones por parte de los exégetas, tan dados a discernir supuestas verdades, no expuestas, en muchos casos, a la veracidad o falsación de las mismas, según la argumentación que esgrime Karl Popper (1902-1994), el gran filósofo austríaco contemporáneo. Claro que aquí se están discutiendo cuestiones de gran enjundia. Ni más ni menos que la veracidad o no de argumentaciones de carácter teológico-filosófico. No es intención de este ensayo de carácter exploratorio llegar a establecer conclusiones fehacientes y determinantes. Hacerlo sería una vana pretensión, además de equívoca.

Creo que solamente desde la humildad en la exposición de los argumentos se puede uno acercar al meollo del problema: la racionalidad de las creencias religiosas y su valor en el mundo. Por lo

tanto, nos encontramos en la tesitura siguiente ante el problema de las creencias religiosas: o se aceptan como un hecho incontrovertible y asumido desde los albores de la humanidad o, por el contrario, las ponemos en tela de juicio a la luz de la razón, aun considerando el indudable valor emocional y existencial que tienen para infinidad de personas en el mundo, más allá de cualquier concepción religiosa que se tenga. Esta segunda concepción abre las puertas al análisis de posibles argumentos sin fundamento racional alguno, como presumiblemente aparecen, cuando menos, algunos relatos de carácter religioso y que recogen distintas tradiciones y revelaciones religiosas. Pero esto lo analizaremos con cierta profundidad y extensión en el apartado siguiente al hablar de las posibles sinrazones de las creencias. Tan solo matizar, para finalizar este apartado, que en contra de los argumentos que se esgrimen para defender los postulados religiosos (y que bien pueden tener una base sustentatoria razonada y bien dirigida), se alzan otros argumentos que apoyados en la plena razón dan muestra de todo lo contrario, esto es, de las sinrazones de muchos relatos sustentados en las más variadas tradiciones religiosas, cuando estos relatos son interpretados de manera exclusivamente literal y fuera de un contexto socio-religioso determinado. Otra historia bien distinta es la interpretación de carácter simbólico que se le dé a ciertos relatos. Muchas aporías o contradicciones no se sustentan a la luz de la razón filosófica. Y las tradiciones religiosas (entre ellas la tradición judeocristiana) están llenas, al menos aparentemente, de ellas, como veremos.

EN EL MUNDO DE LA SINRAZÓN

Desde que el hombre tomó razón de sus creencias religiosas tratando de justificarlas y aun explicarlas, le surgió también una serie de interrogantes: ¿Qué fundamento tiene la fe religiosa, si es que lo tiene?; ¿en qué medida la razón contradice los argumentos religiosos?; ¿es la fe tan solo una ilusión fruto de la imaginación?; ¿tiene, en verdad, sentido hablar de revelación religiosa?, etc... Tratar de contestar a estas o parecidas interrogantes pudiera suscitar, incluso, malestar en algunas personas que poco o nada cuestionan. Se rigen por la llamada "fe del carbonero", que creen sin plantearse ninguna pregunta acerca de la fe ni inquietarse sobre cualquier duda que les pudiera surgir. En realidad es el tipo de fe que anhelan algunos líderes religiosos, aquella que no les crea ningún problema por parte de una feligresía obediente y fácilmente manipulable. En ocasiones son los propios líderes religiosos lo que temen enfrentarse con preguntas de semejante índole que pudiera poner a prueba su vida de fe. En fin... Pero, de lo que se trata realmente es de encontrar la verdad de esa supuesta vida de fe. Ni más ni menos. Y eso implica arrojo y osadía, incluso me atrevería a decir. Este es un territorio para valientes, sin duda. Pero creo que bien merece la pena ahondar en él.

Afrontamos pues ahora la realidad de la vida religiosa

desde la doble perspectiva de la religión natural, por una parte, y la religión revelada, por otra. Nos encontramos pues ante los límites de la razón frente a las creencias religiosas y las expectativas que estas ofrecen a toda persona que se acerque a ellas. Ya los antiguos filósofos trataron de impugnar el verdadero sentido de la religión. Pero fue a raíz de la Ilustración del siglo XVIII cuando se puso en verdadera tela de juicio el valor de la religión. Y es que concebir a un Dios que no se comunicara racionalmente con la criatura humana y que se separara del orden natural en el que se halla sumido el mismo hombre, sería un Dios incomprensible e inalcanzable para la propia razón de la que fue dotado supuestamente por el mismo Dios. Es decir, que en última instancia la naturaleza divina ha de hacerse comunicable a nuestra argumentación racional. Como bien dice Juan Antonio Estrada, conocido filósofo y teólogo jesuita español (una de las voces más relevantes del panorama teológico de línea liberal de habla hispana), "si Dios no fuera racional tendría que comunicarse racionalmente o renunciar a darnos normas y valores que determinen nuestra vida y un sistema de creencias que nos permitan orientarnos en el mundo. Si el hombre es un ser racional que se comporta como tal, la religión tiene que incorporar la razón a su visión de la totalidad". (Estrada. J.A. Razones y sinrazones de la creencia religiosa. Editorial Trotta. Madrid. 2001. Págs. 50,51). Es decir, que para que Dios sea un ente asumible y entendible por la razón humana, el demiurgo del que ya hablara Platón en la antigüedad, tiene que "revelarse", digámoslo así, de manera precisa a nuestra contingencia humana. Por vía de la religión natural esto no acontece en absoluto ya que no incluye en sus premisas ninguna supuesta revelación, es decir, ningún mensaje

No cabe argumentar sobre un Dios personal que se comunica con la criatura creada

transmitido por la misma divinidad. No cabe pues hablar, en este esquema, en este enfoque, de comunicación directa de Dios al hombre, ni por activa ni por pasiva. No cabe argumentar sobre un Dios personal que se comunica con la criatura creada. El acercamiento y la comprensión de lo divino se producen por la propia razón con la que el ser humano fue dotado y que le permite poder llegar a alcanzar por vía del entendimiento una percepción de Dios mismo. Pero nada más. En el otro extremo tenemos la religión vía revelación (o revelaciones, para hablar con más propiedad), la cual nos viene a decir que es Dios mismo el que está interesado en la criatura creada y se comunica con ella a través de su kerigma, de su mensaje divino, transmitiéndole de manera imperativa sus normas e imposiciones que le encaminen por el sendero del bien y le aparten del camino del mal y de la perdición.♦

(Continuará en el próximo número de Renovación).



Laudato si

y la "ecología integral"

Aristóteles decía en una de las frases más repetidas de la historia de la filosofía que "el ser se dice de muchas maneras". De muchas maneras, sí, pero fundamentalmente –matiza un filósofo contemporáneo tratando de aclarar la enigmática frase del pensador griego– como sustancia, es decir, como aquello que no se da en un sujeto sino que es ello mismo sujeto.

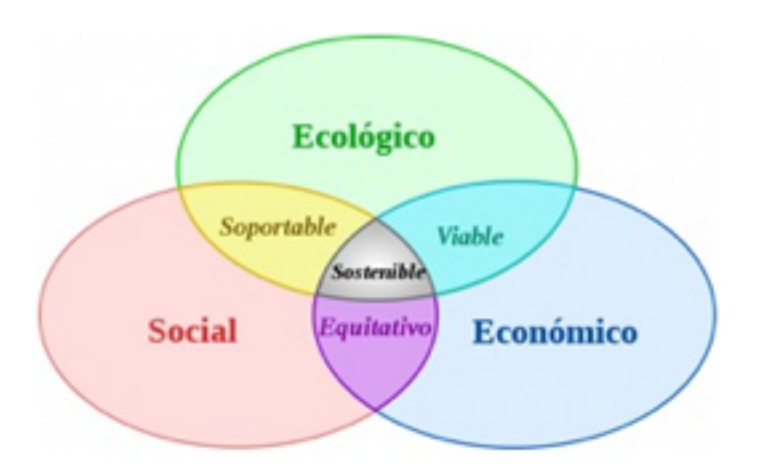
Menudo lío, ¿verdad? Pues sí, un auténtico lío que exige estudio y una buena explicación para poder ser resuelto.

Al término *ecología*, al que también nos referimos "de muchas maneras" en nuestra época, le sucede algo similar a lo del polisémico concepto del *ser*: es tan maleable como ambiguo. De lo ecológico se habla, y mucho, hasta desgastar su significado. Por eso, al final, cuando hablamos de ecología (o de sostenibilidad o de medioambiente) no sabemos ya muy bien de qué estamos hablando.

Parafraseando el título del conocido libro de Haruki Murakami, bien podríamos preguntarnos: ¿De qué hablamos cuando hablamos de ecología?

A esa pregunta trató de dar respuesta el Papa Francisco ahora hace un año al promulgar la histórica encíclica *`Laudato si'. Sobre el cuidado de la casa común* (LS), el primer documento pontificio de la historia que aborda explícitamente la problemática medioambiental como cuestión moral. Una cuestión a la que se trata de dar respuesta mediante la propuesta de la "ecología integral" (LS 137-162).

Pero la palabra ecología, aunque aparece hasta 80 veces en LS, no es definida en ningún momento. Francisco, como Aristóteles respecto del



ser, habla de ecología "de muchas maneras" tratando de acercarse a su significado (su sustancia) por aproximación, sin llegar a ofrecer una definición.

En LS se habla de ecología **humana, de la vida cotidiana, cultural, económica, social, ambiental, etc.** Pero la expresión que engloba todas estas dimensiones –como si de un paraguas conceptual se tratase– es la **ecología integral**, el concepto heurístico que vertebra el capítulo IV. Ahora bien, ¿qué contribución se realiza a un término –ecología– ya de por sí fluido, al adjetivarlo con otro término –integral– que abre también múltiples significados?

Para clarificar la propuesta de Francisco, puede ayudar compararlo con otros intentos previos de aproximación, por ejemplo el conocido modelo de desarrollo sostenible expresado mediante el Diagrama de Venn.

En 1987, el Informe Brundtland definió el desarrollo sostenible como aquel que **permite satisfacer las necesidades de las generaciones presentes sin comprometer las posibilidades de las generaciones del futuro** para atender sus propias necesidades. Esta ha sido la definición más aceptada y divulgada.

Desde entonces, el desarrollo sostenible corresponde a la zona de intersección de tres ámbitos: el ecológico, el económico y el social.

El Informe Brundtland adjetivó, por tanto, un término complejo –desarrollo– con una palabra poco precisa–sostenible–, lo que ha conducido a la ambigüedad respecto a las propuestas concretas y los modos de alcanzar ese supuesto modelo ideal de desarrollo.

El septiembre pasado, tras años de deliberaciones, la comunidad internacional hizo un nuevo esfuerzo de formulación y actualización del paradigma del desarrollo sostenible al definir los 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS), después de evaluar los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM). Los ODS se enmarcan en la conocida Agenda 2030.

En este contexto de reflexión global, Francisco asumió "la firme resolución de alcanzar la sostenibilidad" (LS 207) y promulgó, con la clara intención política de influir en la agenda internacional, su histórica encíclica.

Llegados a este punto, resulta inevitable preguntarse por la expresión *ecología integral* y su significado: ¿nos conduce también –como el desarrollo sostenible– a un terreno inspirador y "heurístico", pero irremediablemente ambiguo? ¿Se concreta al menos en una serie de objetivos, cuantificables y medibles, como los ODS?

Ni una cosa ni la otra: a diferencia del Informe Brundtland, Francisco no ofrece una definición; y a diferencia de la Agenda 2030, no establece unos objetivos cuantificables. Intenta articular una visión de la ecología esbozando los trazos o dimensiones que la conforman.

Un modo posible de representar la propuesta de LS sería mediante el modelo de

los círculos concéntricos, situando en el centro la dimensión personal, la "ecología espiritual", y en el círculo más externo la "ecología natural o científica", englobada a su vez por la ecología integral como categoría omni-abarcante.

De este modo, partiendo de lo que sucede en el interior de cada persona, la acción humana se vincula con lo que acontece en las relaciones sociales y económicas, con la cultura y, por extensión, con la biosfera entera. Como repite el mantra que recorre la encíclica, "en el mundo todo está conectado".

Este modelo podríamos denominarlo *la visión católica de la sostenibilidad*.

Es cierto que esta visión –representada aquí de forma muy esquemática y un tanto simplona– no plantea, como señalan los más críticos, ni propuestas económicas claras ni recetas políticas inmediatas. Pero las encíclicas nunca han tratado de hacer ninguna de las dos cosas. Su objetivo es abrir y posibilitar –y este es uno de los principales objetivos de LS– un espacio de diálogo entre diversos actores, invitándolos *a todos* a interaccionar y a considerar dimensiones ignoradas en sus análisis sectoriales o disciplinares.

Para Francisco, por tanto, la pregunta por la ecología (o la sostenibilidad) lleva a mirar en primer lugar a la globalidad, al conjunto de la biosfera, a lo que está pasando a nuestra casa común. Pero al mismo tiempo conduce a mirar al interior de cada uno –subrayando algo obviado en la mayoría de planteamientos ecologistas– reconociendo la importancia de la ascesis, el equilibrio, los sentimientos y las relaciones cuidadosas con nuestro cuerpo, con nuestro prójimo y con la naturaleza más cercana.

Este doble acercamiento –desde arriba y desde abajo, de lo más exterior a lo más interior– quizás pueda abrirnos los ojos y cambiarnos los corazones a todos –**en eso consiste la conversión al fin y al cabo, en abrir los sentidos**– a las consecuencias de nuestras decisiones sobre las futuras generaciones, sobre las



relaciones económicas y políticas, sobre el conjunto de seres que habitan esta única casa común.

En síntesis, la "conversión ecológica" (LS 216-221) a la que se nos invita, y a diferencia de lo que a menudo pensamos, es una conversión que afecta no sólo a lo económico y lo político, sino también a todas las dimensiones de la condición humana: la relacional, la social, la afectiva, la epistemológica y hasta la espiritual.

Ojalá la *visión católica de la sostenibilidad* nos oriente y nos guíe, personal y comunitariamente, para alcanzar, junto a otros, los objetivos que la humanidad se ha planteado en su Agenda 2030.♦

Jaime Tatay

blog.cristianismeijusticia.net

ELLA…

Ella es una trotamundos
una sonrisa en medio de la noche
un girasol del campo
un verso escondido entre sus dedos.
Ella es una oración cada mañana
una tristeza entre pasos
la esperanza que se avecina en el
horizonte
una copa de vino en una mesa para dos.
Ella es una tormenta
la brisa de la mañana
la lluvia entre sus mejillas
la luna que se dibuja en un riachuelo.
Ella es la calidez de un abrazo
un llanto sin prisa
una musa prohibida.
Ella es poesía.
Ella es Mujer.
Pero puede ser lo que ella quiera ser.

Brenda García

Miguel Servet, verdad y conciencia

Miguel Servet (1509-1553) había nacido en Villanueva de Sigena, Huesca, Aragón. Era hijo de un notario y de una descendiente de judíos conversos. Desde muy joven mostró ya una gran habilidad para las letras y fue fácil para él aprender hebreo, griego y latín.

Como tuvo la oportunidad de estudiar, sus intereses fueron muchos, como el derecho, la física, la astronomía, la medicina y la teología. Se le reconoce como el primer científico que describe en su obra *Christianismi Restitutio* la circulación de la sangre, la que va desde el corazón a los pulmones, obra científica pero teológica al mismo tiempo porque así solía ser en aquellos días.

Durante sus estudios de derecho en Toulouse, Francia, Miguel entra en contacto con miembros de la reforma protestante. Sus estudios bíblicos hacen que escriba obras que resultan ser un escándalo tanto en círculos católicos como protestantes. Por ejemplo, en 1531 publica *De Trinitatis Erroribus* (*De los errores acerca de la Trinidad*), obra que hace resaltar con multitud de referencias bíblicas la falta de base bíblica de la doctrina de la trinidad.



Esteban López González

estebanlopezgonzalez.com

Incluso envía una copia al obispo de Zaragoza, el cual se siente tan escandalizado que no tarda en pedir la intervención de la Inquisición.

Miguel no ve tampoco al Espíritu santo como la tercera persona de una trinidad de dioses, sino como la fuerza activa de Dios que, como en la creación de todas las cosas, la usa de diferentes maneras. A diferencia de Lutero y de los reformadores protestantes entiende la gracia divina por la fe, pero también el hecho de que Dios se complace en las obras buenas. Tampoco ve base bíblica para el bautismo de bebés y más bien aboga por que sea una decisión en la edad adulta, pues como él mismo decía, '*Jesucristo se bautizó cuando tenía treinta años*'. Miguel está convencido sin embargo de que la tolerancia debería prevalecer entre los cristianos aunque no haya entre ellos afinidad teológica absoluta. Pero para su desdicha, esa no iba a ser ni mucho menos la posición de quienes le odiaban.

Desde hacía ya algún tiempo, Miguel Servet mantenía correspondencia con Juan Calvino, cabeza de la reforma





Miguel Servet

protestante en Francia y autor de la obra *Institutio religionis Christianae* (*Institución de la Religión Cristiana*) publicada en 1536. A medida que se escribían más se ponía en evidencia cuán grandes eran en algunos aspectos sus diferencias teológicas. Miguel envía a Calvino una copia de su obra *Christianismi Restitutio* (*Restitución del Cristianismo*) y como respuesta, éste le envía otra de su *Institutio religionis Christianae* (*Institución de la Religión Cristiana*). Miguel lo examina, lo estudia en profundidad hasta el grado de hacer apuntes muy críticos en los márgenes y se lo devuelve. El efecto en Calvino tuvo que ser demoledor porque éste se asegura de decirle que '*si pones los pies en Ginebra no saldrás vivo de ella*'. Describiendo la atmósfera que se respiraba en el entorno de Juan Calvino, Erich Fromm escribe:

"El régimen de Calvino en Ginebra se caracterizaba por un clima de sospecha y hostilidad universales que colocaba a cada uno contra todos los demás, y, ciertamente, en este despotismo hubiera podido hallarse muy poco espíritu de amor y fraternidad... En el desarrollo ulterior del calvinismo aparecen frecuentes advertencias contra los sentimientos de amistad hacia los extranjeros, actitudes crueles para con los pobres y una atmósfera general de sospecha".– Erich Fromm, *El miedo a la libertad*, 156. Paidós, 1980.

La publicación anónima a principios de 1553 de la obra de Servet, *Christianismi Restitutio* (*Restitución del Cristianismo*), causa un inmenso revuelo tanto en círculos católicos como reformadores. Una delación hace que finalmente se sepa quién es el autor real y Servet es detenido por la Inquisición, interrogado y encarcelado en Vienne. El 7 de abril, sin embargo, logra evadirse y el 17 de junio es sentenciado a muerte *in absentia*, siendo quemado en efigie. Cuando se dirigía hacia Italia, Servet hace escala en Ginebra, ciudad que se regía estrictamente por el mandato y reglas de Juan Calvino. Es reconocido, detenido y juzgado por herejía (por su negación de la Trinidad y por su defensa del bautismo a la edad adulta).

Durante su encierro, Miguel soporta grandes penurias. Sin embargo, no deja de debatir teológicamente, de reclamar '*justicia, justicia, justicia*' y de pedir que Calvino le muestre que está equivocado en algo, haciéndole a él el responsable directo de la acusación falsa de herejía. Pero el 27 de octubre de 1553 el Tribunal dicta sentencia:

"Te condenamos a ser atado y llevado a la colina de Champel. Allí serás sujeto a una estaca y quemado vivo junto con tus manuscritos y tus libros impresos hasta que tu cuerpo se convierta en ceniza". Miguel se desploma, y grita en español: "*¡Misericordia, misericordia! ¡Jesús, salva mi alma! ¡Ten piedad de mí!*"

Y frente a la pira ya, Miguel exclama, "*¡Oh, Cristo, Hijo de Dios eterno, salva mi anima! ¡El hacha! ¡El hacha!; la hoguera no!*" Pero la ejecución ocurre ese mismo día. Le amarran a la picota con cuerdas y una cadena de hierro, y a sus pies ponen un montón de leña verde y húmeda, para que arda más despacio. Le cuelgan libros de sus caderas, y le colocan una corona al cuello impregnada

de azufre: un gesto de compasión de alguno de sus verdugos que pretende que el humo de la sustancia acelere su muerte por asfixia. Servet grita con rabia y miedo cuando la antorcha prende la leña. La brisa se lleva el humo del azufre, y la quema dura más de una hora con Servet sufriendo hasta el último aliento.

Consecuencias

Después de aquel horrible asesinato, de aquella falta de humanidad y compasión, algo cambió en la conciencia de toda Europa. Aquel crimen injusto hizo reaccionar a pensadores y humanistas de todas partes, sobre todo protestantes, en el sentido de que nunca más se debería matar a nadie por razones de fe. Por ejemplo, el humanista **Sebastián Castellion**, biblista y teólogo cristiano francés (1515-1563) escribió:

"Matar a un hombre no es defender una doctrina, es matar a un hombre. Cuando los ginebrinos ejecutaron a Servet, no defendieron una doctrina, mataron a un ser humano; no se hace profesión de fe quemando a un hombre, sino haciéndose quemar por ella. Buscar y decir la verdad, tal y como se piensa, no puede ser nunca un delito. A nadie se le debe obligar a creer. La conciencia es libre... que los judíos o los turcos no condenen a los cristianos, y que tampoco los cristianos condenen a los judíos o a los turcos... y nosotros, los que nos llamamos cristianos, no nos condenemos tampoco los unos a los otros... Una cosa es cierta: que cuanto mejor conoce un humano la verdad, menos inclinado está a condenar". – Castellio contra Calvino: Conciencia contra violencia (El Acantilado), Stefan Zweig, 2012.

Las iglesias unitarias, surgidas como resultado de los movimientos antitrinitarios del siglo XVI en adelante, reconocen a Miguel Servet como pionero y primer mártir. Su ejecución puso las bases también para el reconocimiento de la libertad de conciencia en los códigos civiles de las democracias más avanzadas.

El caso de Miguel Servet debería ser causa de reflexión también hoy día. En un mundo plural como el nuestro, su ejemplo muestra la importancia de la tolerancia en cuestión de creencias, y el gran error que supone matar a alguien solo por sus ideas. También podría ser causa de reflexión para los grupos fundamentalistas, aquellos que matan en sentido físico y aquellos otros que a menudo también lo hacen en sentido simbólico, no solo expulsando a sus disidentes, sino tratándolos '*como si estuvieran muertos*' de por vida, algo completamente ajeno al espíritu no solo de Miguel Servet, sino del propio Jesucristo quien siempre se refirió a Dios como el único juez de todos los hombres (Lucas 6:37,41-42).

En una inscripción de un monumento erigido en 1908 en la ciudad francesa de Annemasse, a unos cinco kilómetros del lugar de su ejecución, se puede leer:

"Miguel Servet, [...] geógrafo, médico, fisiólogo, ha merecido la gratitud de la humanidad por sus descubrimientos científicos, su devoción a los enfermos y a los pobres, la indomable independencia de su inteligencia y de su conciencia [...]; sus convicciones eran invencibles. Sacrificó su vida por causa de la verdad".



Algo de su pensamiento

"Cada cual es como Dios lo ha hecho, pero llega a ser como él mismo se hace".

"Considero un asunto muy grave el matar a los hombres por creer que están en el error o por algún detalle de interpretación de la Escritura, cuando sabemos que el más elegido se puede equivocar".

"Ni con estos ni con aquellos estoy de acuerdo en todos los puntos, ni tampoco en desacuerdo. Me parece que todos tienen parte de verdad y parte de error y que cada uno ve el error del otro, mas nadie el suyo... Fácil sería decidir todas las cuestiones si a todos les estuviera permitido hablar pacíficamente en la iglesia contendiendo en deseo de profetizar".– Servet, *De la Justicia...*, en Obras completas, Vol. II-1, pág. 481).

Como Miguel Servet no lograba conciliar la sencillez evangélica con tanto ceremonial y opulencia, sobre el Papa de Roma escribió, *"Con mis propios ojos he visto yo mismo cómo lo llevaban con pompa sobre sus hombros los príncipes, [...] y cómo lo adoraba todo el pueblo de rodillas a lo largo de las calles".*

"Dios nos dio la mente para que le reconozcamos a Él mismo".

"El otro nombre, el más santo por encima de todos, הוהי, *[...] puede interpretarse como sigue: 'el que hace ser', 'el que convierte en esencial', 'la causa de la existencia'".*

"En este mundo no hay verdad alguna, sino simulacros vanos y sombras que pasan. La verdad es Dios eterno".

"En la Biblia no hay menciones a la Trinidad [...]. Nosotros conocemos a Dios no por nuestras orgullosas concepciones filosóficas, sino a través de Cristo".

"Es un abuso condenar a muerte a aquellos que se equivocaron en sus interpretaciones de la Biblia".

"Es un principio general que todas las cosas han salido de la raíz divina, son parte y porción de Dios, y la naturaleza de las cosas es el espíritu de Dios".

"Hay un brillo del Sol y otro de la Luna; uno del fuego y otro del agua. Todos fueron dotados de luz por Cristo, arquitecto del mundo".

"La fe, si se considera en su propiedad esencial y pura, no contiene tal perfección como el amor...El amor es superior a todo...durable, sublime, más parecido a Dios".

"La fe enciende la lámpara que solo el aceite del amor hace arder".

"Leed la Biblia una y mil veces; si no le tenéis gusto es que habéis perdido la llave del conocimiento".

"Lo divino ha bajado hasta lo humano, para que el humano pueda ascender hasta lo divino".

"No debe imponerse como verdades conceptos sobre los que existen dudas".

"Propio de la condición humana es la enfermedad de creer a los demás impostores e impíos, no a nosotros mismos, porque nadie reconoce sus propios errores".

En referencia a Juan Calvino: *"¿Quién puede llamar ortodoxo a un ministro de la Iglesia que es acusador, criminal y homicida?"*

"Si yo amo una persona , de modo entrañable, estoy pendiente de ella; a ella me entrego en todo y para todo y ella me conduce a donde quiera".♦



Rabindranath Tagore
Las playas de la eternidad

El 7 de agosto de 1991 se cumplieron 50 años de la muerte de Rabindranath Tagore, considerado como el más grande poeta místico que ha dado la India. Tagore nació en Calcuta el 6 de mayo de 1861 y murió en la localidad de Santiniketán, cerca de Bolpur, Bengala, el 7 de agosto de 1941, a los 80 años de edad.



Juan A. Monroy

Periodista y Pastor evangélico

Fue el menor entre catorce hermanos. Los primeros estudios los realizó en la India, bajo la dirección cultural y religiosa de su padre. El amor y el apego a su familia lo describiría el poeta en las inolvidables páginas de *Mis días de la infancia,* donde rememora con nostalgia experiencias de la niñez.

Tenía 17 años cuando realizó su primer viaje a Gran Bretaña, donde permaneció hasta cumplidos los 21. En principio se dedicó a estudios jurídicos, pero pronto orientó su vocación a la literatura. En 1881, con 20 años de edad, publicó un libro de viajes titulado *Cartas de un viajero por Europa*.

Casado a los 23 años, a los 40 vivió la amarga experiencia de ver morir en breve espacio de tiempo a la esposa, a una hija y a un hijo. Poco antes Tagore había publicado *Ofrenda lírica,* en la que apuntaba su vocación mística. En este libro parece presagiar las desdichas que se cernían sobre él y habla de «los hondos pesares que han humanizado mi alma».

Frutos inmediatos de su dolor por la pérdida de tres seres a quienes amaba como a su propia vida fueron las obras *Nostalgias, El niño* y *Tránsito*.

En 1913, famoso ya, aplaudido por lectores de todos los continentes, se le concedió el Premio Nobel de Literatura.

La obra literaria de Tagore es abundante y variada. Comprende hermosas colecciones líricas, libros de filosofía y de religión, novelas, cuentos, textos dramáticos, crítica literaria y ensayos políticos. Su obra *La nueva luna,* dedicada a los niños, es sencillamente genial. Todos los niños españoles en edad de leer deberían tener junto a la cama un ejemplar en castellano de este libro.

Su obra ha sido traducida a todos los idiomas importantes del mundo. La editorial Aguilar publicó un tomo

de 1.300 páginas en el que recoge lo más destacado de la producción de Tagore. La traducción al castellano, bella, limpia, bien cuidada, fue realizada por Juan Ramón Jiménez, a su vez premio Nobel de Literatura en 1956, y por su esposa Zenobia Camprubí.

Según recordó recientemente el hispanista hindú Shamu Ganguly, Tagore publicó «más de trescientos mil versos, dos mil canciones, dos mil quinientos dibujos, aparte de una inmensa producción en prosa. Una "ofrenda" a la humanidad difícilmente repetible».

Para Vallauri, la suya fue una ofrenda de amor. «En su valor universal –dice este autor– el amor fue para Tagore el sentimiento primordial, fuente de todo bien; de pretender sintetizar en una expresión única toda la vida del poeta cabría definirla como un cántico de amor».

Numerosos especialistas en la vida y la obra de Tagore destacan su profundo sentimiento religioso y su delicada sensibilidad espiritual.

El padre de Tagore fue el fundador –renovador, dicen algunos autores– de un movimiento religioso hindú dedicado a la restauración espiritual de la India. Tagore vivió los primeros años de su vida dominado por una intensa religiosidad inspirada, en su esencia, en las antiguas concepciones panteístas del pueblo hindú. A lo largo de su vida mantuvo y vivió estas creencias. Sus obras están impregnadas de una hondura religiosa y espiritual realmente impresionante.

En un artículo publicado el 31 de marzo de 1918 en el diario madrileño «El Sol», Ortega y Gasset decía que «Rabindranath Tagore es un poeta místico». Exceptuando *El jardinero,* donde Tagore canta sus amores de juventud, «el resto de su obra –sigue Ortega– no tiene más inquilino que Dios. Pero es el Dios de la India, un Dios benévolo, que viaja en su carro de oro entre el polvo de los caminos aldeanos; un Dios sonriente, que sobre el ancho mundo hace danzar muerte y vida gemelas».

Ofrenda lírica, libro de poemas aparecido en 1913, marca la relación de Dios con sus criaturas. Tagore se siente obligado a una entrega total:

Mi oración, Dios mío, es ésta:

hiere, hiere la raíz de la miseria en mi corazón.

Dame fuerza para llevar ligero mis alegrías y mis pesares.

Dame fuerza para que mi amor dé frutos útiles.

Dame fuerza para no renegar nunca del pobre ni doblar

mi rodilla al poder del insolente.

Dame fuerza para levantar mi pensamiento sobre la

pequeñez cotidiana.

Dame, en fin, fuerza para rendir mi fuerza, enamorado, a tu voluntad.

Como un eco de Job y de los Salmos, Tagore sufre la aparente ausencia de Dios, quien parece jugar caprichosamente al escondite con el hombre que le busca y le llama. Pero Dios no desaparece. Aparece siempre:

Desesperado, la busco por todos los rincones de mi cuarto, pero no la encuentro.

Mi casa es pequeña, y lo que una vez se ha ido de ella, no vuelve a encontrarse. Pero tu



Rabindranath Tagore

casa, Señor, es infinita. Y buscándola he llegado a tu puerta.

Mírame bajo el dosel dorado del cielo de tu anochecer, mírame cómo levanto mis ojos ansiosos a tu cara.

He venido a la playa de la eternidad donde nada se pierde, ninguna esperanza, ninguna felicidad, ninguna visión de rostros vistos a través de las lágrimas.

¡Ahoga mi vida vacía en ese mar! ¡Húndela en la más profunda plenitud! ¡Haz que sienta, una vez sola, la dulce caricia perdida en la totalidad del universo!

La última página de *Ofrenda lírica,* bellísimo libro de una religiosidad poética que alcanza las cumbres del pensamiento y del espíritu, es otra oración en la que Tagore pide ampliar el campo de su más íntima experiencia espiritual:

Permite, Dios mío, que mis sentidos se dilaten sin fin, en una salutación a Ti, y toquen este mundo a tus pies.

Como una nube baja de julio, cargada de chubascos, permite que mi entendimiento se postre a tu puerta, en una salutación a Ti.

Que todas mis canciones unan su acento diverso en una sola corriente, y se derramen en el mar del silencio, en una salutación a Ti.

Como una bandada de cigüeñas que vuelan, día y noche, nostálgicas de sus nidos de la montaña, permite, Dios mío que toda mi vida emprenda su vuelo a su hogar eterno, en una salutación a Ti.

Los editores de las *Obras escogidas de Rabindranath Tagore* tuvieron el acierto de incluir al final del tomo, en la página 1.282, un breve texto que el poeta titula *Despedida*. Tagore no puede traicionar la realidad. Cree y proclama que la vida puramente material es incapaz de satisfacer los anhelos del espíritu:

«Las obras del hombre tienen el estigma de muerte que tienen porque la mayor parte de nuestras actividades carecen de sentido y porque nuestras energías las empleamos en abastecernos de cosas y placeres sin eternidad en el fondo. Por eso intentamos dar a todo, a fuerza de añadiduras, un aspecto de permanencia. El hombre, ansioso de prolongar el placer, intenta sólo sumar, y tememos detenernos por miedo de que algún día todo termine».

La salvación del hombre y, por extensión, la de todo el género humano, está en el encuentro íntimo y permanente con Dios. «Cuando nos encontramos en Dios –dice Tagore– nuestra vida se perpetúa en la verdad. No tiene en ella ese elemento de falsedad».

Los últimos renglones de *Despedida* son un grito de auxilio que el poeta deja escapar a las alturas infinitas:

¡Llévanos a lo Real, a la Verdad que es eterna! ¡De esta oscuridad que nos ciega a la Verdad infinita que dice que Tú eres nuestro Padre verdadero! ¡Líbranos de las tinieblas del deseo, esa miseria del corazón! ¡Entranos en la luz!

¡De la muerte, llévanos a lo Inmortal! ¡De todo lo que es transitorio, llévanos a la Verdad eterna!.♦

Entre el corazón y la razón

La tesis que yo defiendo es la misma de Jaime Balmes, opuesta tanto al romanticismo de aquella época como a la espiritualidad actual que podríamos llamar "cordialista".

Uno no se puede guiar por el "corazón", pues de él, de nuestros sentimientos primarios, surgen las mejores acciones, pero también las peores imaginables. El corazón da la fuerza, es ciertamente motor de la acción. Pero la guía corresponde a la razón. La razón es fría, pero ve claro. El corazón habrá de proporcionarle el impulso, pero es la razón la que nunca ha de ser ofuscada.

Reconozco que la razón es también falible. Muchos decían que la razón no es la instancia suprema y ella ha de someterse a la fe... Yo más bien diría que la razón ha de buscar la verdad objetiva, ir conformándose a la realidad tal como ella se nos descubre en sus múltiples e inabarcables aspectos. Ahora bien, el que dice que ha de someterse a la "fe" está suponiendo que hay una sola fe y que ésta es algo así como autoevidente. Esto correspondería a una sociedad monolítica, uniforme, muy distinta de las sociedades reales en las que vivimos, extremadamente plurales. En una sociedad así, las diversas "fes" sólo pueden contrastarse racionalmente y tomarse, de un modo instrumental, para inspirar a la razón, para completarla tal vez en cuanto a los contenidos. Pero no hay ya ninguna fe que, tomada aisladamente, pueda sustituir a la razón, una razón que tampoco puede ser ya monológica sino, en todo caso, dialógica.

Y también es preciso admitir que mientras vivimos, la inseguridad y la oscuridad permanecen y no podemos aspirar a una certeza completa sobre nada o sobre muy pocas cosas. Entonces, el que sí proclama que hay esa seguridad, no sólo intenta imponérsela forzadamente a los demás sino que, en la base, se está haciendo violencia a sí mismo.♦



Javier Moreno Pampliega
Dr. en Filosofía.

"Autor de: "*Creatividad y dependencia. Reflexiones personalistas en el cambio de siglo*", 2006. "*Muchas religiones, una verdad*", 2011.



Hugonotes #50

El 10 de noviembre el rey publicó un Edicto por el que ordenaba restablecer el ejercicio de la religión católica en La Rochela y devolver al clero sus iglesias y todos sus bienes.

De la promulgación del Edicto de Nantes hasta su Revocación (1598 - 1685)



Félix Benlliure Andrieux (1935-2020)

Se diplomó en Teología en el Instituto Bíblico Europeo de París. Instalado en España dividió su tiempo entre el pastorado, la enseñanza y la literatura.

A los hugonotes se les designó un lugar de cultos y se abolieron los privilegios de la ciudad, se anularon las franquicias y se destruyeron las fortificaciones excepto las que estaban frente al mar. El cardenal Richelieu y el obispo Enrique de Sourdis, que habían sido soldados durante el sitio, concelebraron la primera misa en La Rochela, no sin antes haber bendecido las iglesias. Quizás las manos que acababan de dejar las armas, debieran haber empezado por bendecirse a sí mismas, antes de repartir las hostias, aunque la historia de la humanidad esta llena de contradicciones.

Hubo una alegría enorme en Roma al conocerse la noticia de la conquista de La Rochela. El papa Urbano VIII cantó un solemne tedéum e hizo una extraordinaria distribución de indulgencias y dirigió a los reyes un breve que decía: "¡Gran príncipe: Dios está sentado a vuestra derecha. Que El os ayude a sostener con vigor y fuerza vuestra lanza!".

El duque de Rohan continuó con sus campañas en el Midi hasta mediados del año siguiente. Mostró un coraje, constancia y abnegación dignos de mejor suerte. Una asamblea de representantes de las provincias, convocada en Nimes, protestó enérgicamente contra la reversión de las seguridades políticas de la Reforma, pero era demasiado tarde. El partido calvinista ya no existía. Las villas y poblados, rechazaron obedecer a la asamblea, queriendo llevar solos sus propios asuntos y las divisiones, defecciones y traiciones, acabaron por echar a perder la causa común.

El ejército real se presentó delante de la pequeña villa de Privas en el mes de mayo de

El rey Gustavo Adolfo II



1629. Sus habitantes llenos de pánico huyeron al campo y la guarnición calvinista que se había retirado en un fortín, tuvo que capitular. En el momento que entraban las tropas en la población, se produjo la explosión de un almacén de pólvora y les hizo creer que se trataba de una emboscada criminal. Decapitaron a los ochocientos soldados hugonotes de la guarnición; ahorcaron a cincuenta burgueses y a los demás les mandaron a las galeras; saquearon y quemaron la villa y confiscaron las propiedades de los habitantes en favor de la corona. Los misioneros de Babilonia que seguían a la tropa para convertir a los herejes, dijeron que la catástrofe era una manifestación de la ira de Dios.

La implacable destrucción de Privas llenó muchos corazones de consternación y miedo. El rey marchó hacia las Cevenas sin encontrar resistencia a su paso y el duque de Rohan, al ver que los asuntos del partido no tenían solución posible, y de acuerdo con la asamblea general celebrada en Anduze, solicitó la paz. Richelieu impuso como primera condición que todas las fortificaciones de las villas hugonotes fueran arrasadas. Anduze y la región de las montañas Cevenas, se sometieron después de serias dificultades y el rey que estaba en Nimes, publicó el Edicto de Gracia en el mes de julio de 1629.

Solamente el nombre de este edicto ya señalaba un nuevo orden de cosas. Ya no era una pacificación, sino una gracia concedida de buena voluntad, del príncipe hacia unos súbditos vencidos. El preámbulo sólo hablaba de la rebelión de los hugonotes y la bondad del rey y venía a decirles que por un raro ejemplo de clemencia, después de muchas caídas, deseaba ganar el corazón de la ciudadanía.

Se restituyeron los templos a los reformados, sus cementerios y la libertad de cultos en los lugares donde se habían practicado anteriormente, "en espera de que volviesen al seno de la Iglesia católica" y con el deseo de que siguieran el mismo camino de salvación que seguía el rey. El Edicto terminaba con un artículo que obligaba a los reformados observar como festivos todos los días que los celebrara la iglesia católica.

Había una amenaza en ese deseo y los curas se aprovecharon de ella en el momento oportuno y también el cardenal que tenía el propósito y pretensión, de unir las dos religiones. Richelieu fue un poco más tolerante que los demás jefes de la Iglesia romana, porque era mejor político que clérigo y entendía como nadie los asuntos del estado. No hay que olvidar que el cardenal se había aliado con los protestantes de Alemania y de Suecia, con el propósito de dominar la casa de Austria por la espada de Gustavo Adolfo y no podía tratar a los reformados de

Francia con demasiado rigor. Además dentro de Francia, tenía que luchar contra los grandes jefes católicos, contra el hermano del rey, la reina madre y la reina reinante y hubiese sido una insensatez que el primer ministro de Luis XIII comprometiera a la monarquía. Richelieu quizás fue generoso, pero sobre todo fue prudente.

La villa de Montauban fue la última en rendirse. Sus habitantes recordaban con orgullo la heroica resistencia que habían opuesto a las tropas del rey y se habían acostumbrado, desde las guerras de religión, a gobernarse a sí mismos y les repugnaba "aceptar sus deberes", como se decía entonces. Un enviado de Richelieu y dos representantes hugonotes de Nimes, fueron a convencerles de que se rindieran. El pueblo pedía conservar las murallas, pero no lo consiguieron y los más determinados en obtenerlas, reconocieron que la lucha ya era imposible y sólo les quedaba rendirse.

Montauban abrió sus puertas y el 21 de agosto de 1629, vieron como traspasaba sus muros el mariscal de Bossompierre con una parte del ejército, el nuncio del papa, el primer presidente del parlamento de Tolosa y el cardenal Richelieu que se presentaba como gran triunfador. Cuando los ministros de la religión reformada fueron a saludarle, aceptó recibirles, pero no como representantes de una iglesia, sino como profesionales de las letras.

Celebró una misa en las iglesias de Montauban; estableció conventos de jesuitas y capuchinos y ordenó el comienzo de la destrucción de las murallas. Enseguida tomó el camino de París, recibiendo más homenajes de los que Luis XIII recibía de su pueblo.

El duque de Rohan tuvo que soportar los ataques de sus correligionarios, a quienes la desgracia les hacía injustos y le acusaban de todas sus calamidades. Escribió una apología que terminaba diciendo que deseaba que Dios les concediera toda suerte de prosperidades, para que, restaurando las iglesias de Francia, ejecutaran lo que él había osado emprender.

Sus deseos se hicieron realidad de la forma que él no esperaba. Enrique de Rohan fue el último jefe de ejército de la Reforma francesa y lo que no pudo hacer la espada, lo hizo la civilización y la libertad, el día señalado por Dios.

Rohan ofreció su espada a la república de Venecia, después a Gustavo Adolfo de Suecia y murió en 1638 en las llanuras de Alemania, por la misma causa que había defendido valientemente en su país, que era la noble y bendita causa de la Reforma.

El partido calvinista presentó definitivamente su liquidación después de la toma de La Rochela en 1628 y la historia de los reformados, no se mezclará nunca más en los grandes asuntos del reino, hasta la revocación del Edicto de Nantes. Altos jefes de la religión católica les provocaron para que volvieran a tomar las armas, pero ya no encontraron hugonotes en las filas de los adversarios de la realeza.

En 1632 el duque Enrique de Montmorency, apoyado por Gastón de Orleans, hermano de Luis XIII, intentó despertar

de nuevo el fervor religioso en la región de Lenguadoc donde era gobernador. Se dirigió a los gentilhombres de la religión, a los pastores, a los consistorios y a los sínodos, pero el desinterés era total y sólo encontró negativas. En su partido hubo cinco o seis obispos, pero ni un solo reformado. El segundo cónsul de Nimes conservó la ciudad adicta al rey, pero tuvo que echar al obispo y al primer alcalde que era católico. Los habitantes de Montauban se ofrecieron para luchar contra las tropas de Montmorency y algo memorable fue que el débil resto de los habitantes de Privas defendieron la plaza al servicio del rey

En 1652, durante los disturbios de la Fronda (1648-1653), así llamada por los tirachinas que llevaban los sublevados, fue una rebelión nacional causada por los medios utilizados para elevar los impuestos. El gran Condé se aprovechaba de hacer valer los viejos recuerdos de su casa y quiso atraer a los hugonotes bajo su bandera, empleando emisarios que desprestigiaban a los católicos y a la realeza. Iban de templo en templo diciendo que la



Gastón de Orleans

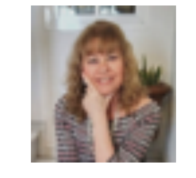
En 1632 el duque Enrique de Montmorency, apoyado por Gastón de Orleans, hermano de Luis XIII, intentó despertar de nuevo el fervor religioso en la región de Lenguadoc donde era gobernador

regente Ana de Austria había prometido al clero revocar los edictos de pacificación; que su primer ministro Mazarino era un cardenal italiano de mala fe; que sólo la fuerza podía preservar a los hugonotes de una ruina total y que el príncipe de Condé les garantizaría una plena libertad de conciencia y de cultos. Estos llamamientos también quedaron sin efecto.♦

(Continuará en el próximo número de renovación).

Cadena de oración

Me pregunto si con este método pretendemos encajonar a Dios en nuestro ambiente mundano, o chantajearle.



Isabel Pavón

Escritora. Formó parte de la extinta ADECE (Alianza de Escritores y Comunicadores Evangélicos).

Orar es hablar con Dios, ponerse en su presencia, rendirse, reconocer su grandeza y nuestra miseria, darle gracias, rogarle.

¿Qué es una cadena? Eslabones que entrelazados nos atan. Con ella pretendemos atar a Dios a nuestra voluntad, a nuestro horario de veinticuatro horas, a tal o cual día señalado. Son modas que se han consolidado.

A veces me pregunto si con este método pretendemos encajonarle en nuestro ambiente mundano, o chantajearle, comprar su favor haciendo ofrendas consideradas santas al regalarle las horas más duras de la madrugada, o de las comidas, o las que sean. Yo me sacrifico para hablar contigo a la peor hora del día y así tú me concedes lo que sea. ¿Se trata de llevar al pie de la letra la historia del amigo inoportuno que golpea la puerta una y otra vez hasta que el señor de la casa le abre y le concede su deseo? ¿Se considera este ejemplo favorable a las cadenas de oración?

Es como si nos convenciésemos de que Dios se goza con nuestro cansancio y presta oídos a nuestro clamor siempre y cuando nos vea sufriendo.

Si repetimos las peticiones una y otra vez no es porque Dios sea sordo, sino porque necesitamos convencernos y saciar nuestra falta de fe.

¿Es necesario pedir durante un tiempo determinado, machacar con repetidas palabras para que termine por fin de entender lo que

queremos? ¿Cuánto? ¿Quince minutos, una hora, dos? ¿A partir de cuánto tiempo ha de ser efectivo nuestro ruego? ¿Cómo será mejor, en voz alta o mentalmente? Lo pregunto por preguntar.

Por otro lado, el Señor no nos da siempre lo que imploramos, es cierto y para esto hay otro texto que dice que posiblemente no estemos pidiendo bien. Versículos hay hasta el infinito y más allá para justificar todo lo que queramos.

¿Está Dios, dueño de nuestro tiempo, sujeto a él? Consideramos que unas horas le van a resultar más valiosas que otras, se las damos y pagamos un poco sus favores. ¿Exige nuestro sacrificio para concedernos la petición? ¿Lo necesita? ¿Valora más si no dormimos y vamos al trabajo sin haber descansado, si conducimos somnolientos, si no podemos rendir en el trabajo lo que se nos exige?

Y si nos concede lo que pedimos, ¿es por su gracia o por nuestra pesadez? Si es por nuestra pesadez entonces tenemos más poder que Dios y podemos dominarlo, engatusarlo, ponerlo a nuestro servicio. Dios pasa a ser el débil y nosotros los fuertes. Declaro que estos son pensamientos que una se va planteando de vez en cuando, disquisiciones propias que provocan las dudas.♦



Declaro que estos son pensamientos que una se va planteando de vez en cuando, disquisiciones propias que provocan las dudas.



MUJERES FILÓSOFAS #41

Concepción Arenal

Sabemos que el siglo XIX fue un siglo determinante para el progreso de la sociedad, aunque, me atrevería a decir, que solo en ciertos entornos; fue el siglo de la expansión de la llamada Revolución Industrial.



Juan Larios
Presbítero de la IERE

Ciertamente fue un periodo donde se desarrolló la mayor transformación tanto económica como tecnológica y social de la historia de la humanidad; al menos eso dicen los entendidos. Se pasó, entre otras cosas, de una economía basada en la agricultura y el comercio, es decir, la economía rural, a una economía urbana, industrializada y mecanizada. El crecimiento de las ciudades provocó la miseria del campo así como la de los campesinos; y los ricos, como siempre, fueron los comerciantes y propietarios de las grandes empresas. Los obreros, por el lado contrario, se amontonaban en los barrios pobres periféricos. Todo ello hizo que muchas mujeres tomaran conciencia de la situación y de sus propias situaciones. De tal manera que en este siglo, ellas comenzaron a construir grupos reivindicativos de derechos e igualdades con respecto a los hombre.

Podríamos hablar de una larga lista de ellas, pero no es posible, solamente haré mención de algunos nombres y me centraré en una de estas mujeres españolas: Concepción Arenal.

Así, tenemos mujeres como Helene Syöcker, Leonore Kühn, Hedwig Bender, y un largo etc. de mujeres.

En España, hasta 1888 las mujeres no pudieron asistir, legalmente, a las universidades, aunque también hay que decir que su presencia en dichos espacios fue anecdótico. No obstante Concepción Arenal fue una de estas mujeres, socióloga y penalista, aunque tuviera que ir vestida de hombre para asistir a las clases.



Concepción Arenal

Concepción nació en 1820, en Ferrol, hija de Ángel Arenal, militar y liberal, y María Concepción Ponte, de familia noble. Fue educada en una fuerte formación religiosa. Su padre, finalmente, junto con otros liberales, fue perseguido, aun habiendo sido militar importante, y encerrado; lo que hace que en 1829 fallezca.

A la edad de 22 años, Concepción se introdujo en la Universidad de Madrid como oyente, aunque como hemos dicho, iba vestida de hombre, lo que también hubo de hacer para participar en los encuentros políticos y literarios. Allí conocería a quien fue su esposo, Fernando García Carrasco, periodista liberal, con quien tuvo varios hijos. La dejaría viuda debido a una enfermedad respiratoria.

Con esta mujer podemos decir que nació el feminismo en España, algo que dejó claro con estas palabras: *"La sociedad no puede en justicia prohibir el ejercicio honrado de sus facultades a la mitad del género humano"*. También pondría la atención en una

"Si la mujer ganara en seis horas lo que gana en doce, podría estar seis horas más en su casa"

realidad de la mujer que aun seguimos sufriendo, la cuestión de compaginar adecuadamente trabajo y hogar: *"Si la mujer ganara en seis horas lo que gana en doce, podría estar seis horas más en su casa"*.

Concepción Arenal escribió muchas obras, siendo las dos más importantes en cuanto a los problemas femeninos, *La mujer del porvenir* y *La mujer de su casa*. Defendió a capa y espada la igualdad de las mujeres con respecto a los hombres en lo referente a la capacidad intelectual.

Concepción también se interesó decididamente por la situación de los hospicios, los manicomios y las prisiones, lo que puso de manifiesto su gran sentido de la justicia y el humanismo.

También fue la primera mujer nombrada visitadora de prisiones y secretaria general de Cruz Roja.

Podríamos escribir infinidad de cosas más sobre esta mujer, pero no nos da el espacio para más. Seguiremos adelante.♦

Otro cristianismo es posible

Igual en eternidad, sabiduría y poder... 1/2



Roger Charles Lenaers
(1925 - 2021)

Sacerdote jesuita. Ingresó en la Compañía de Jesús en 1942 y siguió los cursos regulares de la Escuela Jesuita de Filosofía y Teología y lenguas clásicas. Sus últimos años los pasó como pastor en la diócesis de Innsbruck.

Controversias trinitarias

Puede ser que la lectura del capítulo anterior haya desencadenado un terremoto en algún fiel piadoso. Y los terremotos producen pánico. Quizás sería bueno hacer un llamado a no perder la calma, señalando que no hay razón para aterrarse, porque esta nueva formulación no va a dañar de ninguna manera la fe en Jesucristo. Subrayando que Jesús sigue siendo para nosotros el Alfa y la Omega y explicando que para nosotros Jesús es la manera humana como el Dios trascendente se vuelve visible, y que la maravillosa fórmula del cuarto evangelio, «quien me ve, ve al Padre», permanece inconmovible; y que no nos hemos apartado de la esencia verdadera de la tradición original...

Pero nos parece dudoso pensar eso sirva para algo, porque de todas maneras tenemos que despedirnos de las expresiones dogmáticas de tinte filosófico de los siglos IV y V. En el pensamiento teónomo no hay lugar para representarse a un Dios que un buen día baja de su mundo celestial para instalar su tienda de campaña en nuestro mundo y «adoptar la carne» que hasta ese momento no tenía.

Esto significa que uno de los pilares centrales de la doctrina cristiana de la fe se derrumba estrepitosamente. Que echa por tierra con su mismo ímpetu la doctrina eclesiástica clásica de la Trinidad y la atribución del título de «Madre de Dios» a la madre de Jesús. ¿Qué queda entonces de las banderas sagradas tras las cuales marchaba la cristiandad en filas cerradas? Parecería que la forma teonomista de pensar no ha tenido empacho en tañer a muerto por la fe cristiana. Pero como lo veremos a continuación, la cosa no es tan terrible.



Encarnación bajo otra luz

«Bajó del cielo», dice el Credo de Nicea. Originalmente tal vez se pensaba en una bajada real desde un cielo situado, presumible- mente, sobre la tierra. Teníamos las imágenes que nos dejaron los artistas piadosos de la Edad Media, que lo habían representado incluso plásticamente: en el momento en que el ángel viene a anunciarlo, un pequeño bebé flotando en un rayo luminoso baja desde un Dios Padre barbudo hasta María...
Aún si dejamos de lado esa representación tan materialista y suscribimos la doctrina tradicional de la encarnación, permanece como condición fundamental la concepción de una realidad que se divide en dos mundos paralelos. Y la teonomía, que es un pensamiento autónomo creyente, debería adaptarse necesariamente a ella. Pero, si no hay lugar para ese otro mundo, el concepto clásico de encarnación pierde todo sustento. Se reduce a no ser más que la enésima araña de luz que cae desde la bóveda celestial rompiéndose en mil pedazos.
Felizmente en el capítulo anterior se ha demostrado claramente que la doctrina de las naturalezas y las personas, que va junto con la doctrina clásica sobre la encarnación, en realidad era una solución de emergencia para resolver un falso problema, mediante la aplicación de una tecnología filosófica de punta. Este tejido de hipóstasis -o personas- y naturalezas, pudo haber sido del agrado de pensadores de lengua griega de la antigüedad clásica tardía –algo así como una especie de «buena nueva»-. Pero no es así para toda la humanidad, occidental y oriental, ni tampoco para todas las culturas pasadas y futuras. Si hay algo que con todo derecho puede llamarse buena nueva, es que el misterio original y fundamento de todas las cosas se manifiesta en Jesús como Dios-con-nosotros. Y no como Dios-con- Israel como lo había hecho antes. Y que también este misterio empuja hacia el bien y la salvación a toda la humanidad y su evolución, y no sólo a un pueblo determinado. Que ese misterio se da a conocer en Jesús como un amor, y que éste no es un sentimiento cualquiera, sino una acción creadora. Que quien decide seguir a Jesús, encuentra con seguridad su salvación.

Éste es el mensaje, tal como estaba desde el comienzo. Para los cristianos, se trata fundamentalmente de una confesión de fe en el amor de Dios, sin condiciones, y del papel decisivo que tiene Jesús en nuestro encuentro con ese amor. Y la teonomía es tan inconmoviblemente fiel a esta confesión de fe como lo era la heteronomía. La única diferencia es que la teonomía abandona el lenguaje de Atanasio y de Cirilo de Alejandría, para confesar la fe en el lenguaje propio de la modernidad.

Si queremos seguir hablando de la encarnación de Dios, podemos hacerlo, pero de una manera diferente a la de antes. En el capítulo 7 entregamos los elementos para ello. También podemos apoyar- nos en la así llamada «filosofía procesual». Según ésta, en los procesos de desarrollo del cosmos se está configurando progresivamente un milagro originario, inimaginable y creador, desde la explosión originaria hasta el ser humano actual.
Continuando con esta forma de ver las cosas, la teología



procesual (y el capítulo 7) postulan que nuestro encuentro con Jesús de Nazaret nos lleva a afirmar, aún más firmemente, que la palabra amor es la mejor manera de nombrar -en nuestro lenguaje humano- la esencia de ese misterio originario. En este enfoque aparece el cosmos todo entero como la gran palabra que expresa este amor. Y dado que esta manera de expresarse a sí mismo pareciera tener como finalidad la configuración y la realización plena de lo humano, podemos decir que es Dios mismo el que quiere tomar forma en el ser humano y expresarse en él. De este modo también llegamos a la encarnación de Dios, sólo que en un sentido distinto al de la heteronomía. Pues allí la encarnación se realizaba por la ejecución de un plan divino en un día determinado de la historia humana y sólo en un miembro de la comunidad. La teonomía, por el contrario, ve que el misterio sagrado originario está todo el tiempo en un proceso de realización corporal en el cosmos y en el ser humano. No lo hace agregando el fenómeno biológico de la carne a su misterio insondable, como desde fuera, sino de manera tal que su ser misterioso toma forma progresivamente desde adentro en el ser humano.

Superación y no superación de Navidad

¿Qué queda entonces de la Navidad? Queda lo esencial, esto es, el nacimiento de Jesús de Nazaret como compás de inicio de la fase decisiva en el camino de la humanidad hacia su plenitud, y por lo tanto, como paso decisivo en la encarnación de Dios. Pero no podemos seguir cantando esta buena nueva como lo hicieron los Padres de la Iglesia. Con su predilección por paralelismos y antítesis, los Padres de la Iglesia se sentían como pez en el agua en la retórica antigua. Por ello, sus prédicas y meditaciones fueron fuegos de artificio plagados de contradicciones agudas (y a veces vacías): Dios y hombre, infinitud y humildad, eternidad y tiempo, omnipotencia e impotencia, rey y niño, palacio y pesebre, tinieblas y luz, y otros muchos. No podemos hacer lo mismo que la Edad Media y su herencia espiritual hicieron con los cantos de Navidad. Éstos eran a menudo perlas musicales, pero, con la misma frecuencia, también eran verdaderos abortos teológicos. La mayoría de las veces se quedan en la compasión y la ternura junto a un bebé en su pesebre frío de invierno, mientras que la verdadera razón para festejar la Navidad es el nacimiento de ese hombre admirable que debe llevar a su plenitud el plan divino de la encarnación del cosmos. San Francisco de Asís tuvo una ocurrencia exitosa con su primer pesebre en el pueblito de Greccio, pues su ejemplo ha inspirado a millones de imitadores. Pero, cuando se trata de honrar la memoria de un hombre famoso –un presidente, el fundador o libertador de un país, el fundador de un instituto-, ¿se ponen fotos suyas como bebé en afiches y escaparates en su día de aniversario? Por otra parte, ni siquiera sabemos en qué día ni en que año nació Jesús. El origen del 25 de diciembre es la «fiesta del Sol Invicto», que comenzó a celebrarse en la Roma todavía pagana sólo desde el año 275. Y su éxito se debe a la fiesta germánica e igualmente pagana del cambio del sol de invierno. Por lo demás, es muy probable que Jesús no nació en un establo en Belén, sino en la casa de sus padres en



Nazaret. Belén no es más que el código que indica que se cree en su dignidad mesiánica. Todo esto no hace más que aumentar el escepticismo frente al falso culto de Navidad y a su romanticismo invernal. Por lo demás, en las últimas décadas, debido a la irritante explosión comercial, la fiesta se ha vuelto una vergüenza y un desprestigio del acontecimiento que se recuerda.

Superación y no superación del dogma trinitario

Los Concilios cristológicos de los siglos IV y V sin duda alguna merecen mucho respeto. Eran ensayos creyentes y honrados que buscaban interpretar la relación de Jesús con Dios. Sin embargo, debemos volver a los dos siglos anteriores y dejar de confesar a Jesús como la «segunda persona de la santísima Trinidad». A primera vista, pareciera que con ello le estamos dando el golpe de gracia a la doctrina trinitaria y, con ella a toda la tradición cristiana. ¿Qué queda entonces de la particularidad del Cristianismo? ¿No significa eso que la diferencia con el judaísmo y el islam se reduce sólo a que nuestro profeta no se llama Moisés ni Mahoma, sino Jesús, y el resto es igual? Aquí hay varias preguntas difíciles.

El Cardenal Suenens, un belga, dijo una vez que la mayoría de los cristianos, de hecho, adoran a tres dioses. Probablemente eso no está muy lejos de la verdad. Y a eso apunta el que los pintores medievales, pagados e inspirados por mandantes eclesiásticos, representaran a las tres personas divinas como tres señores ancianos idénticos, sentados fraternalmente el uno junto al otro en el mismo trono, suficientemente amplio, por cierto. Los jerarcas eclesiásticos no tardaron en levantar su voz en contra de esas representaciones, prohibiéndolas y hasta haciéndolas repintar o blanquear, y con razón.

Pero su celo iba dirigido contra una mala hierba sembrada por ellos mismos unos mil años antes. Igualmente extraña es la representación de la Trinidad como una sola figura humana con tres rostros, configurada de tal manera que se ven tres bocas y tres narices, pero sólo cuatro ojos y dos orejas. Pareciera que los Padres de la Iglesia se hubieran dado un trabajo ímprobo sin resultados. Sus distinciones sutiles se convirtieron en idioma chino para los usuarios normales, quienes, por cierto, aprobaron obedientemente su doctrina sobre naturalezas y personas, y también la completa igualdad y unidad de las tres personas divinas en su diferencia total. Pero no tenían idea de lo que esto podría significar. Es sabido que en la Constantinopla de los siglos IV y V, el lechero, el carnicero y el fabricante de cirios en la peluquería discutían apasionadamente preguntándose si el adjetivo correcto para la relación de Jesús con el Padre era «igual en esencia» o «uno en esencia». Pero ese tiempo terminó. El cristiano de la Modernidad se sitúa donde estaban las primeras generaciones de cristianos. Para ellos, la buena nueva significaba simplemente la revelación de la misericordia y la fidelidad de Dios en Jesús, y habrían leído con espanto y sin entender nada, la brillante exposición que más tarde elaborarían los grandes Concilios. ¿Y a pesar de ello eran verdaderos cristianos?♦

Sin guion

Estaba con unos amigos tomando un café cuando uno de ellos lanzó la gran pregunta. ¿Cuál es el sentido de la vida? Las respuestas afloraron, unas basadas en la religión otras desde una perspectiva filosófica y una (la mía) que causó cierto revuelo. Lo que dije fue inaceptable para todos mis interlocutores. "La vida no tiene sentido, hay que dárselo”.



Julián Mellado

Profesor de Lengua y Literatura francesa. Nacido en Bélgica.

Esta pregunta crucial suele aparecer a poco que mantenemos un diálogo o simplemente un compartir de las "cosas de la vida". Traté de refinar un poco mi respuesta concluyendo que el sentido de la vida es vivirla con sentido. Parece simple aunque no lo es tanto. Y por ello quiero emplear unas palabras para dejarlo más claro. Obviamente lo que sigue es mi opinión sin pretensión de verdad absoluta.

Se nos ha transmitido a través de la religión y ciertas filosofías de que la vida tiene un guión previo. Es decir, existe un saber que necesitamos descubrir para poder encontrar el sentido de la vida. Sin ese guión previo que sirve de guía estamos perdidos y no sabemos la realidad de lo que es vivir. Para poder establecer la existencia de ese guión se recurre a la Metafísica. Desde Platón, el mundo occidental se convenció de que existe un dualismo de planos existenciales. Recordamos el mito de la caverna que podemos interpretar de diferentes maneras aunque todas las interpretaciones nos vienen a decir que aparte de esta realidad hay otra Realidad (con mayúscula) que de alguna manera la dirige.

El ser humano en su angustia existencial sitúa en esa otra Realidad el sentido verdadero de su existir.

Este guión previo puede ser dado por revelación o por la comprensión de un orden universal que las antiguas filosofías como el estoicismo enseñó. Existe pues un orden previo al devenir de la vida.

Vamos a tomar como imagen la que muchas veces se sugiere en estas conversaciones. La vida es un camino.

Necesitamos pues encontrar ese Manual de viaje o Guía del camino. ¿Pero cuál es y dónde está? Se proponen muchos manuales que se contradicen entre sí. ¿La biblia, el corán, el tao te king, la filosofía estoica, la epicúrea, los coaches...? ¿Quién detenta ese Guión previo? Los partidarios de cada uno de ellos están seguros que lo tienen.

Pues bien, lo que afirmo es que *no hay Guión previo.*

Somos lanzados al camino sin manuales. Vamos haciendo camino enfrentando la realidad y desarrollando una cierta pericia. En otras palabras no se trata e ir al encuentro del sentido de la vida sino de desarrollar un arte de vivir. Nadie lo expresó mejor que el pensador Sexto Empírico (sigloII-III):

> "Por ello no sólo no entramos en conflicto con la vida, sino que incluso luchamos al lado de ella, asintiendo sin dogmatizar a aquello de lo que nos persuade y enfrentándonos a las fabulaciones de los dogmáticos".

Y esa Vida se vive a la intemperie. No hay caminos trazados de antemano ni refugios permanentes. Vivimos en la contingencia, en lo inesperado, en lo inseguro. Y descubrir esa precariedad asusta a muchos y empiezan a elaborar refugios ficticios que cualquier embiste inesperado o inexplicable derrumba con facilidad. Vivimos tiempos (como todos los tiempos pasados) donde se nos ofrecen falsas seguridades. Que si métodos, que si saberes, que si cursos de superación, que si pensamiento positivo y sobre todo el resurgimiento del pensamiento mágico. Todo con tal de no ver la Realidad como es. Repito no hay guión previo, ni guía alguno y será mejor reconocer de qué va ese camino.

Entonces se vuelve fascinante, desafiante, peligroso inclusive aterrador. Nos apoyamos en otros compañeros de camino, y tratamos de desarrollar nuevas aptitudes para seguir adelante. ¿Por qué seguir? Porque nos arrojaron a la vida. Lo mejor que podemos hacer en todo caso es reconciliarnos con la imperfección de esa vida.

Nos dice el filósofo Joan-Carles Mèlich:

> *"No hay ni punto de partida ni punto de llegada, todo es un incesante devenir, un devenir inocente, en el que lo radicalmente imprevisto puede acontecer en cualquier momento".*

Queremos la plenitud pero somos como una vasija con agujeros. Por mucha agua que echemos nunca se llenará pero al menos podemos evitar que se quede seca.

Vivimos en la finitud. La finitud no es la muerte, sino la vida. Somos limitados, contingentes, pegados al tiempo. En esas fronteras la vida se vuelve compleja. Hay quienes dicen saberlo todo y nos proponen sistemas en el que todo encaja. Esto es una falacia. No existe un guión previo. La vida es sobre todo lo que acontece sin plan predeterminado. Nos alcanza, nos arrolla y casi siempre nos sorprende. En esa fragilidad e ignorancia vamos desarrollando no un saber metafísico, sino como decía anteriormente un arte de vivir. Personal, intransferible y frágil siempre sometido a



revisión. A cada instante vamos inventando nuestro vivir. La finitud, pues, es la vida.

Quisiera terminar con un texto que escribí (en tono personal) hace un tiempo.

el sentido de la vida es vivirla con sentido

En mis años de madurez puedo afirmar que no tengo ni certezas absolutas, ni saberes infalibles, ni creencias inamovibles. No creo en ningún guión previo o dogma político, social o religioso. Tengo preferencias asumibles, opiniones discutibles (como este artículo), alguna creencia posible pero sobre todo defiendo mi derecho a dudar. Me siento cómodo en ese no saber. Mi maestra es la vida, la que tengo, la que me tiene y la que voy haciendo. No tengo ideología que pretenda pensar en mi lugar. Acepto la intemperie, la contingencia y la imperfección. El caminar no es siempre agradable pero a la vez me fascina, me intriga, me lanza a buscar maneras de vivir. No estoy obsesionado por ser feliz, no creo en ningún método que nos haga alcanzar la felicidad. Pero a veces experimento momentos de satisfacción, especialmente en los encuentros con otros que caminan a la intemperie. No sé si el camino va a alguna parte, lo que sí puedo decir es que es en el caminar donde encuentro la intensidad del existir, sin guiones, sin guías, sólo con compañeros de la intemperie.♦

Arte bajo las olas
ALFONSO CRUZ
y su pintura subacuática



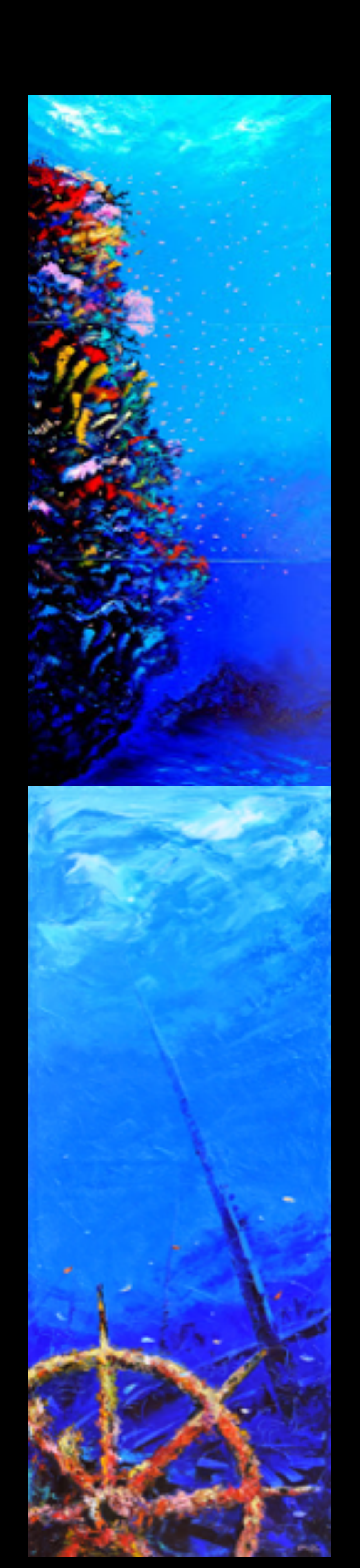
http://alfonsocruzpintor.blogspot.com

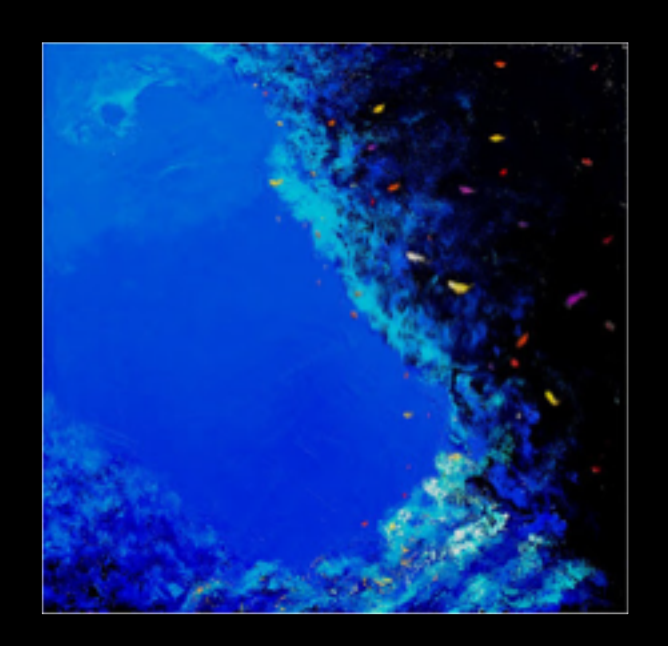
Estamos al filo de lo oscuro

C r e a n d o
Nuestra propia luz
-Pero no vemos-

V a g a n d o
Sobre el continuo peregrinar de
las olas
sin ser vistos.
Llegó ahora.







Como una piedra empujada
por el agua,
a ese espacio tibio de la duda
donde las formas hirientes
son veladas con engaño
por el tamiz del vértigo.

Estamos al filo de lo oscuro

C r e a n d o
Nuestra propia luz
-Pero no vemos-

V a g a n d o
Sobre el continuo peregrinar
de las olas
sin ser vistos.



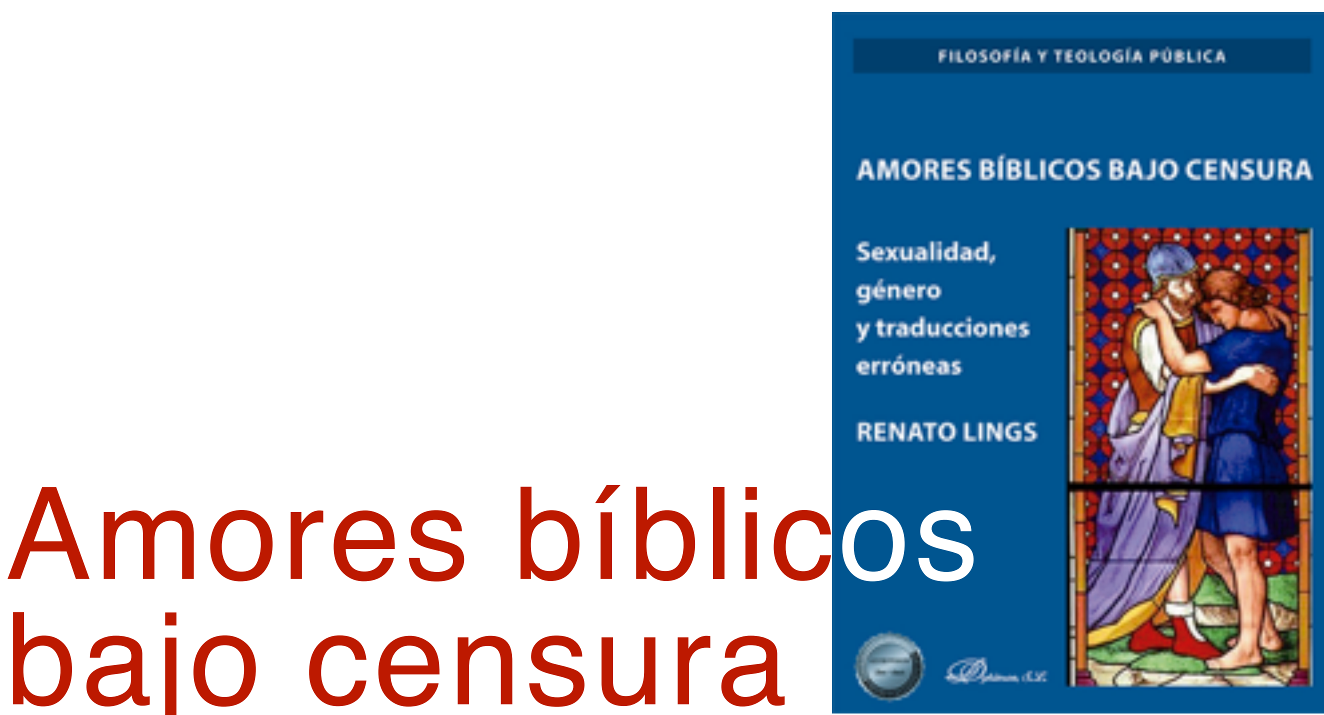


No existe hasta la fecha una edición del Nuevo Testamento meramente histórica, efectuada con criterios estrictamente académicos, no confesionales, sin ninguna tendencia religiosa previa. La correcta comprensión de textos escritos hace casi dos milenios exige una labor explicativa basada en conocimientos literarios e históricos, no solo teológicos. Contemplar los libros del Nuevo Testamento con nuevos ojos tras el mismo tratamiento crítico deparado a cualquier otro texto de la Antigüedad grecolatina presenta a menudo un sentido diferente y más interesante si cabe.

Los autores tratan de responder a preguntas continuamente formuladas en los medios: ¿Qué hay de verdad histórica en los Evangelios? ¿Qué de ficción? ¿Añadió mucho la Iglesia primitiva de su cosecha a la tradición sobre Jesús de Nazaret de modo que esta quedó distorsionada? ¿Qué opinan al respecto los historiadores y comentaristas de las muy diversas confesiones del cristianismo?

EDITORIAL TROTTA
trotta.es

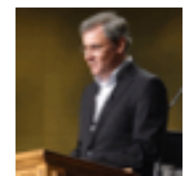
ISBN: 978-84-1364-024-2
1664 páginas
1ª edición
Fecha de publicación: noviembre 2021
Encuadernado en tapa dura
Dimensiones: 145 x 230 mm, peso 1500 g
Materias: Historia y fenomenología de las religiones



Amores bíblicos bajo censura

Renato Lings, *Amores bíblicos bajo censura. Sexualidad, género y traducciones erróneas*. Editorial Dikinson, Madrid 2021. 252 pp.

Reseña - Por Alfonso Ropero



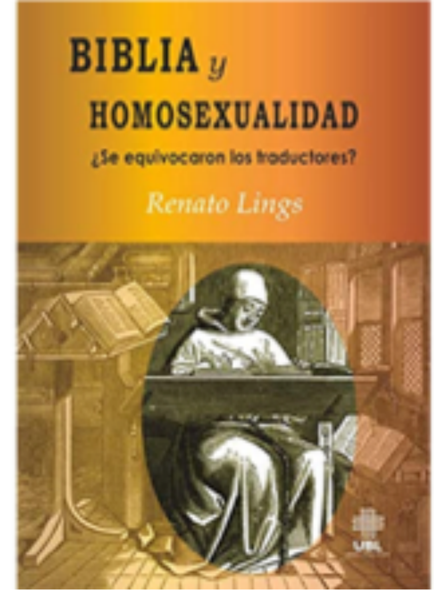
Alfonso Ropero
Historiador y teólogo, es doctor en Filosofía (Sant Alcuin University College, Oxford Term, Inglaterra) y máster en Teología por el CEIBI. Es autor de, entre otros libros, *Filosofía y cristianismo*; *Introducción a la filosofía*; *Historia general del cristianismo* (con John Fletcher); *Mártires y perseguidores* y *La vida del cristiano centrada en Cristo*.

Publicado originalmente en: pensamientoprotestante.com

SEXUALIDAD Y TRADUCCIÓN

Después de toda una vida profesional dedicada a la traducción y la interpretación, Renato Lings, doctor en teología en la Universidad de St Mark & St John (Reino Unido), nos brinda una segunda obra en castellano dedicada a aquellos temas que tienen que ver con el amor y la sexualidad humana en la Biblia. Renato Lings está convencido que la mayoría de los traductores han pecado en estas cuestiones dejándose llevar por prejuicios morales a la hora de traducir los términos bíblicos que se refieren al amor y el sexo. En algunos casos la traducción es ambigua, en otros, opaca, y en la mayoría, errónea, sobre todo en los que tratan la cuestión de la homoafectividad. A analizar y corregir esta tendencia obedece su último libro publicado, *Amores bíblicos bajo censura. Sexualidad, género y traducciones erróneas.*

Vaya por delante que, pese a no ser su lengua madre, Renato Lings, danés de nacimiento y educación, escribe con un estilo claro y elegante, que hace muy atractiva la lectura de la exposición de sus argumentos. Otro punto importante, es que no entra en discusiones o polémicas que no sean capaces conducir a un fin convincente para los puntos de vista enfrentados en base a la meta que él mismo se ha propuesto de remitirse al texto bíblico original, recurriendo al sentido literal y etimológico de las palabras en juego. Renato Lings tiene sus convicciones, pero en su obra trata de mostrarse siempre objetivo, dejando que el texto bíblico hable por sí mismo mediante el sentido más literal posible del original hebreo o griego. En un tema



Portada del libro
Biblia y homosexualidad

tan delicado como el tipo de relación que pudo haber entre Jesús y el Discípulo Amado y que ha servido a algunos para justificar una relación homoerótica entre ambos, Renato Lings cree que no hay que atreverse a tanto en base a la información textual que nos ofrece el evangelista. A lo más que podemos llegar en a afirmar que "entre estas dos personas hay una relación especial basada en el afecto, la intimidad y la confianza" (p. 185). Que un maestro tengo un alumno predilecto se ajusta a las normas culturales de su tiempo.

Por otra parte, escribe nuestro autor, "es notable la ternura que Jesús torturado, crucificado y agonizante manifiesta tanto a su madre María, como al discípulo amado. Viendo su dolor, los invita a apoyarse mutuamente a partir de este día tratándose como madre e hijo. Expresado en otras palabras, el Nazareno hace que su familia biológica, representada por María, quede unida con la familia amada de Betania que incluye al compañero entrañable" (p. 186).

Esta referencia a Betania se debe al resultado del análisis que Renato Lings realiza a la hora de tratar de averiguar la identidad del discípulo humano. Después de considerar la opinión tradicional que asocia al autor del cuarto Evangelio con el apóstol Juan, hijo de Zebedeo, puesta en duda y negada por muchos eruditos modernos, Lings apunta a dos posibles candidatos. Uno, el misterioso joven rico de Mc 10,17-22 y Mt 19,16-22, aunque tenemos tan pocos elementos literarios sobre él que no podemos sacar nada claro, solo que Jesús sintió un vivo afecto por él (Mc 10,21).

El otro candidato sería Lázaro de Betania, que no forma parte del grupo conocido históricamente como los doce apóstoles. Lázaro es el "amigo amado" de Jesús (Jn 11,3), y el único de los discípulos contra quien las autoridades judías emitieron una especie de *herem*, colocándolo en una situación de extrema vulnerabilidad, lo que vendría a explicar el silencio y casi clandestinidad de Lázaro, para confundir y despistar a quienes buscaban cómo darle muerte (p. 184).

Nuestro autor hace un especial énfasis en el sentido primero del verbo hebreo *yadah*, "conocer", y hace casi una campaña contra el uso eufemístico del mismo para indicar una relación sexual. *Yadah* aparece en seis ocasiones en el relato de Sodoma y Gomorra como referente principal. Renato Lings hace un pormenorizado estudio de las ocasiones y contextos en que aparece *yadah* en la Biblia hebrea, siempre en el sentido de *conocer*, *saber*, *darse cuenta*, *reconocer*, *investigar*, *inquirir*. Aplicado al caso de Sodoma, Lings insiste en entender el verbo *yahad* en el sentido de "averiguar", "investigar" o "interrogar" (Gn 19,5). Si este fuera el caso, es difícil comprender la negativa de Lot a dejar que los habitantes de Sodoma se entrevistasen con sus huéspedes, si lo único que pretendían era informarse, averiguar o tener noticias de otros lugares de boca de esos extranjeros. Es comprensible que los sodomitas se interesaran por lo que estaba sucediendo en otras ciudades

de boca de esos visitantes. Si este fuera el caso, la negativa de Lot era una descortesía y hasta un agravio a las autoridades de la ciudad. Pero la cosa no debía tener ese sentido natural de curiosidad por saber cosas nuevas, puesto que Lot, ante el deseo de los sodomitas de *conocer* a sus invitados reaccionó de forma alarmante. Según describe gráficamente el texto bíblico "Lot salió a ellos a la puerta, y cerró la puerta tras sí". Algo muy grave temía Lot cuando cerró la puerta a sus espaldas, para impedir que nadie entrase.

En el colmo de su desesperación, Lot ruego, "hermanos míos, no hagáis tal maldad", y propone: "He aquí ahora yo tengo dos hijas que no han conocido varón; os las sacaré fuera, y haced de ellas como bien os pareciere". Es evidente que el autor sagrado, mediante este relato, quiere transmitir una situación muy grave y escandalosa. Para los traductores de la *Nueva Versión Internacional* (NVI) la intención de los sodomitas va más allá del simple "conocer", correcta o incorrectamente, lo exponen como una violación grupal: "¿Dónde están los hombres que vinieron a pasar la noche en tu casa? ¡Échalos afuera! ¡Queremos *acostarnos* con ellos!". Igualmente explícita, en cuanto paráfrasis, es la versión *La Palabra*: "Hazlos salir fuera para que tengamos relaciones sexuales con ellos". Es evidente que aquí el sentido de la palabra *yadah* no se puede decidir por su sentido etimológico, sino por el *uso* que se hace de la misma, lo cual se aplica al lenguaje en general en toda ocasión. Es cierto, como analiza Renato Lings, que el relato de Sodoma es interpretado con diferentes matices a lo largo de la historia bíblica (p. ej. Is 1:10-23; Jr 49,14-18; Ez 16,44-58), ya que es común a los autores bíblicos realizar lecturas actualizadas de los viejos textos, conforme a sus necesidades o puntos de vista.

Ahora bien, si fuera posible aplicar la lógica a un relato que está más allá de la historia, habría que decir que es un absurdo pensar que una ciudad entera, desde el más joven hasta el más viejo (Gn 19:4), sea homosexual. El hagiógrafo no repara en esta incongruencia, él solo pretende relatar de un modo hiperbólico la causa de la desaparición de esas ciudades, cuya causa atribuye en general a un "pecado nefando" asociado al odio. La profesora Mieke Bal dice que *el fundamento de cualquier violación es el odio*, no la preferencia o inclinación sexual. Por eso es que muchas veces la violación "homosexual" es efectuada por "heterosexuales" (*Death and Dissymmetry. Politics of Coherence in the Book of Judges*. University of Chicago Press, 1988, 158-159). Teniendo en cuenta el carácter legendario del relato no vale la pena entrar en detalles sobre las razones del porqué de ese odio.

Uno de los errores de traducción más lamentables, dada la repercusión moral y judicial en la sociedad judeocristiana a lo largo de los siglos, es el cometido en Dt 23:17-18, donde en la versiones tradicionales suelen decir: "No haya ramera de entre las hijas de Israel, ni haya sodomita de entre los hijos de Israel. No traerás la paga de una ramera ni el precio de un perro a la casa

> **Algunos traductores y revisores de las traducciones de la Biblia han optado por traducir literalmente kedeshah y kadesh por "consagrada" y "consagrado"**

de Jehová tu Dios por ningún voto; porque abominación es a Jehová tu Dios tanto lo uno como lo otro". El texto hebreo, traducido por "ramera" y "sodomita", tiene la misma palabra en femenino y masculino: *kedeshah* y *kadesh*, derivado del vocablo utilizado para "santo", "sagrado", "sacro": *kadosh*. Un ejemplo clave: "Santos [*kedoshim*] seréis, porque santo [*kadosh*] soy yo Jehová vuestro Dios" (Lv 19:1).

El texto hebreo de Dt 23 dice literalmente: "No haya *kedeshah* entre las hijas de Israel; ni haya *kadesh* entre los hijos de Israel". El problema al que se enfrentaron los traductores es como traducir estos vocablos sin crear confusión y perplejidad en los lectores: "No haya *santas/ consagradas* entre las hijas de Israel; ni haya *santos/ sagrados* entre los hijos de Israel", y mucho más teniendo en cuenta los "consagrados" y "consagradas" a Dios en vida célibe en el cristianismo antiguo y moderno.

Jerónimo, según Renato Lings, fue el primero en usar el término latino *meretrix*, "prostituta", para *kedeshah*, aunque la palabra tiene poco o nada que ver con sentido original. En hebreo la palabra para prostituta es *zonah*. De un modo clarificador aparece junto a *kedeshah* en Os 4,14: "se van con rameras, y con malas mujeres sacrifican [*kedeshoth*]". Este texto, como explica Lings, nos ayuda a sacar la conclusión que la *kedeshah* y su homólogo masculino *kadesh* ejercen funciones sacerdotales de las religiones cananeas politeístas. Por tanto, Deuteronomio 23 no prohíbe ninguna especie de prostitución sagrada ni sodomía, sino que proclama la inadmisibilidad para cualquier israelita, hombre o mujer, copiar o participar en los cultos idolátricos de los pueblos colindantes. "Su presencia formalizada en los contextos religiosos cananeos constituirá una grave violación del primero de los diez mandamientos: *No tendrás otros dioses ante mi*" (Ex 20:3; Dt 5:7).

Algunos traductores y revisores de las traducciones de la Biblia han optado por traducir literalmente *kedeshah* y *kadesh* por "consagrada" y "consagrado", aclarando en nota a pie de página su significado original. Renato Lings propone una opción más original y moderna. Teniendo en cuenta que en hebreo los tres vocablos *kadosh*, *kadesh* y *kedeshah* comparten las consonantes k-d-sh con sus contaciones de santidad/ consagración, "podemos intentar establecer una analogía en castellano. Para este fin existen en nuestro tiempo situaciones religiosas comparables que permiten tomar de la palabra santo, las primeras letras s-a-n-t con el fin de crear una terminología que se ajuste a la situación denunciada por Deuteronomio" (p. 232-233). Así podríamos utilizar la palabra "santería", en lo que tiene de culto supersticioso, como equivalente a la práctica

de las antiguas religiones cananeas, de modo que podría leerse: “No haya *santera* entre las hijas de Israel, ni *santero* entre los hijos de Israel” (p. 233). El debate está abierto.

Como era de esperar, nuestro autor dedica sendos capítulos, entre otros relacionados con el amor, el matrimonio y el sexo, al carácter de las relaciones entre David y Jonatán, y el siervo del centurión romano sanado por Jesús. Como es habitual en él, no especula ni atribuye, ni proyecta sus ideas al texto bíblico, sino que lo desgrana mediante el recurso al significado original de los términos empleados buscando la traducción más correcta, en su afán de ser lo más objetivo posible.

En el caso del siervo del joven esclavo del centurión, Lings se permite imaginar que en este centurión, en griego *hekatontarjos*, hay motivos para asociarlo con el oficial romano que presenció la muerte de Jesús y confesó: “Verdaderamente este era hijo de Dios” (Mt 27:54). “Parece más que mera coincidencia que un militar extranjero exprese su fe en Jesucristo, y

Como una nota menor, aclarar que aunque es cierto que la palabra “hombre” hoy se usa en el sentido de masculinidad (p. 210), su etimonología está más cerca del concepto hebreo del que se supone

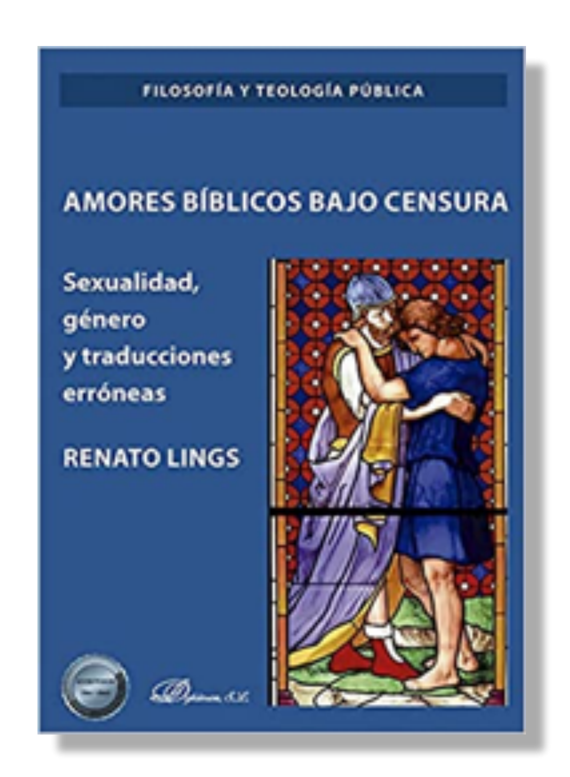
que su convicción forme un contraste llamativo con la actitud de escepticismo mantenida por numerosos judíos” (p. 175), tipificando así la apertura del mensaje cristiano a toda persona, sin importar su origen étnico, clase social o estado civil.

Como una nota menor, aclarar que aunque es cierto que la palabra “hombre” hoy se usa en el sentido de masculinidad (p. 210), su etimonología está más cerca del concepto hebreo del que se supone. Hombre viene del latín *homine*, y tiene que ver con *humus*, “tierra”, de ahí, inhumar, *en-terrar*, devolver a la tierra lo que procede la tierra. *Humus*, a su vez, se vincula con una raíz indoeuropea que significa tierra, de modo que la traducción propuesta por el autor de *adam* como “terrícola”, no es muy acertada que digamos, propia de la literatura de ciencia ficción; de modo que *hombre* y *humano* guarda estrecha relación con el término hebreo *adam y adamah*, del que se dice con toda propiedad que polvo es y al polvo volverá.

En resumen una obra muy recomendable para todo estudioso bíblico que quiera tener una idea más aproximada al texto original de las controvertidas imágenes sobre el amor, la sexualidad y la afectividad, tan manipuladas políticamente en nuestros días.♦

Publicado originalmente en:

www.pensamientoprotestante.com



Amores bíblicos bajo censura

Renato Lings

Amores bíblicos bajo censura es una obra pertinente y valiente. La recomiendo porque su autor se ha mostrado comprometido con una exégesis y lectura de la Biblia crítica, liberadora, no fundamentalista…

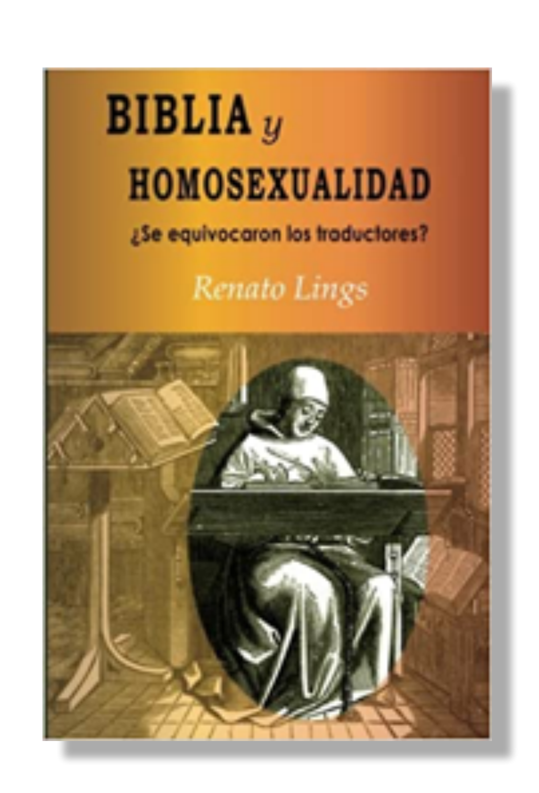
En:
www.amazon.es
www.dykinson.com

Biblia y homosexualidad

Renato Lings

¿La Biblia habla de homosexualidad? Así se interroga el Dr. Renato Lings, cuestionando con el presente libro la manera tradicional de interpretar los escritos bíblicos. De hecho, toda nuestra visión del tema depende de las traducciones que tengamos a mano…

En: www.amazon.es



El patriarca Job
y el colectivo bisexual 6/6-a



Renato Lings
Doctor en teología, traductor, intérprete y escritor. Fue profesor en la Universidad Bíblica Latinoamericana (Costa Rica) e investigador en la Queen's Foundation for Ecumenical Theological Education (Reino Unido). Es miembro de varias asociaciones internacionales dedicadas a la investigación académica de la Biblia.

Los discursos de Job

De los 42 capítulos del libro, veinte reproducen discursos de Job haciendo que su voz se escuche casi la mitad del tiempo. Sin duda, el narrador-autor dedica una atención especial al protagonista y a sus argumentos dándonos la impresión de que toma el partido de este a lo largo del prolongado debate teológico que forma el eje de la obra.

Una vez transcurridos los siete días iniciales en que los amigos visitantes acompañan a Job en silencio, el patriarca se siente lo suficientemente apoyado por esta discreta presencia solidaria para poder expresar abiertamente su dolor. Al tomar la palabra, maldice el día de su nacimiento (3.1) para continuar abriendo su corazón y manifestando una profunda depresión. Para él, la vida ha perdido todo sentido, y su aflicción y desesperación le inducen a desear entregarse de una vez a la muerte. Notablemente, en ningún momento se deja seducir por la sugerencia hecha por su esposa quien lo invitó a maldecir a Dios (2.9). Asimismo, se comprueba que carecen de fundamento las cínicas predicciones hechas por el Satán de que Job, motivado por la tragedia, caería pronto en el uso de palabras malsonantes y blasfemas (2.5).

Escuchando la respuesta de cada uno de los amigos, Job se queda sorprendido, decepcionado y dolido ante lo que percibe como una falta de sensibilidad. La voz que habla por boca de los visitantes es la de la tradición y de la ortodoxia. Excesivamente atrincherados en su propia mentalidad convencional, no consiguen entender el significado real del drama humano que se desenvuelve ante sus ojos (Lee 2013, 102; Osma 2019,

204). De forma paternalista y basándose en la sabiduría de siempre aprendida en su juventud, y en lugar de aportar palabras de empatía y de consuelo, critican el espíritu supuestamente rebelde manifestado por Job. Por su parte, este empieza pronto a considerar las opiniones de ellos como dogmáticas, moralizantes y "traicioneras como un arroyo seco" (6.15). Aún peor, parecen incapaces de apreciar la enormidad de su desdicha psicológica, la solidez de su madurez personal y la autenticidad de su experiencia (6.30, 12.3, 13.2, etc.). Están convencidos de que él sufre un castigo merecido o una represalia motivada por algún error o pecado disimulado y, sobre esta base, lo presionan y arrinconan sin pausa. Sin embargo, Job no se rinde. Ni un instante duda de su inocencia (9.15-23, 10.7, 13.18) porque tiene la conciencia limpia, y los amigos se equivocan gravemente (13.4-5):

Pues vosotros sois inventores de mentiras; sois médicos que nada curáis. Que al menos callarais por completo; ¡sería para vosotros contado como acto de sabiduría!

Es evidente que Job ha perdido toda fe en la teología de la retribución. Va aún más lejos afirmando que Dios no distingue entre las personas malas y las honradas (9.22-23). Es demasiado simplista lo que afirman Elifaz, Bildad y Zofar sobre los malvados, que supuestamente pagan siempre el precio debido que corresponde a sus fechorías. La vida real demuestra que los delitos cometidos no activan automáticamente la represalia divina. En muchos casos, los transgresores no sufren castigo alguno, sino que viven y mueren en condiciones de prosperidad y comodidad (21.7-13).

Sintiéndose incapaz de comprender por qué Dios le esté infligiendo tanto tormento, Job rechaza los intentos de los tres amigos de darle lecciones en materia de ética y teología: "Yo no soy inferior a vosotros" (12.3) y "consoladores malísimos sois todos" (16.2). Él siempre se ha esforzado por ser generoso y consolar a quienes venían a él en busca de ayuda (29.12, 31.16-19). De ninguna manera está dispuesto a renunciar a su sentido de justicia: "Hasta que yo muera, no voy a despojarme de mi integridad" (27.5).

Atribuyendo su destino a Dios quien "ha encendido contra mí su ira" (19.6-12), Job intuye desde el principio que el Todopoderoso tiene algo que ver con su situación (6.4). He aquí un paralelismo textual con Noemí en Moab donde, tras perder a su esposo y dos hijos varones, exclama que "la mano de YHVH se ha levantado contra mí" (Rut 1.13). Y, como lo ha

Sintiéndose incapaz de comprender por qué Dios le esté infligiendo tanto tormento, Job rechaza los intentos de los tres amigos de darle lecciones en materia de ética y teología

notado la cantante cristiana Vicky Beeching (2018, 164), numerosas palabras, expresiones y frases empleadas por el salmista tienen un parecido notable con el lenguaje utilizado por Job (Salmos 17, 22, 26, 38). El patriarca desea intensamente encontrarse con Dios frente a frente para ser informado sobre la índole del supuesto delito cometido y, con este telón de fondo, poder defenderse (31.35). Confía en ser absuelto de todas las acusaciones planteadas contra él por los amigos y que al final será vindicado totalmente (13.18, 19.25, 23.7).

Job visto desde la óptica bisexual

A pesar de los muchos siglos que nos separan de la fuente redactada en la lengua hebrea clásica, los temas centrales debatidos por Job y sus amigos – cuya ayuda resultó ser inútil cuando más la necesitaba – siguen siendo reconocibles en nuestro tiempo. Hasta aquí he utilizado parcialmente mi propia experiencia personal como hombre adulto gay y

A pesar de los muchos siglos que nos separan de la fuente redactada en la lengua hebrea clásica..., siguen siendo reconocibles en nuestro tiempo

creyente a la hora de abordar el texto. Sin embargo, una serie de publicaciones recientes demuestran que la esencia de la historia de Job evoca de diferentes maneras la experiencia de numerosos grupos de personas cuir en medio de sus propias luchas. Por ejemplo, las personas bisexuales constituyen un importante grupo muy infravalorado que solamente en los últimos años está recibiendo una parte de la atención que se merece, al menos en el contexto europeo y especialmente gracias a la labor de Carol A. Shepherd (2020). A las obras de esta académica me refiero a continuación.

En relación con la sigla LGTB, el componente bisexual "B" representa el segmento más amplio en términos numéricos. Paradójicamente, es también el más invisible ya que las instituciones sociales en su mayoría ignoran o eliminan la dimensión bisexual en los discursos sobre la sexualidad humana (2020, 11). Desde hace décadas, la homosexualidad y el matrimonio igualitario han estado a la orden del día mientras que las personas bisexuales se han visto relegadas a los márgenes. Si escogen vivir con una pareja del sexo opuesto, se supone que son heterosexuales (2020, 16), y si su compañera o compañero es del mismo sexo, todo el mundo se imagina que se trata de dos personas gay o lesbianas. La constante tensión entre su realidad interior y las expectativas externas hacen mella en la salud mental de muchas personas bisexuales. De hecho, los índices de depresión y suicidio entre los individuos que pertenecen a este colectivo superan las cifras análogas


Foto: adventistas.org

correspondientes a las poblaciones lesbiana y gay (2020 pp. 27, 79, 92-95).

En las iglesias, donde la bisexualidad sigue siendo un tema tabú, queda por hacer muchísimo trabajo (2020, 13-18). Añádase a esto la ausencia del tema bisexualidad en los debates sobre la diversidad sexual y de género en la Biblia. Desde hace décadas, las y los biblistas han utilizado la historia de David y Jonatán como referente a la hora de comentar la "homosexualidad" masculina, a pesar del hecho de que ambos varones viven casados, tienen hijos y no se plantean abandonar a sus esposas. De forma análoga, la relación entre Rut y Noemí se cita a menudo en la literatura teológica que

En las iglesias, donde la bisexualidad sigue siendo un tema tabú, queda por hacer muchísimo trabajo. Añádase a esto la ausencia del tema bisexualidad en los debates sobre la diversidad sexual y de género en la Biblia.

comenta las relaciones homoafectivas. Sin embargo, es probable que el moderno término bisexualidad proporcione un marco más apropiado para describir estas situaciones y relaciones (Duncan 2000, 92-100). Dicho esto, es importante tener en cuenta que la actual sigla LGTBIQ+ no refleja adecuadamente los complejos mecanismos culturales que gobernaban la vida íntima de la gente del mundo antiguo ya que obedecían a estructuras sociales de carácter rígido y, ante todo, jerárquico (Lings 2021, xxi-xxii).♦

(Continuará en el próximo número de Renovación).

El "hueco" de Dios
y el egoísmo religioso

De la idolatría del "becerro de oro" a la actual de la "vaca lechera"

Me he preguntado muchas veces por qué los humanos nos conformamos con ídolos, con supercherías, con magias, con irracionalidades... Es decir, con una religión falseada.

Jairo del Agua

Escritor, católico, laico, padre de familia y orante por vocación. Prejubilado de sus funciones directivas en una empresa multinacional, se viene dedicando a ayudar a través de sus artículos, sus charlas, su Blog y entrevistas personales a quien las solicita.

Todos necesitamos un Dios, con el nombre e imagen que sea. Sabemos que somos frágiles, limitados, necesitados, que tenemos un inicio y un fin, que somos caducos. Nuestra propia naturaleza pequeña clama por un Dios trascendente al que poder agarrarnos.

Se trata de la "religión primaria" de todos los seres humanos de todos los tiempos. Necesitamos "dioses" más poderosos que nosotros que ayuden nuestra limitación y expliquen nuestro origen. En principio es un "movimiento egoísta". Queremos conseguir que los "dioses" nos sean propicios y nos libren de los peligros de este mundo.

Tanto necesitamos ese auxilio que hasta matamos para conseguirlo. No necesito citar las múltiples religiones que practicaron "sacrificios humanos".

En un momento dado de la evolución humana se empieza a vislumbrar que un Dios auténtico tiene que ser único. Poco "dios" sería si tiene que compartir su poder. Poco racional nos parece hoy lo del Olimpo.

Y de la tradición del Dios único de Abraham venimos los cristianos y demás religiones monoteístas. Nosotros, además, contamos con la ratificación de Jesús al que consideramos Hijo de Dios. De su seguimiento nace la Iglesia Católica con todos sus avatares, exageraciones, putrefacciones y disgregaciones.

Lo que hoy resulta tremendamente chocante es que la mayoría católica siga siendo de "creyentes primarios", es decir, totalmente adheridos a la "religión egoísta", como lo fueron

nuestros ancestros de cualquier creencia religiosa.

Más absurdo todavía es que nos hayamos construido nuestro Olimpo particular o "imaginario Cielo". En el que reina un teórico y limitado Dios único, auxiliado por una pléyade de "diosecillos menores" (vírgenes y santos) cuya intervención y súplicas necesita para actuar. Nos parece normal porque lo hemos mamado y nadie nos saca del error, pero en realidad practicamos un "politeísmo asimétrico" y una "piedad mitológica".

Y es que lo que nos interesa es tener "dioses" que nos den seguridad, cubran nuestras necesidades y nos libren de los peligros. Nos hemos construido "dioses manejables y utilitarios" que nos sean propicios, exactamente lo mismo que buscaban los primitivos homínidos.

Hemos emulado el "becerro de oro" de los israelitas y nos hemos construido una invisible "vaca lechera" a la que poder ordeñar con nuestras peticiones o las "ficticias intercesiones" de nuestros santos vaqueros o de la gran vaquera, mediadora de todos los lácteos.

¿Y qué hemos hecho con Jesús de Nazaret? Pues nos hemos quedado en su frase "más primaria": "Pedid y recibiréis" (Mt 7,7), totalmente acorde con la cultura y mentalidad de sus oyentes. Y la hemos interpretado en su sentido más aprovechado: lo básico es "pedir", así conseguiremos saciarnos. La lección previa: "no seáis como los paganos..." (Mt 6,5 y ss) la hemos despreciado.

Así hemos llegado, tras XXI siglos, al eje actual de nuestra religión: PEDIR para CONSEGUIR. No importa si nos fabricamos ídolos, si somos irracionales, si nos separamos de las enseñanzas de Jesús, lo importante es CONSEGUIR que Dios baje y nos colme. ¿Eso no es egoísmo infantil puro y duro?

No es verdad que amemos a Dios. Lo que amamos es su supuesta capacidad de auxiliarnos. Lo que nos interesa son "el pan y los peces". Lo mismito que aquellos israelitas que querían hacer rey a Jesús después de la multiplicación (Jn 6,26).



En quien de verdad estamos interesados es en un ídolo: "el dios intervencionista", al que intentamos contentar y convencer directa o indirectamente.

¿Cuántos piensan y actúan hoy como si todo dependiera de nosotros? Pues muy pocos. Los Guías nos empujan a colgarnos del "ídolo intervencionista". ¿En esa actitud no subyace otro "movimiento egoísta"? Si viven del Pueblo, han de convencernos de que son "útiles materialmente" para que no les abandonemos. Hace unos días me han hablado del cobro de sacramentos en algunas Parroquias e, incluso, del pago previo de las formas para las primeras comuniones.

¿Por qué los fieles aguantan y toleran estas inmundicias? Respuesta sencilla: "Porque nos han inculcado que desafiar a los curas es desafiar a Dios". Error garrafal.

No pongo en duda la buena intención de la mayoría de Curas y Religiosos con galones o sin ellos. Lo que denuncio es que su rancia doctrina, sus ritos y sus devociones NO se



orientan a hacernos más "libres y autónomos" sino todo lo contrario. La religión católica de hoy tiende a hacernos "dependientes" de ese "dios intervencionista" y de quienes se consideran sus administradores.

¿Por qué, entonces, hay personas que se sienten consoladas, apoyadas y hasta felices con nuestra religión?

1°) Porque el "ambiente humano" es decisivo para las creencias religiosas. Hemos mamado que somos los verdaderos, los fetén, los hijos predilectos, los que tenemos asegurado el cielo y el amparo divino (si no crees eso, eres un hereje o un ateo). Es una primera etapa elitista y poco religiosa. Muchos no pasan de ahí y se acomodan en una "religión infalible, ritual y estética".

Eso mismo creen o creían, por ejemplo, los adoradores del "tótem pájaro", del "dios sol" o de la "diosa Anubis". Eso mismo creen los seguidores de otras religiones o sectas.

CREER da "seguridad sicológica", una de las fuentes de la felicidad. Y si creo junto con millones de personas (ambiente humano), más seguridad.

Con ello se cubre una de las necesidades básicas del ser humano: la SEGURIDAD sicológica. Aunque aquello en que creemos sea más falso que un gato con cinco patas.

2°) En una etapa progresiva los creyentes descubren "el hueco". Puede ser tarea de años y de intensidad diversa. Es una experiencia confirmada por millones de seres humanos a lo largo de los siglos. Nos han creado con inteligencia para que aprendamos a construirnos, perfeccionarnos a lo largo de la vida y ayudarnos. Somos seres evolutivos y sociales.

Cuando minoramos la imagen del "dios intervencionista" (la "vaca sagrada" que nos provee cuando la ordeñamos con nuestras oraciones y sacrificios) y el "egoísmo religioso" (que solo busca auxilios puntuales) algunos profundizan y descubren "el hueco". Sobre todo los profesionales de la religión y personas más piadosas.

Ese "hueco" es una especie de "hambre" o "nostalgia" que se siente en el interior y busca instintivamente a la Madre de la que salió.

Ese "instinto espiritual" se siente en el fondo de la persona, en la zona profunda de la sensibilidad anexa al ser, lo íntimo y constituyente de cada persona. Y se somatiza en el bajo vientre.

Quizás entonces observes la creación y te des cuenta que ya contiene todo lo que necesitas para vivir, aunque tengamos que trabajar para conseguirlo. Puede que algunos desembarquen en el "ateísmo" al no necesitar un "dios" que les consiga las naranjas o el pescado.

Quizás entonces descubras la fuerza de la interioridad y en ella unos "valores", que no hemos sembrado, pero están ahí y son parte de nuestra personalidad. Sumergido en esa interioridad, percibirás unas "aspiraciones" (también en el fondo de la sensibilidad) que van más allá de conseguir el cocido de cada día.

Quizás empieces a vivir la seducción de ese "hueco interior" y a disfrutar de su atracción gravitatoria. Quizás descubras que la bondad, la



paz, la compasión, el amor están en ese interior como "aspiraciones" que jamás se colman, siempre te dejan con hambre. Es inevitable que te percibas limitado, pobre, pequeño. Algunos a esa sensación de finitud la llaman erróneamente "pecado" y se culpabilizan, probablemente fruto de una tenebrista formación religiosa.

Cuando descubres esto "vivencialmente" intuyes que Alguien debe tener todo eso sin límites. Es entonces cuando te das de bruces con el Dios Trascendente, que es más que tú, y el Dios Inmanente que inunda tus limitados cimientos y tiende a expandirse dentro de ti.

Has desembarcado en el "hueco". Has comprobado tus límites pero también tus potencialidades. Has descubierto la "experiencia mística". "Nos hiciste Señor para ser tuyos, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti" (Agustín de Hipona).

Esto es común a todos los seres humanos. Desde ahí se vive la universalidad, la fraternidad, el ecumenismo, la vivencia de un único Dios. Te sentirás "ínfimo y efímero, pero necesario" para construir una Humanidad más humana.

Quizás llegues a definir a ese Dios que te inunda y circunda, como "Infinitud de las aspiraciones profundas del hombre", sin más connotaciones, separaciones, privilegios o absolutismos.

Quizás te des cuenta que ese "Dios Infinito" que tiende a expandirse en tu "hueco" no puede ser el "dios tacañón" al que invocamos continuamente para que suelte la lluvia, el pan o la salud.

Quizás llegues a la certeza de que todas nuestras necesidades están atendidas en la Creación, que nada hay que pedir, que solo hay que "trabajar y administrar" lo que se ha confiado a nuestra "libertad y autonomía".

Si te quedas en la superficie, solo sentirás tus necesidades biológicas y sicológicas. Te estancarás en la oración de petición y permanecerás siendo un creyente infantil, dominado por los clérigos (de cualquier religión).

Nunca serás realmente "libre y autónomo" ni conocerás la dulzura de los frutos del Espíritu.

Esa vivencia del "hueco" alegra el corazón de los católicos y de todos los místicos de cualquier religión.

Cuando vives desde ahí poco importa que interiorices ante el "tótem pájaro", el "sol" o un "sagrario". La "vivencia religiosa" con sus consuelos y deleites están ahí para todos los seres humanos. Empezarás a entender lo que significa "adorar en espíritu y verdad" (Jn 4,23).

3°) La etapa de la coherencia.

Una vez descubierta vivencialmente la existencia de un Dios trascendente e inmanente, posible para cualquier ser humano, entran en juego dos factores: el "ambiente religioso" y la "búsqueda de coherencia" (somos seres que pensamos).

El "ambiente religioso" pesa muchísimo, sobre todo en etapas inmaduras (domina el creer en lo que otros te dicen: "fe de paja"). Pero la "búsqueda de coherencia", propia de seres inteligentes, te conduce a descubrir el "Dios coherente". Será un motor de



progreso no solo para saltar de una religión a otra, sino para evolucionar en la propia religión.

Los primeros cristianos no se convirtieron por una gracia especial, ni por un bautismo transformante, sino porque sintieron desde dentro que la "luz de Jesús" era coherente con sus vivencias profundas.

Puede que los textos escriturarios describan mágicamente algunas conversiones, como tantas y tantas cosas de la Biblia, escrita en una etapa mítica y mágica de la humanidad, incluido el NT.

Pero el acercamiento al "Dios coherente" te lleva a deducir que el Espíritu Santo –con tanto trajín en nuestro cristianismo– no tiene ningún "elegido" y se derrama igualmente TODO en TODOS.

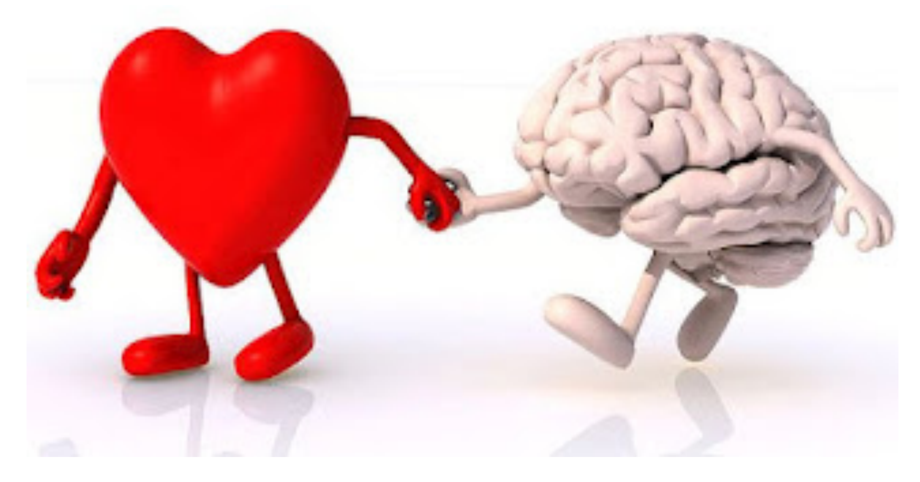
Lo dice el Evangelio: "Hace salir el sol sobre buenos y malos, y hace llover sobre justos e injustos" (Mt 5,45). "Está escrito en los profetas: TODOS serán enseñados por Dios" (Jn 6,45).

Es la "disposición personal" de cada uno y el "ambiente humano" (de lo que vengo hablando) lo que consigue que te moje o te resbale ese Espíritu que llueve sobre TODOS. Lo describe claramente la "parábola del sembrador" (Mt 13,3). Muchos cristianos mantienen una "fe de paja", muy frágil, muy insegura, muy postiza. Creen en "otros seres humanos" y solo siguen ritos, rúbricas, peticiones, doctrinas y conductas impuestas por seres humanos. Lo mismo ocurre en otras religiones.

Esto, que es normal en una primera etapa, es una barbaridad en la edad madura. En realidad son "robots" programados que buscan cubrir unas necesidades humanas. O "bebés" conducidos por otros en sus carritos, sin apoyo en las certezas y evidencias interiores. Es totalmente explicable que abandonen el carrito cuando se dan cuenta de que están siendo conducidos o manipulados. Los responsables cultivaron árboles sin raíces, construyeron "casas sobre arena" (Mt 7,26).

No basta creer o someterse a alguien que te dice lo que has de creer. Hay que utilizar la luz que el Creador nos ha dado: la inteligencia. Ella nos afirma que un "dios manipulable e imperfecto" no puede ser Dios.
La maduración religiosa (la vivencia) te conduce a la coherencia. Entonces te preguntas, contrastas, te dejas interpelar con libertad. Tu inteligencia coherente y tu vivencia interior se alían para llevarte a la "adhesión" de lo que coincide (es coherente) con tus "aspiraciones profundas".
Cuando hace unos años, en el Sínodo de mi Diócesis, me dejaron intervenir por 3 minutos (máximo permitido a los laicos) ante la Asamblea General presidida por todos los Obispos y Curas de graduación les espeté este comentario: "Yo no creo por lo que me han enseñado o me mandan creer los Obispos. Creo porque mis "aspiraciones profundas" coinciden con la predicación y ejemplo de Jesús de Nazaret".

Esa misma coherencia te lleva a ajustar las imágenes distorsionadas de Dios que corren por nuestro Pueblo. Muchas promovidas o consentidas por quienes



deberían iluminar y guiar.
Por esa coherencia jamás imaginarás que Dios está contenido o se identifica con algo material. Ni en el tótem, ni en el sol, ni en una escultura, ni en una custodia.

Te percatarás de la cantidad de ídolos y seudoreligión que arrastramos. Te darás cuenta que los "signos" (sacramentos) solo son eso, signos, algo que te remite al Dios que te inunda, te circunda y te trasciende. La única criatura que es recipiente de Dios es el ser humano. "Cuanto hicisteis con uno de estos pequeños conmigo lo hicisteis" (Mt 25,40).

Sin embargo, hemos llenado nuestras iglesias de imágenes, reliquias, sagrarios, etc., cuanto más preciosistas mejor. Hemos materializado la religión, hemos construido una cantidad ingente de ídolos.

Los símbolos son útiles para conducirte a lo que simbolizan. Los carteles del camino son muy útiles, pero si te paras a rezarlos o adorarlos frustras totalmente tu viaje.
He orado horas y horas delante de cualquier sagrario, todavía me encanta doblar la rodilla y sentirme en adoración. Pero sé que esa lamparilla encendida y el sagrario solo es el recordatorio de que Dios está con nosotros, dentro de ti y de mí, manteniendo la creación en su esencia. Si por un momento se distrajese y retirase su potencia creadora, todo desparecería, hasta los adoquines de la calle que transito a diario.

Por eso el mejor templo para contemplar, profundizar y ver a Dios es tu interioridad, la naturaleza y tu semejante. Si no corriera el riesgo de que me encerrasen en un manicomio, me arrodillaría ante un ser humano (de cualquier religión) para adorar a Dios, sobre todo si es alguien que sufre. Ahora sé que el Dios Inmanente que nos constituye a los dos (y a toda la humanidad) solo se puede mostrar por mi corazón y mis manos.

Cuando llegas a este punto poco importa cómo llames a ese Ser ignoto (al que nunca abarcarás) con tal de que sea coherente con tu inteligencia. Y nada te separará de los otros seres humanos o criaturas de este mundo. Todos y todo lo vivirás con esa fraternidad de criaturas del mismo Padre.

Una religión que separa, acapara, se apropia y esclaviza en nombre de un "dios" (se llame como se llame) es racionalmente falsa. "Por sus frutos los conoceréis" (Mt 7,16), incluidas sus "manifestaciones religiosas". Y ahí los católicos hacemos agua.

No basta vivir el "hueco", ese "ansia de Dios" que nos habita. Hay que ser coherentes en lo que oramos y en lo que obramos. Es decir, cabeza, manos y corazón deben estar sintonizados. Eso es lo que llamamos "unificación de la persona".

He llegado a comprender que toda manifestación religiosa oficial debería tener la finalidad de "ILUMINAR" nuestra inteligencia para acertar a administrar nuestra vida y vislumbrar (creer) a ese Dios que ya nos lo ha dado TODO.

Y por otro lado a "MOTIVAR" nuestra voluntad para seguir lo que ya llevamos dentro, el parecido con ese Creador, su "imagen y semejanza".

Me consta que muchos católicos, cuando leen lo que voy publicando, piensan: "Este modo de hablar es duro, ¿Quién puede hacerle caso?" (Jn 6,60). Y se vuelven a sumergir en las jaulas, en que nos tienen encerrados los jerarcas, con el precioso don de la razón bien adormecido.

Nos han vendido con fraude que superar a los que mandan es pecado, herejía, falta de fe, condena segura...

Sin embargo, Aquél al que sigo prefiere la libertad: "¿También vosotros queréis marcharos?" (Jn 6,67). Porque sin libertad, sin apertura al "espíritu y vida" (Jn 6,63) no puede existir una religión auténtica.

Lo enseñan lo maestros espirituales: Hay que "desinstalarse" para progresar. Pero la mayoría de los católicos viven cómodamente "instalados". Y si alguien se mueve libre como una veleta al viento de la "Ruah", se le proscribe o expulsa.



¡Si Jesucristo no nos pone en crisis, quizás hayamos aguado su mensaje!

El papa Francisco

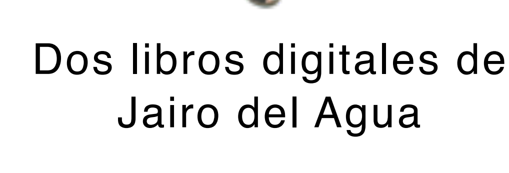
Los nuevos arrendatarios de la viña se han adueñado de la viña, como los de antaño. No hay más que ver cómo se encumbran ante el Pueblo y cómo exigen reverencias, inciensos y sometimientos.

Cuando veo estas imágenes me pregunto: ¿Éstos son de verdad "servidores", "discípulos de Jesús", o prepotentes impostores?

Leo estos días una frase del Papa Francisco: "¡Si Jesucristo no nos pone en crisis, quizás hayamos aguado su mensaje!" ♦







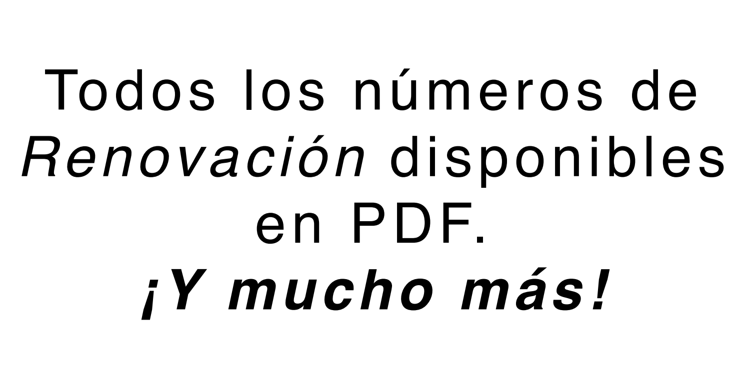
Dos libros digitales de
Jairo del Agua

Obténgalos gratuitamente solicitándolos a la dirección de correo:

jairodelagua@gmail.com







Todos los números de *Renovación* disponibles en PDF.
¡Y mucho más!

¡Visite el Blog!

https://revistarenovacion.wordpress.com

SUPLEMENTO
RENOVACIÓN
99 noviembre 2021

DESPUÉS DE DIOS

OTRO MODELO ES POSIBLE

El contenido de este suplemento procede del libro digital DESPUÉS DE DIOS. OTRO MODELO ES POSIBLE, cuyos editores son: José María Vigil y Santiago Villamayor. Disponible de forma gratuita en:

https://eatwot.academia.edu/JoséMar%C3%ADaVIGIL/Inicio

Sincero para con Theos. El Teísmo es una forma superable de pensar la Realidad

José María Vigil

academia.edu

Introducción

Queremos tomar el tema de Dios desde sus orígenes, unos orígenes que no son tan largos, ni eternos, como por la filosofía tradicional estaríamos proclives a pensar espontánea- mente. Los homínidos[1], el género del que nosotros formamos parte, llevamos apenas en torno a 6 millones de años sobre este planeta, y theos, dios, apenas lleva 6000 años con nosotros, con nuestra especie[2] sapiens. Las religiones, sólo 4500[3]. Hemos vivido muchísimo tiempo más sin dios que con dios, sin religiones que con ellas.

Hasta donde hoy nos parece saber, es esta especie nuestra la que se ha quedado con la bandera de la evolución de un proceso de 13.730 mda (millones de años), en ese «pálido punto azul»[4] o mota de polvo que es este planeta, en medio de una inmensidad cósmica a la que apenas acabamos de abrir los ojos para contemplarla con nuestros instrumentos actuales. Ya sabemos que en nuestro sistema solar no hay seres con

vida inteligente[5], pero hoy creemos estar a punto de descubrir más allá del mismo, cualquier día, exo-planetas con presencia de vida, que, probablemente, podría ser vida también inteligente.

En esta pequeña descripción del escenario del que queremos partir, ya se percibe que tenemos un relato muy distinto del que han contemplado las ocho mil generaciones de nuestra especie que nos han precedido. Sin ser demasiado pretenciosos, podríamos decir que ellas han estado totalmente ajenas a la realidad de lo que realmente eran.

En lo que durante miles de años se han trasmitido de unas a otras, daban cuenta de sí con una explicación mitológica, imaginativa, con una fantasía realmente llamativa; no obstante, ha sido con ese tipo mitológico de explicaciones imaginativas con lo que se han alimentado inspiracionalmente nuestros mayores, nuestros ancestros, admirablemente. A ese tipo de explicación global podemos aplicar el dicho italiano: se non è vero, è ben trovato. Han sido «ficciones útiles», y muy útiles, que han logrado hacernos viables bio-evolutivamente.

En realidad, hace muy poco tiempo que nuestra especie ha tenido capacidad de registrar objetivamente la realidad mediante la escritura (algo menos de cinco mil años), y hace mucho menos tiempo que este ser humano que somos ha emprendido con sus propios medios un viaje de vuelta atrás, de re-flexión, de retorno sobre sus propios pasos históricos, para poner al descubierto y tratar de conocer ese pasado que fuimos pero que no recordábamos... ¿Cómo aparecimos? ¿De dónde surgimos? ¿Cuándo, cómo... o incluso por qué? De aquellos orígenes, de todo aquello que fuimos y que vivimos, obviamente, nada hemos heredado documentalmente. Sólo imaginaciones, intuiciones, suposiciones... argucias de nuestro cerebro, no sólo para descubrir la verdad, sino para posibilitarnos sobrevivir[6]; nuestras elaboraciones manifiestan una tremenda ignorancia, y una admirable sabiduría y creatividad.

Ha sido sólo en las últimas generaciones (a partir de la revolución científica del siglo XVI, del espíritu de la modernidad, de la Ilustración del siglo XVIII...), cuando hemos emprendido un inédito «viaje de vuelta», una revolucionaria «re/flexión»[7] hacia ese pasado vivido pero no recordado; a estas alturas actuales ya hemos puesto al descubierto arqueológicamente muchos aspectos (importantísimos, graves, esenciales, decisivos) que ni siquiera pudimos imaginar en nuestra historia pre-histórica y pre-científica. Aquí, sin duda, es la realidad la que ha superado a nuestra imaginación mitológica. En cierto sentido, como se dice popularmente, no sabíamos dónde estábamos parados ni por dónde nos daba el viento.

Hoy día ya sabemos[8] que no hemos llegado al planeta desde fuera, sino desde dentro, y que no hemos venido de arriba, sino de abajo. Que tampoco «hemos venido a este mundo», ni «hemos sido puestos en él», como durante milenios nos hemos venido diciendo a nosotros mismos; sino que hemos brotado en él, y de él. Que no hemos aparecido en la rama de un árbol, ni en las cabellos de

una musa, ni tampoco hemos sido «creados por Dios» en el sentido que hemos venido pensando en muchas tradiciones religiosas, como creados directamente por Alguien distinto del mundo, y desde fuera de él...; sino que procedemos del mismo y único tronco de la Vida, que se ha desarrollado en este planeta privilegiado, bien situado en la zona de habitabilidad en relación con la distancia a su estrella. Y que formamos parte de la familia única de la Vida de este planeta, descendiente toda ella de la primera célula, *Aries*, con todos sus miembros unidos, sin ruptura de continuidad, por los hilos, los *filum* de la misma y única Vida[9]. Somos primates, no simplemente «descendemos» de ellos; somos grandes simios evolucionados. Una rama que, por la conjunción de complejos factores climáticos y genéticos, experimentó una evolución en la línea de una mayor encefalización y desarrollo conciencial. «Emergió» en ella un nuevo estadio del fenómeno de la Vida de este planeta; con los homínidos llegó un conjunto de potencialidades nuevas: la liberación de las manos, el desarrollo craneal, la encefalización, la capacidad de pensamiento, el lenguaje, la reflexión...

Somos la primera generación que sabe todo esto. Doscientos mil años –toda su existencia– ha costado a nuestra especie llegar a este auto-conocimiento, con todas las limitaciones actuales, todavía. Un nuevo relato, una nueva perspectiva, que inhabilita la utilidad y la eficacia de las «explicaciones» anteriores –aunque inhabilite su sabiduría–. Partiendo de este nuevo escenario ya no sería posible elaborar aquellas magníficas e ingeniosas elaboraciones míticas del pasado. Ya no caben en las nuevas coordenadas cognitivas en que nos vemos reinstalados por obra de la ampliación misma del conocimiento: ya no podemos comulgar con muchas de aquellas elaboraciones que hemos construido nosotros mismos. Nos resultan extrañas, inasumibles. Las recuperamos y las estudiamos con un cariño inmenso, pero como cuando un adulto mayor se reencuentra con sus propios escritos de adolescencia o de infancia: un abismo se interpone entre las dos formas de mirar, aunque se trate de la misma persona. Pero volvamos a aquellos inicios.

Inteligencia, reflexión, sentido

No sabemos cómo fue, pero el ser humano desarrolló lo que llamamos «inteligencia», en una modalidad y grado nuevos, diferentes al que hasta entonces había alcanzado en los demás primates. Es un complicado conjunto de capacidades y sensibilidades multimodales, que incluye el sentir, el percibir, la intuición, el sentido de la belleza, la emocionabilidad, el amor, la dignidad, la fruición espiritual de dimensiones y valores casi inaprensibles, como los deseos infinitos, sueños movilizadores, experiencias inefables, extáticas, místicas, incluso «estados modificados de conciencia»... Toda una «noos-fera» multidimensional, compleja, imposible de delimitar y menos de viviseccionar, de reducir a todos sus componentes y dimensiones... No somos especialistas ni pretendemos dar una explicación suficiente sobre el tema; lo estamos

simple- mente apuntando, haciéndolo constar.

No hay que olvidar el dato elemental de que, en este nivel de noosfera, el género humano –el conjunto sucesivo de sus especies–, hemos partido de cero, del puro primate, de su inteligencia animal, y de su ignorancia basal. No hemos venido con un software preinstalado, porque ni siquiera «hemos venido», de ningún sitio, de ninguna fábrica, ni nos ha puesto en este camino ninguno de los innumerables dioses mitológicos que han creado a los seres humanos de las formas más curiosas e inimaginables. No «hemos sido puestos», siquiera. No hubo un momento concreto de aparición, ni mucho menos de creación, como para aparecer ahí ya «hechos»: «ahí están los primeros seres humanos». Fuimos primates, y somos todavía primates, que han surgido en una nueva «emergencia» o fase de la Vida de esta Tierra, caracterizados por ese concepto glo- bal de «inteligencia», concepto múltiple como los hay pocos.

Desde que ha emergido, este primate ha sentido una irresistible necesidad de com- prehender, de abarcar, en- tender la realidad. Inte- ligencia: intus-légere, leer por dentro, captar lo interior, ver más allá de lo que se ve por fuera, llegar más adentro de la superficie de las apariencias, descubrir las causas que están por detrás y por dentro. Y lo ha necesitado hacer desde el principio, partiendo de cero, insistamos. Hemos comenzado con las uñas: sin herramientas, ni físicas ni mentales. Hemos tenido que hacérnoslas, echando mano hasta de las piedras; no, no nacimos en un paraíso terrenal. Y desde entonces no hemos cesado de pensar, de repensar, de inventar, de reelaborar, de reinventar, de mejorar, de crecer sobre el «eje de acumulación» principal de nuestra especie, la inteligencia y el conocimiento.

Por ser inteligente, este primate ha necesitado, tanto como el aire para respirar y el agua para no deshidratarse, «explicación» y «sentido». Sería ésta una clasificación muy rudimentaria, pero suficientemente expresiva, para agrupar dos grandes tipos de necesidades fundamentales. La «explicación» busca la razón, las causas, la entidad, el conocimiento práctico, dominador de la realidad, eso que tengo que conocer para poder hacer algo que modifique mi entorno. Es el campo inabarcable del saber, del conocer, de las ciencias, hasta de la filosofía –dicho con términos actuales, anacrónicos para aquel entonces–. En todo caso, el ser humano necesita explicación, y si no existe o no la encuentra, la crea, o la inventa, aunque sea con magia, con creencias o con mitos.

Por su parte, la necesidad de «sentido» desea partir de las explicaciones correctas, pero en realidad no las necesita, ni le satisfacen necesariamente: el sentido se alimenta de «razones del corazón», inexplicables, indemostrables, no razonables en este sentido. Es la necesidad de encontrar sentido a nuestra existencia, tener un porqué, un para qué, no sentirnos vacíos ni olvidados, sentir que el Universo nos es acogedor, no hostil; sentir un amor y una pasión que nos impulse a vivir, y a vivir en plenitud de sentido

y de gozo; que nos haga no sentirnos solos, que nos haga sentir que nuestra vida tiene sentido, es valiosa, plena, significante. Parece que ya desde sus primeros momentos, el ser humano no ha podido vivir nunca «sólo de pan»... sino de pan «y de belleza», en el sentido más amplio imaginable. Y es que el nuevo nivel de conciencia que ha emergido en este primate, con la aparición de su «autoconciencia», tiene esas nuevas e insaciables exigencias.

Ahora bien, sin «sentido», este nuevo primate no puede subsistir; tiene que encontrarlo, y –también aquí– si no lo encuentra, lo inventa, lo imagina, lo cree adivinar, o lo encuentra «reve- lado»... y si no, se desespera y se quita la vida: sin sentido, la vida se le hace literalmente imposible, insoportable. Necesita sentido para vivir... y un sentido que sea tan fuerte... que incluso sirva para morir por él; ya no es un animal que trata de sobrevivir simplemente, sino de sobrevivir en ese plano más exigente que es el del sentido y de la emoción interior. Son consecuencias de ser un animal con autoconciencia, único en ese nivel de la evolución.

Los primates, ancestros nuestros, tuvieron siempre su «conciencia», como los animales desarrollados, pero no «auto- conciencia». Vivieron sin explicación ni sentido, impulsados sólo a sobrevivir, en la inmensa competición de la lucha por la vida, sin necesidades «subjetivas» cognitivo-afectivas e inteligentes. Con el surgimiento de la autoconciencia aparece ahí todo un abanico nuevo de necesidades, sentimientos, nostalgias infinitas, cavernas del corazón... que reclaman angustiosamente ser saciadas... Esta autoconciencia encuentra un vacío de sentido, en el que el primate siempre vivió tranquilo, del que no se daba siquiera cuenta. Con la nueva inteligencia, esta autoconciencia reclama, exige, se da cuenta, entra en angustia, busca, afila sus numerosos sentidos... Muchas teorías antropológicas se han orientado por ese filón para explicar la «naturaleza» humana, el sentido, la base, la necesidad del fenómeno de la religiosidad o de la religión[10].

Religiosidad

La evolución de este primate parece mostrar claramente un cambio de eje de acumulación evolutivo. No gana en fuerza a sus ancestros, no es más fornido ni más asustador por sus colmillos[11], ni por sus garras, ni por su hocico, incluso en nuestra especie se hace «el mono desnudo». Comparativamente, nace «sin terminar», indefenso, incapaz del todo para sobrevivir. El ternero, al poco de nacer, es capaz de ponerse en pie y alzar la cabeza para buscar la ubre de su madre. Nosotros tenemos que gatear un año para ser capa- ces de ponernos en pie. La gestación humana ha cambiado de eje y ha privilegiado el cerebro, que, no obstante, nacerá sin completar una gestación suficiente, y podrá y deberá ser completado en su maduración con el concurso del lenguaje, y la cultura. Ahí están todos esos temas de la juvenilización de la especie humana, del componente cultural y lingüístico del homo sapiens. Esta curiosa forma de gestación aparentemente incompleta, hace del homo sapiens una especie

caracterizada por su indeterminación, por su falta de fijación para un hábitat concreto, y por su flexibilidad para ser completado con la cultura en mil formas diversas, lo cual crea una estrategia peculiar de sobrevivencia, a base de compensar sus carencias.

Sugieren los bio-antropólogos que de ahí arranca la llamativa capacidad humana para la imaginación, para la creatividad, «para ver lo que no hay, lo que no está dado. Su capacidad de simbolizar y ver unas cosas como otras (metáfora), de poner orden en el desorden, de asumir el sinsentido para conjurarlo, transponiéndolo en imágenes, en palabras, en conceptos: en definitiva, su capacidad de interpretación, que fue reconocida por Heidegger y Gadamer como el 'modo de ser' del ser humano»[12].

Juan Luis Arsuaga afirma que lo que caracteriza al ser humano es que «veía cosas que no existen y creía realidades basadas en mitos que no son verdad, y atribuía a los animales cualidades humanas. De alguna manera sacralizaron la naturaleza. Creer ese delirio nos hizo como somos»[13].

La realidad se resiste: no sabemos nada de ella, y tampoco se explica. Necesitamos explicar-la: desplegar su interioridad, sus causas, sus procedimientos, su naturaleza, para en-tender-la, y entendernos con ello a nosotros mismos, «saber dónde estamos parados» –un elemento esencial de nuestra propia naturaleza–. El primate 'nuevo' que somos, apenas surgiendo de la oscuridad de la ignorancia, desnudo de herramientas físicas y mentales, pasará un largo período de su primera existencia poniendo las bases, tanto para su sobrevivencia, como para el desarrollo de esa su ventaja comparativa. Quedan en la noche de los tiempos las vivencias de los seres humanos en torno a la conquista del alimento, del fuego, de las primeras herramientas de piedra (paleolítico), a la vez que a la conquista del lenguaje, del pensamiento, de los primeros inicios culturales... Pero con el tiempo, nuestra especie ha resultado exitosa: con esas facultades tan creativas e imaginativas, a base de esfuerzo y tiempo, nuestra especie acabará por dominar el mundo, por explicarse lo aparente- mente inexplicable, y por llegar en la actualidad a poner en peligro la viabilidad misma de la Vida en el planeta.

Pero no sabemos bien cómo fueron los inicios. Veamos.

Recuperando nuestra andadura espiritual

Parece que en los 70.000 últimos años de nuestra existencia como especie[14] que tenemos datados arqueológicamente, hemos exhibido una conducta muy bien acomodada y adapta- da a nuestro planeta (O'MURCHU 1997: 55). Nos hemos identificado con él, lo hemos considerado nuestro hogar (oikos), nos hemos acomodado a sus ritmos naturales, a los de los animales, al permanente y misterioso devenir cíclico de los astros, inalcanzables y siempre mensajeros... Nos hemos auto-descubierto como parte de esta única realidad integral total: el cielo no era más que la continuación del suelo, la parte

de la tierra que no alcanzamos a tocar, nuestro techo, nuestro cobijo, y hemos cultuado esta tierra (aun antes de cultivarla) con veneración y reverencia, sobrecogidos por la misteriosidad de que aparecía revestida. No surgió en el principio ningún rasgo de una dimensión específica diferencial, distinta, privilegiada, separada, «sagrada», religiosa... Nada era designado como sagrado, porque todo lo era; no existía siquiera el concepto; nada fue «religioso», ni tampoco existió ese concepto, que sólo pudo aparecer, por contraposición, cuando algo, bastante más tarde, pasaría a ser considerado profano, no sagrado.

Durante decenas de miles de años, hemos vivido como en un «huevo cósmico», o un seno materno, un útero, un holós, un todo unido, misterioso y sobrecogedor, admirable y admirado, que nos acogía como nuestro hogar, sentido como tal, y que nos alimentaba espiritualmente con la contemplación extasiada que suscitaba en nosotros: lo santo y divino, holístico, omnipresente. Sin dimensiones ni coordenadas con las que marcar sus límites, que no existían. [Es la admiración extasiada de la que luego hablará Einstein].

En ese ambiente de sacralidad, en ese mundo sagrado unificado en el que hemos dado nuestros primeros pasos evolutivos, este primate homo sapiens crea –o se reinventa a sí mismo con la creación de– el lenguaje, esa dimensión que le posibilita un mundo nuevo de proyección de sí mismo más allá de la limitada realidad física. Con el lenguaje recrea la realidad, la empaqueta en palabras, la re-expresa en mil formas, la comunica, comienza a manejarla intelectualmente, y, como el libro de la naturaleza le permanece cerrado y no le comunica gratuitamente ninguno de sus secretos ni su sentido, el ser humano, sobre todo por medio de la ficción, del relato, crea el sentido que no encuentra, lo elabora y reelabora, lo enriquece, lo profundiza, lo comparte, y lo celebra. El mundo natural entonces se reviste de significaciones, que evocan símbolos, pensamientos, sentimientos, pertenencia, identidad, devoción, esperanza de buen futuro, ideas, nombres, símbolos, conceptos, atribuciones, valores éticos, valores estéticos, vehiculados por las creaciones del lenguaje. Es un software cultural que va colaborando a fraguar la evolución humana; es esa dimensión cultural que decíamos que contribuye a conformar y madurar ese cerebro humano que es dado a luz sin terminar de configurar...

Bajo el influjo anímico de esa noosfera, siempre destacan los mejores, los que tienen más capacidad interpretativa, más penetrante visión, más sentido de intuición profunda... que puede ser el vidente, el chamán, el poeta... que se adelanta, que expresa lo que los demás intuyen, y que en ese sentido guía como líder y animador, del cultivo de la veneración de esa Realidad sagrada que rodea ya al ser humano como incipiente una noosfera mental, afectiva, inconsciente, grupalmente subconsciente (Jung, arquetipos...).

La arqueología y la antropología cultural, en un esfuerzo multidisciplinar, hoy parecen concordar en que

durante toda esta primera etapa del paleolítico, el inicio del neolítico y el mismo calcolítico (la edad del cobre), hemos sido capaces de evolucionar, y de hacerlo al parecer exitosamente, creando un alma para el colectivo, una noosfera respirable para los seres humanos, que se han sentido, agradecidos, en su casa, en su hogar, en el útero de una Realidad global captada como materna y fecunda, benévola y acogedora incluso en nuestro viaje de retorno al seno de la tierra. Han sido unas décadas milenarias nada románticas ni ideales; han sido épocas casi geológicas de minusvalía, de pobreza o más bien de miseria, de vivir permanentemente acosados en un medio hostil, de enfermedades y de muerte prematura, de profunda ignorancia. Aquel sentido incipiente de sacralidad que el ser humano ha exhibido, tan patente para los investigadores actuales, no puede ocultar las limitaciones, la miseria y las desgracias propias de aquellas épocas primitivas.

Precisamente ese llamativo sentido de sacralidad de aquellos ancestros nuestros, puede ser considerado como un recurso de la evolución biológica integral, para hacer sobrevivir a esta criatura pequeña, indefensa y hostilizada por el ambiente. A pesar de sus miserias, podemos considerarlos unos milenios luminosos, evolutivamente fecundos, gracias a esa sacralidad global omnipresente que, inexplicablemente, el casi gateante ser humano ha sido capaz de intuir y experimentar.

Desde muy pronto[15], o desde el inicio, hemos tratado a la Realidad con reverencia, con amor, con cariño trascendente, viendo en ella más de lo que se ve físicamente. La hemos visto Viva, admirable, fecunda, misteriosa, inexplicable, sagrada, trascendente, inabarcable... llena de Fuerza, de capacidad de regeneración y de Misterio, y nos hemos sentido transidos de reverencia y hasta de adoración. Pero no como una actitud añadida o diferente, «religiosa»: sino como una actitud integral humana; y no como ante una realidad especial y separada, sino como ante la Realidad total que nos rodea, de la que nos sentíamos partícipes.

Toda esta noosfera de sacralidad –o si se quiere, de «religiosidad»[16] – no ha venido de fuera, ni caído de arriba. No le fue entregada al ser humano, ni fue encontrada milagrosa- mente. Ha sido elaborada por los humanos, con su creatividad, con su singular forma de ser, inspirados por su propia intuición profunda, más allá de lo consciente y lo inconsciente, tal vez desde el nivel profundo de la meta-realidad misteriosa que quizá mueve por dentro, desde lo profundo, la Realidad cósmica de la que sólo vemos la superficie de una mínima parte.

Nota importante: hasta este momento evolutivo que estamos tratando de evocar, es decir, hasta hace 6.000/5.000 años, no ha aparecido theos, entre nosotros, con ése o cualquier otro nombre[17]. Ni dios, ni diosa. No existe la palabra ni el concepto. Ni se lo echa en falta.

Sí han aparecido a estas alturas (sí han sido elaborados) conceptos o ideas para manejar la realidad con

el lenguaje. La misteriosa vida del ser humano, por ejemplo, cuyo principio ha sido primero identificado con la sangre, ha llevado luego a pensar que está controlada por un «alma», una entidad indefinida pero más sutil, que mantendría vivo al cuerpo humano; los seres humanos tienen un alma humana… Aparecen también otros principios también sutiles y huidizos, como gnomos, duendes, dáimones, demiurgos, elfos, demonios, hadas… entre misteriosos y mágicos, y toda una interminable serie de realidades misteriosas de cuyo empaquetamiento en «palabras» nos servimos con frecuencia para aparentar ante nosotros mismos que explicamos lo que no sabemos.

Es pues muy importante caer en la cuenta de que, por lo que hoy creemos saber, en el 97 por ciento de su tiempo de desarrollo evolutivo[18] este homo sapiens no se ha encontrado con Algo/ Alguien a la manera de lo que después llamará dios, y theos, ni ha sentido su necesidad para vivir una vida bien realizada en este planeta, sabiamente compenetrada con la naturaleza, y llena de sentido de sacralidad y religiosidad profunda [no decimos «religión»]. En realidad, theos resulta ser un recién venido, en términos geológicos.

El «primer» tiempo axial

Hacia finales del calcolítico (edad del cobre) la evolución humana experimenta una profunda transformación, un verdadero «tiempo axial», probablemente mucho más hondo que aquel otro sobre el que a mediados del pasado siglo XX Karl Jaspers[19] llamó la atención. Nadie tiene una descripción cabal de tal transformación, ni sabe las causas últimas, sino quizá sólo algunas «antepenúltimas». ¿Fue por efecto de la revolución agraria? ¿Fue una especie de progreso natural en el desarrollo cognitivo y en la capacidad de abstracción? ¿Fueron las invasiones kurgans, quienes parece que trajeron ya, de las estepas sub-siberianas, una arcaica visión dualizante? Son muchos los autores que señalan las invasiones kurgans como causa de esta transformación, pero ellas serían una causa penúltima o antepenúltima: ¿que fue lo que llevó a los pueblos kurgans a semejante evolución cultural, en esa zona euro-asiática, que les hizo irradiarla durante un largo período de unos 2000 años? Ni la época ni la zona está muy estudiada; sí lo está la zona de la Old Europe sobre la que los kurgans se proyectaron principalmente (GIMBUTAS 1979). No obstante, todo este conocimiento está en construcción, y no exento de polémicas precisamente.

La revolución agraria es tenida por muchos otros estudiosos como la verdadera causa; esa revolución sería, para muchos, el momento más crucial que nuestra especie ha atravesado. Dejamos de ser cazadores-recolectores, nómadas, y pasamos a asentarnos y a convivir en pequeñas sociedades para trabajar la tierra, con lo que hubimos de reinventarnos: hubo que replantear nuestra relación con la naturaleza (ahora de conquista y de dominio), nuestra relación de convivencia (ahora con reglas, con derecho, derecho familiar, de propiedad, de pertenencia,

afrontando las tensiones de la división del trabajo y los conflictos de la desigualdad económica y social...). Son muchos los que dicen que esa transformación se llevó a cabo contando precisamente con el apoyo de una nueva fuerza que entonces se elaboró y se articuló social- mente: lo que más adelante sería la tradición religiosa identitaria de cada tribu, las «religiones» de cada pueblo, como un elemento de unificación y amalgama y control de la propia sociedad.

Los estudios más recientes del ADN confirman la presencia de la herencia genética de los pueblos «de las estepas» (del norte del mar Negro, sur de Rusia actual), la cultura *yamna* (o *yamnaya*), también llamados los *kurgans*, que se expanden en tres grandes olas bien diferenciadas en el tiempo, en todas las direcciones, provocando grandes movimientos migratorios. Son pueblos que buscan tierras a conquistar para sus ganados, y que vienen con una mística muy elaborada, con un dios guerrero, conquistador, protector de su gente contra los demás pueblos, a los que se siente llamado a someter. Un «dios a caballo», como van ellos, sobre el caballo que acaban de domesticar y que ha cambiado su mundo; un dios espiritual, de segundo piso; un dios masculino, antípoda espiritual de la Madre Tierra; un dios que ha elegido a ese pueblo, y lo ha destinado a dominar a sus vecinos, a conquistar violentamente las tierras que necesite, matando a sangre y fuego a quien se le oponga; un dios «tribal» que ha hecho opción por su tribu, que siempre la protege, e incluso interviene a su favor en la guerra y en la conquista violenta[20].

Es por esta época cuando surgen por todo ese *continuum* religioso-cultural que constituye Europa oriental y el Próximo Oriente, los mitos de la «separación del cielo y de la tierra». Emerge una nueva configuración mental, una nueva concepción de la realidad, un nuevo paradigma profundo que se extiende y se instala en la mentalidad de estos pueblos. Se trata de un cambio de paradigma (del «protoparadigma» fundamental, en realidad), que marca una diferencia radical, un antes y un después: un «tiempo eje», que deberíamos llamar «el tiempo axial del final del calcolítico».

La imagen mitológica emblemática del cambio es la de los mitos de «separación del cielo y de la tierra». Aparecen en Sumer y en Egipto. Descritas aquí muy brevemente[21], sólo esquemáticamente, las transformaciones fundamentales implicadas serían éstas:

• La separación de cielo y tierra conlleva la dualización del mundo. A partir de ahora hay dos realidades, como «dos pisos», dos niveles, muy diferentes. (Se acabó la unidad integral y la totalidad sagrada del «huevo cósmico», del «útero sagrado materno», del *holos* o todo unido en el que hasta ahora habitaba la humanidad, durante decenas de miles de años). Y esta separación se introdujo de hecho con la aparición del concepto arcaico de theos, el Señor poderoso del mundo celestial. Siempre que en nuestra espiritualidad nos estamos refiriendo de alguna manera a un segundo piso sobrenatural, estamos mostrando nuestra estructura

mental teísta -incluso aunque fuésemos ateos-.

- No se trata de una partición simétrica, sino radical- mente desigual. Son dos partes de naturaleza contrapuestas; verdaderamente: dos mundos, contiguos, pero infinitamente distantes en su naturaleza, la tierra y el cielo. Dos mundos opuestos axiológicamente. Siempre que nos expresamos en favor de la inalcanzable pureza o 'santidad' de las cosas de arriba, o de la innata maldad de las realidades de abajo, o de la purificación que supondría alejarse de este mundo de la naturaleza, estamos siendo teístas.

- Son dos mundos, con una profunda diferencia jerárquica. El piso superior, no sólo es superior en posición, sino en valor y en su propio ser, con una diferencia abismal, tanto axiológica como ónticamente. Sólo el ser divino ES; los demás seres no son, sino que son mantenidos en el ser graciosa y misericordiosamente por el Ser Supremo. Sin ninguna «autonomía»; son absolutamente «heterónomos» **22**; son incluso mantenidos en el ser unilateralmente por el Ser Supremo, sometidos a su arcano e imprevisible designio. En realidad, se puede decir que ser, Ser, lo que se dice SER, sólo lo ES el SER Supremo. Lo demás no ES, sino que sólo pende del Ser Supremo. Lo cual, en rigor, no debiéramos llamarlo dualismo, sino «dualismo monista», un dualismo aparente, que en el fondo es monopolar, un monismo del Ser.

- El piso inferior es éste en el que nos hemos movido los humanos desde el alba de nuestros tiempos, pero que ahora –como si nos quitáramos una venda de los ojos– pasamos a mirar como un mundo material, hecho de «materia» (la ganga de la realidad), inferior en todo el sentido de la palabra, «profano» (por primera vez aparece esta categoría de pensamiento, y aparece porque simultáneamente surge por primera vez lo sagrado selectivamente ubicado; antes todo era sagrado, con lo que no había nada que ubicara la sacralidad, que la delimitara, que la detentara en exclusiva). Siempre que para experimentar lo sagrado necesitamos recluirnos en un recinto sagrado construido, no natural; siempre que la naturaleza nos parece neutra, profana, religiosamente irrelevante... seguimos siendo deudores de aquella desacralización y profanización que el teísmo realizó sobre la realidad cósmica, para concentrar toda la sacralidad en el Ente Supremo del mundo sobrenatural superior paralelo al nuestro.

- El segundo piso, recién aparecido, surge como la mora- da de un inquilino principal, el Ente supremo, theos, que es –por primera vez aparece ahora esta categoría– «espiritual», es decir, no-material, in-material, «in-visible», espíritu puro, no natural, sobre-natural, y además supremamente inteligente. En los mitos de separación del cielo y de la tierra enseguida aparece ese ser superior, espiritual, supremamente inteligente, todopoderoso, que todo lo crea con el simple pensamiento, lo llama a la existencia mediante su palabra creadora, y también con la rapidez inmediata de su voluntad cura, castiga,

interviene en este mundo. Siempre que, en nuestra espiritualidad, sobre todo en nuestra oración, estamos pensando en el favor, la ayuda urgente, la protección preventiva, la mano de ayuda superior, o la necesidad de ofrecer sacrificios y presentar ofrendas y oraciones «para nuestro bien y el de toda su santa Iglesia», estamos en el esquema teísta.

• En esta nueva realidad cósmica, dualizada, el ser humano no acabará malparado del todo. Como él es el que está elaborando esta nueva cosmovisión escindida, acabará por auto-atribuirse una participación en el segundo piso. Es cierto que está en este mundo de la materia y de la carne, profana y pecaminosa, pero el ser humano no quiere reconocerse simplemente como naturaleza: él participa de alguna manera de la naturaleza de theos... Él mismo queda dualizado: mitad naturaleza, mitad sobrenatural; mitad material terrenal, mitad espiritual divino. Acabará pensando que él no es verdaderamente terrestre, sino esencialmente sobrenatural. Él es su «alma» (a imagen y semejanza de dios), y por tanto es ciudadano del cielo, extranjero en este mundo, en estado de peregrino, que no debe apegarse a este mundo, sino mirar siempre a la patria celestial divina, a las cosas de arriba... Acabará pensando que lo más esencial en sí mismo, no es su naturalidad, sino su sobrenaturalidad: como dice una frase indemostradamente atribuida a Teilhard de Chardin: «No somos seres materiales viviendo una experiencia espiritual, sino seres espirituales viviendo una experiencia material»[23].

• Este cambio de estatus, de posición dentro del paradigma cosmovisional (abajo el mundo natural material profano; arriba Theos espiritual sobrenatural supremamente inteligente y puro... y en medio un ser humano perteneciente a la esfera sobrenatural pero misteriosamente engendrado en el mundo natural profano), traerá una consecuencia gravísima: a partir de la aparición del nuevo inquilino en este segundo piso recién edificado encima de nosotros en el esquema cósmico mental, el ser humano ya no se entenderá a sí mismo como parte de la naturaleza, como se ha sentido hasta ahora mientras ha vivido en el huevo cósmico paleolítico, en aquella naturaleza toda ella divina y sagrada de la que formaba parte, sin ningún segundo piso. Ahora deja de sentirse natural: ya no es Naturaleza, sino sobre naturaleza. Es verdad que 'carga' un cuerpo material-carnal, pero su verdadero yo es un alma espiritual, y de ella es de lo que verdaderamente va a cuidar. El ser humano ya no se siente un ser natural, no ve ya la Naturaleza como su Matria, como el seno materno que lo engendró, sino como un cosmos profano, material, carnal, tentador... que desprecia (*contemptus mundi*), del que sería mejor estar lejos, huir si fuera posible (*fuga mundi*). Acabamos de cortar las raíces que nos unen a la naturaleza[24].

• Y más: porque participa ahora del carácter sobrenatural de Dios, por su alma espiritual, el ser humano no sólo no se siente parte de la naturaleza, sino separado de ella, por encima de ella, y

dueño de ella. «Dominad la tierra», dirá luego la Biblia que les dijo Dios. El teísmo pone a la naturaleza al servicio del ser humano. Éste llegará a considerarla como naturaleza femenina a la que hay que dominar y violentar para extraerle sus frutos y sus secretos (Francis Bacon). Así, de aquella Realidad circular del huevo cósmico o seno materno de los tiempos pre-teístas, el teísmo reconfigura la Realidad para hacerla ahora «triangular» (nuevo paradigma antropo-teo-cósmico[25]): theos arriba, y abajo la naturaleza a un lado, y en el otro vértice, opuesto a la naturaleza, el ser humano, un tanto elevado hacia Theos. Se ha consumado la escisión del cosmos, la defenestración de la naturaleza de su condición sagrada, la separación del ser humano respecto de la naturaleza, y su entronización como dueño de la misma. Este es el gran drama de la escisión antiecológica de la cosmovisión humana, propiciada por la aparición de theos. Es también probablemente la razón de la orientación antiecológica de las civilizaciones inspiradas por religiones y espiritualidades teístas –y monoteístas, a fortiori–.

• El theos que surge en el segundo piso es, por primera vez en nuestra historia espiritual, masculino. La femenina Maternidad sagrada de la Realidad, desapareció. Los valores «masculinos» de la fuerza, el poder, la imposición, la supuesta racionalidad, la dominación de la naturaleza (asociada a lo femenino) son los valores principales del recién aparecido theos. El varón pasa a ser considerado privilegiadamente como «imagen y semejanza de Dios», digno de representarlo, de manejar y administrar las cosas sagradas, mientras la mujer es considerada incapaz de ello, como por impura, menos inteligente, voluble e imprevisible como la naturaleza y la carne... Siempre que nuestro corazón espiritual siente que lo masculino está más cerca de lo sagrado, y la mujer no es tan digna, arrastramos todavía las consecuencias de aquel vuelco de cambio de paradigma de género que se dio precisamente con el advenimiento del modelo theos, al final del calcolítico.

• Theos es, además, Señor, Todopoderoso, Kyrios se le llamará después. Requisito principal es mantener su honor y gloria en máximos (el lema *ad maiorem Dei gloriam*, expresa perfectamente la esencia de la relación del ser humano para con él). Theos pide adoración, postración, posición de rodillas... Las religiones han puesto al ser humano de rodillas: la sumisión total es la esencia religiosa. Esta concepción, de un theos que compite con la humanidad por principio, es inaceptable para la modernidad consciente de los derechos y la dignidad del ser humano. Siempre que insistimos en la sumisión, en la fe ciega ante los dogmas decididos por la institución religiosa auto-erigida en representante de theos, siempre que hacemos de la religiosidad sometimiento, arrastramos genes teístas.

• Siempre que en nuestra intimidad espiritual estamos pensando en, dirigiéndonos a, suponiendo un Tú Supremo, un Alter, un Otro supremo... siempre que se da esa «alteridad» entre yo, o nosotros, y ese Alter

Supremo, estamos en el esquema teísta. Sólo superamos el teísmo cuando vamos des- cubriendo y haciendo nuestra la convicción de que la sacralidad, la divinidad no están fuera, no son alter, no están expatriadas de este mundo en un piso superior, sino en éste mismo ¡y único! piso, la Realidad, o sea, cuando no hay un Tú sagrado supremo, por tanto, cuando en lo sagrado no hay alteridad para con nosotros ni para con el mundo, cuando la sacralidad nos abarca y nos impregna de tal modo, que Todo es, somos, sagrados. Cuando la sacralidad es tan íntima y profunda en la Realidad, que no puedo considerarla en alteridad, en segunda persona siquiera, sino en identidad, en identificación, cuando sólo puedo decir: Tú eres Esto mismo**26**, y yo también. La alteridad de la sacralidad es un rasgo esencial de theos.

Es importante caer en la cuenta del profundo cambio de coordenadas, del cambio de paradigma, con el que la humanidad transforma, en el curso de relativamente poco tiempo, su visión de la realidad, con la irrupción del modelo theos. No hace falta decir, aunque sea de pasada, que todo esto es una simplificación, porque estamos esquematizando la elaboración de una figura eurística, un modelo, que no deja de ser una abstracción... En la realidad todo es mucho más complejo, porque coexiste con otras muchas dimensiones: el *animismo* anterior, que persiste y no tiene nada que ver con theos; la influencia y penetración de las *religiones orientales*, tan diferentes paradigmáticamente; la corriente singular de las *religiones de los misterios*, que ponen su acento menos en theos y más en la experiencia espiritual; la atracción irresistible de la *magia*, la *mántica*, las *supersticiones*, etc.

- A partir de esa transformación, las coordenadas han variado: ya no vive la humanidad en un huevo cósmico, en un todo (*holos*) indiviso y sagrado, sino en dos pisos. Se ha dualizado y escindido el mundo.

- La materia, la profanidad, lo femenino, quedan en el nivel inferior, en el inframundo, como el rincón al que son ahora relegados. El desprecio de la materia, de la carne y de lo femenino, la huida del mundo, la obsesión por una salvación celestial pos-terrenal, tienen entrada plena y carta de ciudadanía en la nueva cosmovisión.

- y el espíritu, lo espiritual, lo sobre-natural, lo no terrenal ni natural, que es a la vez lo más inteligente, y la fuente de todo poder, emigran a su hogar propio, al mundo de arriba, el cielo empíreo donde reina Dios, masculino por cierto. El espiritualismo, el patriarcalismo, la pureza, la huida respecto del mundo, de la materia, de la carne... y la infravaloración y la sumisión de la mujer son consecuencias lógicas que brotan de las entrañas de la nueva cosmovisión.

Este dualismo lo invadió todo: no sólo la cosmología (cielo y tierra), sino la ontología (el Ser a se, y el ser meramente por participación concedida, heterónoma y contingente), la antropología (un cuerpo meramente material y carnal, y un alma espiritual y sede de la inteligencia), y la visión global

soteriológica de la realidad (este mundo terrestre natural, pecaminoso y perecedero, y el cielo, el otro mundo espiritual, divino, la patria definitiva hacia la que peregrinamos, protegiéndonos de este mundo terrestre y traidor del que nos esforzamos por huir).

Éste es el nuevo marco cosmovisional del ser humano al final de este tal vez «primer tiempo axial» que la humanidad ha vivido, que, a lo que nos parece, es mucho más radical que el que Karl Jaspers destacó, que tendría lugar varios milenios después. Es radicalmente distinto al que durante decenas de milenios alimentamos y elaboramos pacientemente en aquella nuestra «noosfera», como la estamos llamando *avant la lettre*.

Y atención, si hay en esta transformación cosmovisional una pieza central, ésa es la de dios, el Júpiter tonante del segundo piso. Dios funge ahí como la referencia absoluta que sostiene y sujeta todo el edificio, como la piedra-clave que sujeta la bóveda. Toda esa arquitectura de percepción y de pensamiento, postula la presencia de un inquilino supremo que la habita y le da sentido. Y viceversa: si se reconoce un Espíritu supremamente inteligente, poderoso y único, es imposible no acomodar nuestra cabeza a esa nueva arquitectura paradigmática dualista y monista que implica, a la que nos acabamos de referir.

Por esto es por lo que la cuestión de dios –theos lo llamarán más tarde los griegos, que heredaron el concepto– no es «una» cuestión local, concreta, delimitada... por muy importante que fuera, sino «la» cuestión, la piedra clave que sujeta la bóveda, y el centro que, si se activa, recoloca necesariamente con su magnetismo todo lo demás, poniéndolo a su servicio. El teísmo no es «una» cuestión teológica... es la cuestión central. Por que theos equivale a centro. Teísmo o no teísmo equivale a Realidad considerada centrada, o sin centro, lo cual es una disyuntiva capital.

«Dios es la metáfora central de la visión del mundo en Occidente» (McFAGUE 1987: 77). Y las palabras famosas de Martin Buber: «La palabra 'Dios' es la más cargada de todas las palabras humanas» **27**.

A partir de este momento histórico (lamentablemente pre-histórico más bien), se abre una etapa de la historia de la humanidad caracterizada por ser una aventura interminable «a vueltas con dios»**28**.

Post-calcolítico

Traspasado el umbral de esta radical transformación, las exigencias y necesidades de la autoconciencia del ser humano se adentran en otras coordenadas sobre las que desplegar y echar a volar su creatividad: un escenario enteramente nuevo (a causa de un paradigma básico, o protoparadigma, radical-mente nuevo). Ahora, los «seres espirituales» –no naturales, sobrenaturales, antimundanos en principio– proliferan en la noosfera particular de cada pueblo, de cada cultura, aun sin dejar de desarrollarse dentro de unos patrones comunes en muy amplias zonas geográfico-culturales. Desde finales del pasado siglo XX es voz común entre los antropólogos, paleontólogos y arqueólogos que, por ejemplo, toda la zona

de Europa y el Próximo Oriente, forman un *continuum* religioso-cultural, que hace que sus elaboraciones religiosas, sus textos, sus Escrituras, sus ritos, sus divinidades... pertenezcan a un universo religioso común[29]. Muchas divinidades están en la mayor parte de los pueblos, con características semejantes y hasta con los mismos nombres; muchas de ellas se mezclan y se «contaminan» mutuamente asumiendo y compartiendo las características de las divinidades vecinas. Es un proceso que hoy conocemos con evidencias datadas[30].

La ebullición que se da en este tiempo en la autoconciencia humana, sus nostalgias profundas e indefinibles, sus preguntas existenciales, sus búsquedas más sinceras y sin res- puesta... todo se expresa en sus exuberantes creaciones religiosas. Proliferan los dioses (DEL OLMO 2002) por toda esta región que escogemos como caso de estudio. Ya a la «aurora de la historia» –que se ha dicho que habría comenzado en Sumer–, en esa Mesopotamia escenario por donde comienzan a surgir y a pasar los primeros imperios y civilizaciones, vemos surgir millares de dioses y diosas, y tenemos registrados sus nombres, sus llamativas «personalidades», los ritos con los que se les cultuaba, los textos sagrados de los sacrificios que se les ofrecía, y las «Escrituras» que esos dioses revelaron a sus pueblos. Somos la humanidad que, a la altura de nuestra gene- ración, disfruta el privilegio inimaginable de haber podido volver hacia atrás sobre sus pasos, volver la mirada a su pasa- do, que ha estado totalmente olvidado y desconocido durante miles de años, y que hoy vamos recuperando y re-conociendo con bastante claridad. Hemos descubierto y recompuesto un gran conjunto de idiomas (perdidos) de aquel tiempo; hemos desenterrado decenas de miles de documentos, tablillas de arcilla[31] sobre todo, bibliotecas enteras[32], archivos de palacios reales, archivos diplomáticos estatales[33], abecedarios incluso[34] para facilitarnos la tarea... y las hemos estudiado (y continuamos haciéndolo), sacando a la luz nuestro propio pasado, recuperando nuestra propia historia, descubriendo a veces que un rito o texto que creíamos muy «nuestro», de nuestra tradición más particular, pertenece a otra familia, tiene otro origen, o quizá ha sido simplemente inspirado en otra fuente anterior, o, simplemente, copiado y trasladado. La religiosidad de los pueblos que nos precedieron –de los que descendemos– no solamente es todo un *continuum* –como ya hemos dicho– sino que es un mismo *filum* religioso humano, una misma noosfera espiritual, donde todo está en comunicación con casi todo, donde todo se encuentra, se enlaza, se interfecunda mutuamente, donde todo reacciona con todo y posibilita una mayor efervescencia de la mayor creatividad religiosa imaginable.

Limitaciones y errores

También conocemos las limitaciones de esta religiosidad desbocada y entusiasta. Conocemos un tanto qué capacidades eurísticas tenían (y no tenían) aquellos pueblos, sus artes incipientes de razonamiento, el rigor y/o falta de rigor de sus conceptuaciones y

argumentaciones, el papel fundamental de la creatividad, el sentido imaginativo supremamente narrativo... de las «intuiciones» religiosas de aquellos pueblos, nuestros ancestros en la religiosidad, de cuyas intuiciones y creaciones constatamos hoy vestigios en nuestra religiosidad (e incluso irreligiosidad).

Conocemos el mecanismo epistemológico inconsciente que la noosfera humana tiene para ejercer su control sobre el grupo social que la comparte, consistente en la atribución a dios de nuestras propias creaciones. Ya Hamurabi se hizo representar en la parte superior de la estela de su Código, en actitud de recibirlo de la Divinidad. De Moisés no se nos dice que «escribiera» los Diez Mandamientos, sino que los recibió milagrosamente sobre las dos tablas de piedra, esculpidos obviamente por Dios mismo. En todas las religiones –es decir, en todas las sociedades– constatamos el mismo procedimiento: son los dioses creados por nosotros quienes nos dictan el mensaje que nosotros ponemos en su boca. Es un mecanismo socio-religioso conocido en la antropología cultural: la atribución a dios es la manera (en aquel tiempo) de sellar, de revestir de autoridad, de absolutizar por tanto, incluso las normas de conducta que establecemos para nuestra sociedad. No es una característica de alguna religión: es un mecanismo social del universal religioso. Y muy lógico, y obvio, aunque hasta recientemente nos haya pasado desapercibido.

Hoy, cuando ya hemos perdido aquella inocencia, ingenuidad o credulidad religiosa, merced a la cual cada poco tiempo los sacerdotes nos leían nuevas «palabras de Dios», no podemos menos de leer con benevolencia comprensiva aquel lenguaje autoritario, absoluto, indubitable, dogmático y cuasi-apodíctico de la mayor parte las Escrituras religiosas de los pueblos. Es una limitación a la que no podemos cerrar los ojos hoy.

Y conocemos también todo un reverso de la historia de la religiosidad. Junto a las increíbles alturas y cimas sublimes de intuición religiosa, conocemos también la inmensa presencia de prácticas que hoy nos parecen no sólo incomprensibles, sino absurdas e inaceptables: las prácticas mágicas, la mántica, la fácil credulidad para reconocer la presencia de prodigios divinos por cualquier parte, los oráculos divinos fácilmente a disposición pública, las curaciones a demanda religiosa, la adivinación, la extispición[35], la hepatoscopia, la lecanomancia, la astrología, la interpretación revelatoria de los sueños[36]... Y sabemos que las condiciones epistemológicas de los grupos humanos que son capaces de realizar con fervor estas prácticas mánticas milenarias, son las mismas que cuando practican la reflexión religiosa, la oración a la divinidad, sus invocaciones y su acatamiento moral...

Eso, todo esto, está ahí. No son especulaciones. Lo muestra, lo evidencia y lo atestigua la arqueología, tanto física como cognitiva. Venimos de ahí, de todo ello. Aunque lo ignoráramos, aunque lo sigamos ignorando, aunque no nos guste saberlo ni mirarlo. Pero sólo teniéndolo en cuenta y partiendo una y otra vez de esta base, es como podremos reflexionar a

la altura de las exigencias de este momento de la historia. Una reflexión que hable de «dios» ignorando olímpicamente todas estas perspectivas, no va ya a ser escuchada por quien se sien- te miembro de la sociedad de conocimiento actual.

¿Pero Grecia, e Israel...?

Occidente, digamos que la cultura occidental, lleva 25/20 siglos caminando bajo la herencia greco-cristiana. Y porque el cristianismo lleva en su seno al judaísmo, por eso también la herencia religiosa de Occidente lleva la herencia de Israel. Todos hemos sido formados en la idea de que el mundo del pensamiento comenzó de hecho con Grecia, y el de la verdadera religiosidad comenzó en Israel. El cristianismo es el alma de Occidente, y Grecia e Israel serían sus raíces, los comienzos de Occidente. Todavía hoy, es difícil encontrar entre nosotros libros que no partan de este supuesto: la filosofía, el pensamiento maduro de la humanidad, habría comenzado con los pensadores griegos, con Grecia, no antes; y la religiosidad madura y verdadera, habría comenzado con Israel, y no antes ni fuera de Israel. Todo lo anterior, en un campo y en otro, no habría sido sino sólo prolegómenos, tentativas, acercamientos, ensayos... nada digno de recuerdo una vez que llegaron las figuras plenas de Grecia e Israel.

Estamos hablando de la segunda mitad del siglo primero a.e.c. Para entonces, hace ya varios miles de años que el nuevo «protoparadigma antropo-teo-cósmico»[37] comenzó a extenderse desde el final del calcolítico, por causa –hemos dicho– de la profunda transformación producida por la revolución agraria, y por la nueva cosmovisión religiosa traída por las tres oleadas de invasiones kurgans[38]. Esta nueva cosmovisión fue impuesta a fuego y a caballo, se extendió ampliamente, y se implantó profundamente, hasta el punto de que, de hecho, erradicó totalmente la cosmovisión anterior. No quedó rastro de aquella anterior visión holística de la Naturaleza como útero materno sagrado: la naturaleza –como hemos dicho– quedó despojada de su carácter sagrado; la mujer quedó degradada de la consideración y los roles de que había disfrutado anteriormente en aquel mundo holístico-matrístico desaparecido; todas las mentes y subjetividades giraron su mirada hacia lo alto, hacia el cielo, una tierra nueva, celeste, donde habita el nuevo inquilino y centro de la Realidad, dios.

Pues bien: Israel y Grecia surgen ya en este ambiente post-calcolítico con una separación del cielo y la tierra plenamente instalado, estabilizado y ratificado. Se había perdido enteramente –hacía tiempo, varios milenios– la memoria del pasado de convivencia unificada en la placenta nutricia del huevo cósmico de la época paleolítica. No había quedado ni rastro en la memoria, por lo que no hubo un solo punto sobre el que apoyarse para hacer una comparación. Lo que Israel y Grecia respiraban espiritualmente era lo único que se tenía a mano: el reciente nuevo «protoparadigma antropo-teocósmico» post-calcolítico, que ellos creían que era el primero, el original, el «de siempre», eterno, y único.

Israel y Grecia nacen pues dentro plenamente de este nuevo protoparadigma dualista, escindido, y asentadamente centrado en el dios del Cielo, el dios (a-natural, sobre-natural, in-material, masculino, supremamente inteligente, creador por la palabra...) del segundo piso. No tenían otro horizonte. Y, efectivamente, no dieron ninguna señal de duda, de vacilación, de examen crítico hacia este protoparadigma. Les parecía obvio. Ni siquiera lo concientizaron como tal –lo obvio, ni se menta, no es posible debatir sobre ello, con frecuencia ni siquiera se percibe–. No fueron capaces de sacar la cabeza fuera de esa «caja» cognitiva epistemológica en la que nacieron. Muy por el contrario: Grecia llevó a su culmen la idea de dios: elaboró el concepto de theos; no lo creó, venía de antiguo, pero lo perfeccionó –incluso, en la llamada «Ilustración griega», la sometió a crítica despiadada–. E Israel, por su parte, no sólo no sólo no superó la idea de dios –ni atisbó tampoco la memoria pre-calcolítica que tampoco estaba a su alcance– sino que pulió y extralimitó su teísmo hasta convertirlo en uno de los monoteísmos más emblemáticos de toda la historia de las religiones.

El biblista Tomas Römer, echando mano de los hallazgos científicos de la llamada Nueva Arqueología[39], con la ayuda interdisciplinar de otras ciencias lo más ampliamente posible, se ha expresado contundentemente en su libro, titulado «La invención de Dios». Y defiende el atrevimiento de tal título, explicando que, ciertamente, no fueron unos beduinos, que, en un oasis, se hubieran reunido en alguna ocasión para inventarse un dios a su conveniencia, pero que sí ciertamente fue en un proceso largo, muy elaborado, subconsciente en buena parte, histórico y con los condicionamientos propios del momento, como «fueron construyendo» el dios de Israel, con un itinerario difícil de reconstruir enteramente, pero cuyos rasgos fundamentales ya podemos dar por conocidos y reconocidos hoy. Y su significado también[40] nos parece conocido.

Dentro concretamente de la tradición cristiana, tenemos dificultades supremas, casi insuperables, para percibir todo esto –y mucho más para digerirlo y reconocerlo–. Primero, porque estos hallazgos de «re-flexión», de descubrimiento y desenterramiento del pasado (su pasado, que es nuestro pasa- do), son hallazgos bien recientes. Todavía, en estos años, la mayor parte de los teólogos y clérigos no han tenido noticia, en muchos seminarios no se estudian estos temas, y muchos de los biblistas y «arqueólogos bíblicos» de edad mayor, al enterarse reaccionan con un rechazo visceral: no pueden aceptar el cambio de cosmovisión que comportan. Incluso buena parte de la teología de la liberación, supuestamente ya crítica e ilustrada (¡segunda ilustración!) tiene dificultades con el tema, pues es un tema «en salida», que les saca de la placidez de la auto-referencialidad teológica...

Nuestro «relato» histórico-religioso-teológico tradicional milenario, está cerrado a cualquier posibilidad de

cambio de protoparadigma, y, sobre todo, da por descontado que lo que hemos heredado es una obviedad, es evidente, es totalmente seguro, indubitable, absoluto. Y además es «revelación». A este respecto hay que notar que, cuando pensamos que el concepto de «dios» no se puede tocar, «por ser revelación», seguimos bajo los efectos del blindaje que las culturas de aquel tiempo (de todos aquellos tiempos) hicieron para perpetuar el teísmo: atribuirlo a Dios, considerarlo revelado, siendo reforzado luego por los filósofos griegos, asumido gratuitamente por el cristianismo helenizado y luego refrendado por el aparato imperial de Constantino cuando decidió configurar una Iglesia y una teología (Nicea, Calcedonia...) que le pudiera servir como religión oficial del Estado, en sustitución de la decadente *religio romana*. Los negacionistas actuales no se dan cuenta de que rechazan entrar en el discernimiento simplemente por cerrazón, por una supuesta «fe a pesar de todo», irracional –la del que no se atreve a saber, *sápere aude*, sino que prefiere confiar en lo que le transmitieron–, tal vez por una autoafirmación voluntarista de la propia identidad, que ve en peligro.

La epistemología actual y nuestras «evidencias»

Importante este último punto: llevamos quizá 6000 años, desde finales de la edad del cobre, con este proto-paradigma antropo-teo-cósmico, dualista-teocéntrico, que venimos analizando. Como paradigma que es, diríamos que está formado por la articulación de varios axiomas (división de la realidad, asimetría radical de tal división, jerarquización de las partes, heteronomía radical de la realidad visible, teísmo de suprema inteligencia y espiritualidad de la realidad invisible, piso superior masculino y supremamente inteligente... lo ya dicho). Estos varios axiomas, decimos, combinados, forman el proto-paradigma, que no deja de ser un conjunto «axio-mático», es decir: (aparentemente) «e-vidente».

La epistemología actual está de vuelta de aquella suposición de que los axiomas son evidentes, y los postulados serían meramente «convenciones» sociales, decisiones humanas que «postulamos» darlas por aceptadas sin demostración, aunque la necesitan. En realidad –dice la epistemología actual– quizá no existen las evidencias. Nada es evidente. Somos nosotros los que dictamos qué es evidente, porque en el fondo, pre-conscientemente, y sin darnos cuenta, decidimos qué es lo que nos conviene que sea evidente, qué es lo que convenimos (postulamos) que para nosotros va a ser evidente. En definitiva: los axiomas –dice la epistemología actual– en realidad son «postulados».

Apliquémoslo al caso. El protoparadigma teísta, o teocéntrico, o dualista, post-calcolítico –que de cualquiera de estas formas podría ser llamado como por alguno de sus varios «propios»– arraigó de tal modo en la cultura posterior al calcolítico, que, de la edad de Hierro en adelante, no quedó rastro de que «otro proto-paradigma era posible», el protoparadigma anterior. Nadie pudo pensarlo y repensarlo. Tampoco Grecia. Tampoco la Biblia. Tampoco

Jesús de Nazaret. Quedaron todos «con la cabeza dentro de la caja», encerrados en la supuesta «evidencia» axiomática del tal protoparadigma, una evidencia además incuestionable, por sacralizada durante muchos siglos, prácticamente hasta hoy en las Iglesias.

Tampoco Platón, quien se identificó con él hasta el punto de que lo recreó, en una forma tan genial y bella, que lo grabaría a fuego en el alma occidental, para más de 25 siglos, hasta hoy, cuando todavía está vigente en la mayor parte de la mentalidad popular occidental. Toda la filosofía occidental quedó marcada a fuego y prendida del protoparadigma pos-calcolítico, pasado ahora por las bellas formas de que lo revistió Platón. El cristianismo naciente cayó de bruces ante él, admirando rendidamente el platonismo y sus reediciones y reviviscencias posteriores (neoplatonismos varios). Ya en el siglo XIX Nietzsche dirá que el cristianismo ha sido «platonismo para las masas»... y en el XX Whitehead dirá que la historia del pensamiento occidental se reduce a «notas a pie de página para Platón» (CUPITT: 1997, 62). Descartes repetirá, 2000 años después de Platón y Aristóteles, que hay dos clases de cosas: la res cogitans y la res extensa. El credo de Calcedonia ya lo había recogido antes: creador... «de todo lo visible y lo invisible», las dos clases de cosas, los dos pisos, la realidad rasgada de arriba abajo. Roger Lenaers, que hace sólo unos años publicó su rompedor libro Otro cristianismo es posible[41], se queda pensativo, como musitando admirado: «Parece que hubiera algo en la naturaleza humana, o en su subconsciente, que postule la necesidad de ese segundo piso superior; de otra manera –dice él– no se explica la profunda necesidad que la religiosidad popular evidencia respecto a ese constructo humano»[42].

La contribución de Aristóteles fue diferente a la de Platón[43], y de menor importancia. Instalado de lleno en el mismo protoparadigma, tampoco Aristóteles alcanzó a captar su contingencia, la posibilidad de que hubiera otra forma de pensar. Más bien lo reforzó filosóficamente con el principio de la teleología, el axioma de que todo cuanto ocurre está encaminado a cierto fin, y de que todo el cosmos es el resultado de un plan previo establecido por la Suprema Inteligencia... de un segundo piso... no sólo celeste sino meta-físico, óntico.

Las religiones formales, que aparecen por esta época, nacen con este mismo protoparadigma en su mente colectiva y en la «revelación» que les proporcionan sus dioses. Las tres grandes religiones, admiradas ante la belleza de la filosofía platónico-aristotélica, la hicieron propia, la asumieron poco a poco, la creyeron providencial incluso, y combinaron a fondo los principios básicos de la filosofía de Aristóteles con su concepción religiosa del Universo, transformando así esos conceptos físicos y cosmológicos en dogmas de fe. La doctrina física de Aristóteles fue aceptada como dogma durante sesenta generaciones. Ninguna otra figura de la historia de la ciencia, y muy pocas en todo el curso de la cultura humana,

ejerció una influencia tan profunda y duradera sobre el pensamiento posterior[44]. Todavía en el siglo XIX, la Iglesia Católica proclamaba a su hija, la filosofía neoescolástica, aristotélico-tomista, como la «filosofía perenne»[45]...

¿Y nosotros?

¿Y hoy? La Iglesia Católica por ejemplo, oficialmente, «no sabe/no contesta». Tampoco se lo plantea, ni admite que se lo planteen. Ni una sombra de duda –que sería obviamente una «duda de fe», contra la fe, y por tanto pecaminosa–. Todo para ella es teísta, y además omni-mono-teocéntrico. Desde el principio (in nómine Patris...) hasta el final, in sécula seculorum. Y eso, que estamos escribiendo/leyendo en 2021, más de cinco años después de la Laudato Si', que a pesar de toda su valiente novedad, a nivel paradigmático se encuentra también sumida de lleno en la caja del protoparadigma poscalcolítico: Dios arriba, nosotros abajo, Él (con el masculino a cuestas) en un segundo piso celestial, supremamente inteligente, de donde surge el designio arcano de su Plan Eterno de Salvación, y la Historia de Salvación y Redención en respuesta a la culpa del «hombre» (más exactamente, al decir de la Biblia, la culpa de Eva, que sedujo a Adán, que sale finalmente responsable por los dos...). En ese quinto aniversario he publicado una reflexión[46] sobre esta pertenencia clara de la visión de la Laudato Si' a la visión protoparadigmática pos-calcolítica y, en consecuencia, la distancia astronómica que la separa todavía de lo que hoy podría suponer un mínimo de intuición y de apertura hacia lo que la ciencia, y muchas mentes lúcidas ya con ella, están testimoniando respecto a la superación de ese protoparadigma, que no sólo parece ya obsoleto, sino que cada día vemos más claramente como dañino y opresivo.

2020-2021 son también los años de la pandemia del covid. Todos hemos escuchado durante esta pandemia a teólogo-filósofos y a algunas teólogas-biblistas[47], elaborando consoladoras reflexiones teológicas sobre cómo Dios, aunque parecería impotente ante la pandemia, no lo es, porque es todopoderoso; pero que, misteriosamente, no actúa, precisa- mente porque respeta nuestra libertad, y no por ello es injusto, ni deja de ser bueno, aunque no nos libere como podría hacerlo... Es decir: theos sigue reinando impertérrito en el cielo empíreo teológico pos-calcolítico, sin sombra de duda, sin el menor atisbo de cuestionamiento crítico. Todo sigue viéndose por el paradigma pos-calcolítico de los dos pisos, del piso de arriba, del theos espiritual todopoderoso superinteligente y misteriosamente providente, paradigma desde el cual todo se explica. (La única nota esencial que se le ha logrado extirpar al Theos clásico es la de su masculinidad original; ha sido un logro de última hora, que muestra que tampoco era una nota tan «esencial», como también podrían dejar de serlo otras notas sin que se hundiera el mundo –aunque sí se hundiera el «cielo»–).

Más de cinco milenios, y no logramos salir de ahí. Más allá de estos comentarios teológicos coyunturales en torno a la pandemia, las

teologías cristianas como conjunto y sus instituciones eclesiásticas, todas siguen dando por supuesto a theos, hasta hoy: mire vd. mismo cualquier texto que tenga a mano, o que encuentre en internet, sobre teología; verá que theos (es decir, el dualismo ontológico 'monista' jerárquico, la dualización de la realidad…) es el gran axioma, el gran «supuesto acrítico» e inconsciente» de la teología y de la religiosidad popular e incluso institucional hasta hoy la «Gran Creencia»; y la Big History, la gran ausente. Pero la actual sociedad moderna y del conocimiento ya no puede soportar creencias.

Chequeo epistemológico: ¿qué estatuto[48] tiene el teísmo? Tiene el mismo estatuto que el protoparadigma del que constituye su núcleo.

La «arqueología cognitiva» actual nos descubre el teísmo como una fase más –todavía en curso– de la evolución de nuestro desarrollo cognitivo. Una fase cuyo comienzo –sólo ahora mejor conocido, arqueológicamente, en los últimos sesenta años– es relativamente muy reciente, respecto a la historia global de nuestra especie. *Theos*, en todo caso, es una creación humana –no una «aparición celestial», una «revelación», ni mucho menos una deducción científica–. Es una «creación cultural»[49] auto-elaborada *ad hoc*, para nosotros mismos, en una fase difícil de nuestra propia evolución. Y, como todo conocimiento humano, la nueva epistemología nos dice que no es sino una «modulación» que nuestro cerebro hace para comprender/representar la realidad. Nunca tenemos de ésta una visión segura, ni –menos aún– definitiva; pero no nos cerramos a la «esperanza» de que el desarrollo cognitivo humano, sin ser estrictamente lineal, sí sea ascendente, elevándose a posiciones cada vez más profundas, seguras y clarividentes. [Aquí el agnosticismo radical, y también numerosos partidarios de la no dualidad… que piensan que al Darma o Braman no se le puede conocer en absoluto, y que es una mera ilusión pensar que avanzamos en el conocimiento de la Realidad, por más que pase el tiempo y mejore nuestra sabiduría].

El estatuto epistemológico del teísmo es, a fortiori, el estatuto epistemológico del propio theos. Theos, como el teísmo, es un paso de nuestra evolución; hemos llegado a él en un determinado momento de nuestra evolución y, obviamente, llegará el momento en que se nos quedará corto, y se volverá obsoleto. Todo parece indicar, como hemos dicho, que estamos en un nuevo tiempo axial, más profundo que el que señaló Jaspers[50], y paralelo a aquel otro primer tiempo axial del final del calcolítico. Descubrir/reconocer esto, puede ser una experiencia traumática, si no nos damos el tiempo y las pruebas necesarias, pero es inevitable afrontarlo, y no resulta insuperable. Buena parte de la sociedad del conocimiento y de la ciencia vienen adentrándose decididamente por este nuevo camino pos-teísta. Theos y el protoparadigma antropo-teo-cósmico que comporta, ya no cabe en la actual cosmovisión moderna. No se puede ser persona de hoy, es decir,

persona «moderna», con una cabeza amueblada según la Modernidad, que se haya atrevido a pensar por sí misma, y que haya rechazado el protoparadigma que se fraguó hace más de 5.000 años, y querer seguir incluyendo en nuestra cosmovisión a Theos. Eso es en el fondo el fenómeno del ateísmo y el del abandono masivo actual de las religiones en Occidente (la única zona cultural con una penetración suficiente de la Modernidad).

Lo que está ocurriendo es pues –entre otras cosas– una transformación epistemológica. No es «el fin del mundo», pero sí el fin de un mundo. Está acabando el mundo tal como hemos venido pensándolo desde hace 5 milenios. No es que esté «muriendo Dios» (lo que tradicionalmente hemos entendido por Dios, theos), ni que haya habido «Dios» o que esté dejando de haberlo (alguien ahí fuera, ahí arriba). No es algo realista, u ontológico, lo que está ocurriendo, sino epistemológico. Es sobre todo una transformación epistemológica. Es el descubrimiento que estamos haciendo del estatuto epistemológico de theos (y de todo nuestro conocimiento, acabamos de referirnos a ello) y, en consecuencia, del carácter no rea- lista de theos en el plano ontológico, y la toma de conciencia de las graves consecuencias que ambas cosas comportan en concreto en el patrimonio simbólico religioso de las religiones –teístas, pero también no teístas–. Refirámonos a ello más concretamente, veamos.

Hemos dicho que «los mitos de separación de cielo y tierra» expresaron en la cultura del momento el rasgamiento de la realidad cósmica, hasta entonces unida, unitaria, única, total (holística). Quedó confinada en el piso bajo la realidad material, natural (y con ella la realidad carnal y sexual); y ascendió al cielo, una realidad estrictamente espiritual, inmaterial, una realidad no natural, no material, no terrestre, no carnal, no sexual, puramente racional...

La arquitectura del mundo quedó reconvertida en dos mundos, dos niveles, «dos pisos» de realidad, radicalmente diferentes y diametralmente opuestos. Ya hemos dicho: no un mundo de dos pisos simétrica y pacíficamente ordenados, sino siempre en lucha por causa de la rebeldía de la materia, la naturaleza, la carne, el mundo; la paz y el orden que en ese mundo dividido pudiera conseguirse, sólo obedece al imperio de la fuerza del mundo superior sobre el inferior, que obviamente dimana principalmente de Theos –la clave de la bóveda, decíamos–, de quien dimana todo en definitiva.

Esta (metafórica) «separación del cielo y de la tierra» que se instaló en la cosmovisión humana hace cinco milenios, no fue un cambio ontológico del cosmos –como no lo sería tampoco hoy si decidiéramos nosotros unir en nuestro conocimiento lo separado–. No fue que el mundo efectivamente se rasgó. Se rasgó el mundo humano, su noosfera, el mundo mental y cultural humano, el paradigma cósmico que hasta entonces la humanidad había llevado inscrito en sus genes mentales-culturales. Igualmente surgió ahí, como piedra clave necesaria de esa nueva

bóveda mental cultural humana, theos, la pieza clave de esa nueva cosmovisión, de ese nuevo protoparadigma. También en esto, no es que «surgió ontológicamente» theos, no es que ahí vino al ser, sino que vino simplemente a ocupar el puesto central de esa nueva cosmovisión mental. Nada ontológico, ninguna transformación del ser, ningún evento óntico, realista. Simplemente, una recomposición epistemológica dentro de la noosfera humana, provocada obviamente por algunos eventos transformativos infraestructurales.

El surgimiento de theos en esa transformación, no fue un evento óntico, ni siquiera ontológico, sino epistemológico. Theos es, por definición histórica, la pieza central de un modelo de representación del mundo, originado hace todos esos milenios, que abrió una nueva etapa histórica para el desarrollo conciencial, cognitivo y material humano, y que ha entrado en crisis pero que no ha sido enteramente desplazado, ni mucho menos.

¿Estamos abocándonos hacia el nihilismo?

Se lo preguntará algún lector. Pues... no hay por qué suponerlo. Estamos diciendo que la aparición de theos, un inquilino recién aparecido en ese piso superior que fue construido por encima del mundo terrestre, no fue sino un elemento de aquel gran cambio epistemológico que se registró en la conciencia humana en esta región del mundo a la que nos estamos refiriendo. Un acontecimiento epistemológico; no óntico. No que algo nuevo pasó a existir[51], ni nada que dejó de hacerlo. Nada de esta transformación epistemológica a la que nos estamos refiriendo incluyó un evento óntico. Lo que había, lo que hubiera, lo que fuera en verdad la Realidad de entonces, lo tuvo que seguir siendo, y hoy lo estará siendo. La epistemología no tiene correspondencia óntica. (Estamos, obviamente, en una epistemología nueva).

De nuevo: ¿estamos abocándonos al nihilismo? Obviamente no. El descubrimiento de que la transformación de la conciencia humana es algo epistemológico y no ontológico; es una transformación epistemológica de nuestra mente que «des-realiza» nuestras afirmaciones noéticas y de conciencia, pero no niega la realidad de la realidad real –externa a nuestra realidad mental–.

Nada de nihilismo: lo que sea la Realidad «ónticamente» –digámoslo así, aun con cierta impropiedad– lo sigue y seguirá siendo sin verse afectada para nada por las modulaciones que nuestra inteligencia elabora y reelabora permanentemente para tratar de captarla, interpretarla y conocerla. Pero también: nada de dogmatismo cognitivo: nuestro conocimiento no crea realidad... sino sólo modulaciones, «entes de razón», herramientas hermenéuticas, «ficciones útiles». Y también, una cierta dosis de agnosticismo: siempre es bueno desconfiar de nuestra capacidad de conocer, y de nuestras propias afirmaciones.

Theos y divinidad

Según esto, considerar que theos sea una realidad cognitiva, una creación

humana cultural, y que su aparición sea un evento epistemológico, no implica afirmar que no exista algo tal como la Divinidad[52]. El mundo, el cosmos, la realidad… puede ser divina, puede tener divinidad, o sacralidad, misteriosidad… Darse cuenta de que hemos sido nosotros los humanos quienes hemos construido a theos (y no al revés), no conlleva caer necesariamente en el ateísmo: puedo lle- gar al convencimiento de que theos es un simple concepto nuestro, y que no tiene respaldo en la Realidad real óntica[53], cósmica… (es decir, pensar que no es un Ente, ni un Señor, Espiritual, Supremamente inteligente, Omnipotente, Providente, Transcendente, Separado, Personal, Revelador, Absoluto, «absolutamente autónomo» frente al cual todo es heterónomo y relativo y contingente…), y puedo sin embargo pensar que el mundo es «divino», que el cosmos respira «divinidad» por los cuatro costados, que es sagrado, que es/ está habitado de Misterio inefablemente… y puedo adorar y venerar esa divinidad, esa sacralidad, reverentemente, hasta extasiarme como un místico: ¡este mundo y este cosmos son realmente divinos…! Puedo percibir, sentir a mi manera, pensar, concluir, decidir conscientemente «creer» en todo esto, que muchos bien pueden llamar Dios, sin ser teísta: puedo no creer en theos y ser profundamente religioso y espiritual.

La inmensa mayor parte –casi la totalidad– de la teología actual, y de las instituciones eclesiásticas, todavía no entran en esta distinción. Veamos. Hace cincuenta años, a raíz claramente del Vaticano II entre los católicos y de otros eventos similares entre los protestantes, surgió con fuerza el tema de «las imágenes de Dios»[54], prácticamente desconocido hasta entonces en la pastoral. Nos estuvimos esforzando en los decenios que siguieron por «purificar la imagen de Dios», rechazando y hasta negando… sus «imágenes» inadecuadas o incluso «falsas», lo cual no nos llevaba, en absoluto, al ateísmo. Al contrario: precisamente, el abordaje de aquella superación de imágenes inadecuadas y falsas de Dios, lo considerábamos un medio pastoral oportuno y eficaz para propiciar el diálogo con los que negaban a Dios-sin-más. La mayor parte de la teología actual sigue anclada en aquella perspectiva: continúa preocupada por limpiar y recuperar la nitidez del rostro de Dios, contra sus malas imágenes, pero… no descubre que está llegando otra ola más fuerte y más honda, que en algunos lugares/sectores poblacionales ya está avanzando como un tsunami.

A aquel descubrimiento de hace cincuenta años, de que las imágenes de Dios eran un gran problema, ha sucedido hoy el descubrimiento de que el problema está más abajo de las imágenes; está en el mismo Dios. En el concepto mismo de Dios (Theos). Ya no es que nuestros contemporáneos no acepten a un Dios sádico[55], violento, «metementodo»… (y mil otras adjetivaciones o imágenes inadecuadas); más bien es a Theos mismo a quien ahora niegan: niegan ese Ente, Señor, Todopoderoso, externo, interventor, separado,

espiritual, subjetividad especial supremamente inteligente, sin otro fundamento que nuestra inteligente e imaginativa creatividad para construir explicaciones inalcanzables. Ese theos, iniciado hace 5000 años, y mejorado y pulido conceptualmente por los griegos, y con el que los cristianos se identificaron ciegamente hasta desplazar con él a Yahvé, y el teísmo mismo, ya no son de recibo en la sociedad que está llegando para quedarse.

Hace 50 años dimos un salto importante hacia adelante cuando interpretamos que el problema no era con Dios mismo, sino con sus imágenes. Hoy, a la altura de la evolución de nuestra cultura, esas imágenes aparecen como un problema como menor, de segundo orden, y aparece claro que el problema raíz es el concepto mismo de theos: su origen histórico, su elaboración, su autoría humana, su estatuto epistemológico... todo lo que venimos diciendo. Aparece claro que ya no basta –y que queda de alguna manera sobreseída– la pastoral de la «purificación de las imágenes de Dios». Que lo que urge ahora es superar algo más hondo y paradigmático, un modelo de interpretación de la realidad profunda que hoy se revela obsoleto, además de nocivo[56]: *Theos mismo*.

La cuestión es pues *theos*, no la Divinidad[57]. Descubrir el estatuto epistemológico de theos, su génesis mitológica, a pesar de su posterior recuperación filosófica griega, así como la evidencia de su inviabilidad en una sociedad adulta, emancipada, científica y postmítica, no nos lleva al ateísmo, sino simplemente al pos-teísmo o, dicho todavía más asépticamente, al no-teísmo. El no teísmo no es por sí mismo ni ateo, ni nihilista, ni materialista-reduccionista, ni cerrado al Misterio, a la sacralidad ni a la divinidad; simplemente, se desembaraza crítica y conscientemente de un «producto evolutivo» creado por el ser humano, una «ficción útil» de la que se sirvió en un momento dado del desarrollo de su cultura y de sus medios de infraestructura material; un elemento cuyo origen, estatus ontológico y epistemológico hemos logrado conocer sólo últimamente, y que se revela ahora claramente como perteneciente a una etapa histórica superada, injustificado, obsoleto, anacrónico (fuera de su tiempo, ya caducado) y responsable de implicaciones negativas (incluso para el planeta). Y, por todo ello, un concepto de uso nocivo.

Aquel ateísmo materialista reduccionista decimonónico que al rechazar a theos creía necesario rechazar también la sacralidad de la vida, el Misterio del cosmos, y la numinosidad de la realidad... prácticamente desapareció; ha sido abandonado poco a poco por la sociedad científica actual. En aquel histórico enfrentamiento entre ateísmo ('científico') y cristianismo, tanto el uno como el otro erraron, al confundir a Theos con el Misterio de la Realidad, con la divinidad de la Realidad. El ateísmo, por su ceguera ante las dimensiones supramateriales de la realidad, y por su avasalladora actitud nihilista ante cualquier realidad que no fuera meramente material. Y el cristianismo erró por su ceguera ante las contradicciones de la imagen cultural-filosófica de su propio

theos, tomándolo por el rostro mismo indiscutible del Misterio inefable. Es por eso que, más allá de aquellos «Diálogos entre cristianismo y ateísmo» del siglo pasado, hoy hay voces que declaran la inanidad de aquel diálogo de sordos que querían convencerse unos a otros: los dos estaban equivocados, y los dos tenían razón.

Roger Lenaers sostiene en uno de sus últimos libros (LENAERS 2013: último capítulo) que cristianismo y ateísmo tienen que reconciliarse, porque los dos tienen razón, y juntos pueden aportar a la humanidad una nueva visión, libre de aquella confusión.

Creo en Dios, pero no es theos. «Divinidad»[58] posteísta...

¿Podremos seguir diciendo «dios», en el posteísmo? Pues sí, claramente, pero, bajo determinadas condiciones, y con mucha lucidez, para no seguir perpetuando el daño realizado y todavía en curso.

Aunque la traducción de theos sea, obviamente, «dios», es bien claro a estas alturas que en este estudio estamos postulando la necesidad de distinguir muy claramente dos sentidos o acepciones muy diferentes en esa palabra «dios». La acepción vulgar, en uso desde hace milenios, es la que lo entiende como theos, cuyas «notas esenciales» ya hemos elencado y comenta- do ampliamente más arriba. La acepción técnica sería la que por «Dios» entiende la «Realidad Última», o –tal vez mejor– la «Ultimidad de la Realidad», fuera efectivamente de todas aquellas «notas» que correspondían a theos. Así, puede no creer en dios (theos), y sin embargo sigue teniendo la necesidad y el deber de «apostar»[59] por la Realidad Última, por la búsqueda de la Ultimidad de la Realidad, sin transigir con el mito, con la mitología, con la imaginación religiosa irresponsable, con las «creencias» que se transmutan en dogmas gratuitos, ni con la infantil «fe del carbonero», o los dogmas opresores de la mente impuestos por el autoritarismo de la institución religiosa. Obviamente, esta actitud de «apostar por la Ultimidad de la Realidad»[60] no debe reducirse a la evitación formal de unas palabras; la actitud posteísta implica no sólo el abandono del concepto *theos*, sino el abandono de todo lo que *theos* conlleva, todo aquello de lo que *theos* es su causa y su centro (teocentrismo). En la teología tradicional, por ejemplo, todas sus ramas son teístas, y teocéntricas; un cristianismo libre de *theos* necesitará entonces una teología totalmente nueva, no teísta, no teísta, ni teocéntrica. También, una mística también nueva, no teocéntrica[61]. Así de grave es la metamorfosis que postulamos.

Un cristianismo posteísta, ya existe, pues son muchos los cristianos posteístas; pero, desde luego, se hallan estos cristianos a la intemperie, rodeados de un patrimonio simbólico religioso milenario que sienten obsoleto, incluso hostil. Otro cristianismo es posible, y urgente, y ¡es posteísta!

¿Hay que desterrar, o raer, la palabra «dios»? No, lógica- mente. Lo que sí hay que hacer es resignificarla, delimitar nuevamente su significado, declarando explícitamente superado (cuando utilicemos el término) aquel concepto que precisa- mente le dio origen.

Las palabras, como los conceptos, nacen, crecen, enferman, mueren… y a veces resucitan. La palabra dios, en el sentido de theos, nunca debiera ser usada ya en el sentido histórico-mítico de theos, un Dios ahí arriba, ahí fuera, externo, Señor, interventor, «él»… Todo uso en este sentido es nocivo, perpetúa el daño que nos ha hecho.

¿Prohibimos entonces la palabra «dios»? Tillich propuso una moratoria para con la palabra: no utilizarla durante cien años. Personalmente, creo que eso nos haría bien, para obligarnos a resignificar una palabra-concepto que hoy nos hace daño, pero en absoluto, no se debería prohibir, porque también ofrece un buen servicio a quien sepa utilizarla: si la utilizo como un «símbolo de la Ultimidad de la Realidad», del Misterio, de la «divinidad de la realidad», como una simbolización suya para evocarlo, como un tropo del lenguaje para dirigirme a ella… puede ser muy útil, porque guarda la con- notación de ultimidad, tan difícil de encapsular en una nueva. Puedo utilizar el término «dios», con tal de que nadie me lo vaya a entender como theos, o sea, sólo donde mis interlocutores ya tienen claro que no hay un señor ahí arriba, ahí fuera, y que no estoy hablando de nada que se parezca a los dioses míticos de los pueblos neolíticos post-calcolíticos, y hodiernos. No podemos ser conniventes con semejante confusión, que atrasa la evolución humana, lastra la capacidad de la humanidad para alzar el vuelo hacia una nueva época de inteligencia de la Realidad. Pero evitado claramente ese grave peligro, sí cabe añadir a nuestro vocabulario esa palabra ahora renovada tan cargada de mística y de energía**62**, cabe utilizarla con arte y con todos los juegos y tropos del lenguaje, libre de todo teísmo, y aplicada ahora como un nombre más de esa ultimidad de la Realidad que seguimos tratando de evocar e incluso de invocar no personalísticamente.

En Dios sin dios: en el Misterio, sin Theos

Una conclusión que podemos derivar de todo lo dicho es que, «creer en Dios», lo que siempre ha sido, en nuestra historia cristiana conocida milenaria, el primer artículo de fe, la base mínima para reconocernos dentro del cristianismo, sin la cual no podíamos ya dialogar sobre nada, ya no es lo que fue. Ya no podemos pedir a nadie, como primer artículo de fe de la religiosidad de nuestra comunidad religiosa, que crea que hay un Señor ahí arriba ahí fuera. Creer en Dios ya no es aquel primer requisito sine qua non. Puede no creer en dios, puede ser a-teo, y ser cristiano. Una gran novedad, un salto cualitativo, de conciencia, de comprensión, de paradigma.

Puedo dialogar con los ateos y decirles: yo tampoco creo ya en Dios; reconozco que insistí en algo innecesario; confundí el fondo último con una simple forma de imaginarlo, de modelarlo, de hacérnoslo accesible a nuestra mente mítica. Y comprendo vuestra negativa a aceptar aquella imagen, mito, modelo, forma, mediación epistemológica. Yo tampoco la creo ya necesaria, ni adecuada, ni tampoco inocua… Pido disculpas por el malentendido. También yo prefiero prescindir de esa

imagen y/o concepto que hoy me parece ya obsoleto.

Puedo dialogar con los jóvenes críticos que me dicen que «no creen en Dios», y no pensar en adoptar una actitud paternal para supuestamente «evangelizarles» llevándoles a no dejar de «creer» en Dios... Puedo decirles: díganme por qué no creen en theos, porque sospecho que yo comparto también esas razones, porque yo tampoco creo en ese Dios-theos que ustedes rechazan. No creo en ese dios que, hasta unos jóvenes como ustedes sienten la necesidad de rechazar, de no creer en él. No crean en él, porque no están obligados a ello, y no se echen por tanto atrás de seguir siendo personas completas, buscadoras reverentes de la ultimidad de la Realidad. No creamos. Busquemos la verdad de la Realidad, su sacralidad, y vivamos conforme a ella, según nuestra convicción espiritual Definitivamente, podemos decir que ya no se trata de «creer»... Antes todo estribaba en creer, en someterme a unas doctrinas y paradigmas, aunque no las entendiera o no me convencieran; se trataba de someterse. Ahora creemos que el ser humano no está llamado a someterse, a «creer», a renunciar a su razón y aceptar ciegamente las creencias que le exija una institución, ni tampoco a... «alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima». Con el ser humano moderno emancipado, el «principio y fundamento» de Ignacio López de Loyola[63] se queda sin fundamento, y a partir de ahí, no parece ya tampoco un buen «principio»; hay que comenzar de otro modo[64].

En esta nueva etapa posteísta de la visión humana, no se trata de creer sino de reflexionar, de estudiar, discernir, de decidir... y de arriesgarse personalmente, «optar», por el sentido percibido, con autonomía, con libertad, emancipados de toda minoría de edad, de todo miedo y toda mitología.

Puedo dialogar con todas las religiones, es decir, con todas las convicciones espirituales –incluida la del ateísmo–, y puedo proponerles retirar ese nombre («dios») de nuestro vocabulario, porque confunde, porque limita nuestra libertad espiritual, porque está irremisiblemente perdido bajo el peso de una tradición manchada de mitología, de opresión, de inquisición, incluso de muerte. Puedo proponerles que abandonemos ese nombre, Dios, y cualquier otro nombre que le hayamos dado, no porque «no se le pueda nombrar» (por res- peto, por inefabilidad, como muestra de respeto mediante el reconocimiento humilde de nuestra incapacidad), sino porque al nombrarlo lo deterioramos, lo destruimos, lo convertimos en algo, en alteridad, en una cosa, o al menos en un Ente, como siempre de hecho lo ha venido pensando la práctica totalidad del Pueblo religioso. Las religiones, muy pulcras en su teología oficial, han transigido generalmente con la religiosidad popular dirigida a un Ente imaginado.

Sólo liberados del espejismo seductor, de ese «amigo invisible», de ese Señor Dios Todopoderoso que atraía nuestra mirada y secuestraba nuestra atención hacia el cielo empíreo, fuera del mundo, ya en el futuro escatológico de «otros» cielos y tierra nuevos, diferentes; sólo liberados de

ese espejismo podremos volver la mirada a la materia, a la Tierra y al cosmos real, a la Realidad.

Sólo liberados de un theos que secuestra y acapara en sí la Divinidad de la Realidad y se la lleva expatriada a un cielo separado de la tierra, podremos volver los ojos a la divinidad profunda de la Realidad, a la divinidad de todo, del Todo.

El budismo no es teísta, no cree en theos, para nada, no cree que haya dioses. Pero nadie discutirá su profundidad espiritual y religiosa. Llevan así varios milenios en su laboriosa historia espiritual. Ello explicaría, por paralelismo antitético, lo que pasa por ejemplo en el mundo cristiano, donde este planteamiento de superación del modelo del teísmo, levanta ampollas y le parece imposible a quien lleva toda su vida y su historia centrado en theos: hablar de no teísmo le puede parecer un absurdo, una catástrofe, la ruptura del sentido de la vida espiritual. Estas personas reivindican también el «carácter personal» de theos como algo esencial e imprescindible. Sin theos ahí arriba como «amigo invisible» siempre dispuesto al contacto directo de la oración íntima, se les imposibilitaría no sólo la oración, sino la espiritualidad. No valdrían para budistas. Y es que llevamos ya milenios en ese modelo teísta, y no es algo de lo que uno se pueda desprender voluntarísticamente, si no recorre un camino de análisis, reflexión, y educación de un nuevo sentido para percibir y saborear la sacralidad no teísta de la Realidad holística. Actualmente son infinidad las personas que abandonan la espiritualidad teísta (muchas veces por dificultades insuperables para sobrellevar sus implicaciones teóricas cosmológicas obsoletas, en la sociedad culta actual) y se abren cada vez más a espiritualidades y religiosidad sin theos.

No se acaba el mundo; se acaba, simplemente, un mundo, un mundo de representaciones –que no de realidades– que creíamos inamovible, e insustituible –porque no nos era imaginable otro, y porque lo habíamos blindado entronizándolo revelado por el propio theos creación nuestra–. Se acaba ese mundo, y sí, es algo que da miedo, pero que hay que afrontar con valor y con coraje. En el fondo, sin duda, se trata de una liberación, y de un salto evolutivo hacia adelante. Bienvenido sea el posteísmo.

Este estudio se ha centrado en delimitar bien un concepto técnico de teísmo (no de «dios») y en mostrar la conveniencia de que la humanidad se desprenda de una barca con la que ya cruzó ese mar, o de la escalera con la que ya accedió a una etapa superior; puede abandonar la barca y la escalera, que ya cumplieron su cometido, y seguir caminando, sin miedo, con toda libertad, hacia horizontes mucho más amplios[65]

Postdata: Es hora de superar nuestra herencia mitológica, confrontando de una vez nuestra teología con la ciencia

Igual que hoy sabemos arqueológicamente que no hubo Éxodo histórico (ni plagas, ni cena pascual en Egipto, ni Mar Rojo dividido, ni peregrinación por el

desierto, y por tanto tampoco zarza ardiendo ni tablas de la Ley esculpidas por rayos chispeantes, ni Diez Mandamientos...), y que a Yavé también se le representó en épocas primeras bajo la forma de un becerro o toro joven -como en las religiones de los pueblos vecinos-, y que tuvo divinidad consorte venerada incluso en el Templo de Jerusalén, cuyas huellas fueron luego raídas del texto bíblico, y podemos seguir siendo «creyentes», sin credulidad, lúcidamente, con una «nueva ingenuidad»,

del mismo modo hoy sabemos que theos no es una revelación al pueblo de Israel (todavía inexistente por aquel entonces), ni una «revelación» a los pueblos kurgans, de las estepas. Hoy creemos saber cuándo apareció theos, por dónde, simultáneamente en varios lugares; intuimos sus factores y condicionamientos culturales, y vemos claramente trazables y reconocibles las repercusiones políticas del teísmo primigenio de estos pueblos, y la colonización y dominación que ejercieron sobre sus vecinos.

No es que todo este contenido que estamos refiriendo sea un material científico ya comprobado, pacíficamente poseído, ni mucho menos; queda mucho por recorrer en este camino. Pero mirar para otro lado, no tener en cuenta nada lo que ya hoy sabemos, y seguir ocupados en elaborar y reelaborar nuevos refritos con las mismas creencias y mitos multimilenarios, «nuevas propuestas sobre los mismos inalterados presupuestos», inaccesibles a toda crítica, puede dar razón a los que dicen que la teología es un monumento a la lógica, sobre un pedestal falso y obsoleto. Por otra parte, pensar que la ciencia pone en peligro «la fe», es un error: es este miedo a la ciencia el que lleva ya varios siglos destruyendo la fe religiosa, mientras las personas más lúcidas abandonan –hoy masivamente– el barco que se hunde. Es hora de tomar la arqueología, la antropología cultural, las ciencias de la religión, y todas las demás ciencias, en serio, y muy en serio. También aquí, hay que salir de la auto-referencialidad: teología en salida.♦

Notas

1 Este nombre es ahora discutido... pero nos referimos en todo caso al género homo.

2 Con otras especies humanas... hoy por hoy no sabemos.

3 Ésa es la antigüedad atribuida al hinduismo, la considerada más antigua.

4 Expresión de Carl Sagan.

5 Nos referimos a una inteligencia como la de los humanos, sin entrar en su conceptuación, sabiendo que en un sentido profundo todo el fenómeno de la Vida es tendencialmente inteligente, y que no hay una ruptura de continuidad entre nuestra inteligencia y la de los demás seres, aunque los hayamos llamado «inferiores».

6 Eduard PUNSET, en Ciencia para todos: «El cerebro no busca la verdad, sino sobrevivir»: *https://tinyurl.com/yb8c2ls6*

7 No en el sentido llano de actividad cognitiva e intelectual, sino en un sentido especular, de espejo, de mirar nuestra imagen reflejada, de mirar nuestro pasado, de dónde venimos, quiénes somos, y de retrotraernos lo más posible con el conocimiento a los orígenes, a la verdad concreta, más allá de suposiciones, intuiciones o imaginaciones: una reflexión especular cognitivamente reflexiva, en los dos sentidos.

8 Y decimos que lo «sabemos», científicamente.

9 Única, aunque enormemente biodiversa a la vez.

10 Nadie sabe realmente qué es la religión, al menos, todavía nadie ha logrado satisfacer a los demás con una explicación convincente. Ver: Robert CRAWFORD, *What is religion?*, Routledge, NY and London 2002, cap. 1.

11 Precisamente nuestro género ha disminuido el tamaño de los colmillos heredados. Juan Luis ARSUAGA, Evolución del tamaño de los dientes y el cerebro en nuestros antepasados: *https://tinyurl.com/yd8x3tdm*

12 Sigo aquí especialmente de cerca a Michael MARDER y Luis GARAGALZA, *Evolución, inadaptación y patología creativa*, en BERMEJO, *Pensar después de Darwin. Ciencia filosofía y teología en diálogo*, Comillas– Sal Terrae, 2014, p. 106-128; aquí: 119.

13 *rtve.es/b/redes/semanal/prg251/entrevista.htm* – Ibíd.

14 De entre 200.000 y 300.00 años, según la duda introducida por los últimos descubrimientos del Norte de África ya en este siglo XXI.

15 No podemos decir «desde el inicio», porque no sabemos qué fue el inicio.

16 No, desde luego de religiones, que en este período todavía faltaban miles de años para que aparecieran entre nosotros.

17 No estoy remedando a Yuri Gagarin en el espacio, cuando dijo que no había «visto» allí a Dios... Me refiero a un hecho muy concreto y verificable: que hoy la ciencia cree saber que, para este tiempo del que estamos hablando, el homo sapiens no ha elaborado todavía una idea semejante.

18 Aunque generosamente supongamos 300.000 años de existencia para nuestra especie, según las últimas noticias aún por confirmar, 6.000 años sólo significan el 2% del tiempo humano evolutivo ya recorrido.

19 *Von Ursprung und Ziel der Geschichte*, 1949. Traducción española: *Origen y meta de la Historia*, Alianza Editotrial, Madrid 1980. Y parece que 70 años antes que Jaspers ya Glennie lo había presentado, aun- que no se hizo caso a su aportación, quedando la de Jaspers como si fuera la primera y la única. Eugene HALTON, *From the Axial Age to the Moral Revolution. John-Stuart Glennie, Karl Jaspers and a new understanding of the idea*. Palgrave Macmillan, NY 2014.

20 Karem ARMSTRONG, hablando del dios que sacó de Egipto a los israeli- tas, lo describe así: «Se trata de un Dios feroz, parcial y homicida: un Dios guerrero a quien llamarán Yahveh Sebaoth, Dios de los ejércitos. Es apasionadamente partidista; no siente compasión por nadie más que por sus propios favoritos; es simplemente una divinidad tribal». No era una revelación,

ni una invención propia israelita esta manera de imaginar a Dios. Cfr. ARMSTRON, Karen, *Una historia de Dios. 4000 años de búsqueda en el judaísmo, el cristianismo y el islam*, Paidós Internacional 1995, 521 pp, aquí 44. Por cierto, al concentrar- se este libro en los últimos 4000 años, se queda dentro de la caja teísta, renuncia a la luz imprescindible que arrojan los 2000 años anteriores, que vieron el origen, la aparición de theos.

21 Remito al estudio *Humanos, Naturaleza Dios*, donde expongo más pormenorizadamente estos cambios, en *josemariavigil.academia.edu*

22 Esta dimensión de la «heteronomía» será uno de los ejes fundamenta- les de la rebelión de la Modernidad, en los siglos XVII-XVIII. También es el hilo conductor del libro de Roger LENAERS, *Otro cristianismo es posible. Fe en lenguaje de modernidad*, col. Tiempo Axial no 10, Abyayala, Quito 2008, 244pp.

23 Véase: *eatwot.academia.edu/ JoséMaríaVIGIL/Modernidad-sin-2-pisos*

24 «El mundo no es problema que está ahí afuera, para resolver; es un ser vivo, al cual pertenecemos. El mundo forma parte de nuestro ser, y nosotros formamos parte de su integralidad sufriente. Hasta que vayamos a la raíz de nuestra imagen de separación, no podrá haber curación. Y la parte más profunda de nuestra separación de la Naturaleza reside en el olvido de su identidad sagrada, que es también nuestra propia naturaleza sagrada» (VAUGHAN-LEE 2017: 25-26).

25 VIGIL, *Naturaleza, Humanos, Dios*, ibid.

26 Al modo de Nisagardatta: «Yo soy eso», *I'm that*, Acorn Press, North Carolina 1973.

27 M. BUBER, *Gottesfinsternis*, in *Werke*, I, München 1962, 509.

28 ZAHRNT, Heinz, *A vueltas con Dios. La teología protestante en el siglo XX*. Ed. Hechos y Dichos, Zaragoza 1972.

29 Otros paralelos se pueden rastrear en diversos ámbitos, en especial en la religión. La investigación bíblica actual, sobre todo a partir de la década de los [19]70 –tras haberse considerado a la religión de Israel durante siglos como fundamentalmente distinta a las demás religiones por tratarse de una Revelación divina–, tiende a reconocer de manera prácticamente unánime que no es posible un estudio en profundidad de dicha religión sin atender al marco cultural en el que se inserta, es decir, al ámbito de las culturas del Oriente Medio Antiguo en sentido amplio, incluyendo Anatolia. En especial, se hace cada vez más evidente el surgimiento relativamente tardío del monoteísmo en el antiguo Israel, que se habría desarrollado paulatinamente en un contexto semítico noroccidental y gracias a decisivos impulsos de las religiones del entorno. GARCÍA TRABAZO, José Virgilio, *Textos religiosos hititas. Mitos, plegarias y rituales*. Trotta, Madrid 2002, p. 46.

30 Ibíd., p. 35.

31 Edward CHIERA, *They Wrote On Clay. The Babilonian tablets speak today*. University Chicago Press, Chicago & London 1966, original of 1938.

32 Del OLMO, Gregorio, *Les*

Bibliothèques de L'Antiquité, de la Chrétienté et du Judaïsme, in «Studia Monástica» vol 49/2 (2007) 377-401.

33 Tel El Amarna, en Egipto. MORAN, William, *The Amarna Letters*, Johns Hopkings University, 1992 (original de 1987, Les Lettres de El'Amarna, Cerf, Paris 1987), 441 pp.

34 En Ugarit, por ejemplo, YON, Marguerite, *The City of UGARIT at Tell Ras Shamra*. Eisenbrauns 2006, cap. 3, p. 123ss.

35 La extispición: examen de las vísceras de los animales sacrificados para «leer» en ellas la revelación de la voluntad de los dioses, es una práctica profusamente practicada por los pueblos de la región, no sólo a nivel popular sino con toda solemnidad oficial a nivel real o estatal.

36 Mircea ELÍADE, *Historia de las creencias religiosas*, vol. 1, Paidós, México 1978, p. 120-121.

37 Cfr Humanos, *Naturaleza, Dios, 2.0. Renovar el paradigma central de nuestra cosmovisión*. Ibid.

38 Entre los kurgans, fueron concretamente los dorios quienes llegaron a Grecia, y las paralelas invasiones semíticas venidas desde Arabia llegaron a Canaán, que los especialistas relacionan con el mundo bíblico del sur de Israel. La primera ola sería de los años 4300-4200 aec; la segunda hacia el 3400-3200, y la tercera en torno al 3000-2800 aec. Cfr EISLER: 1991, 50-51.

39 No la clásica «arqueología bíblica», que por ser «bíblica» –en el sentido en que lo era–, no puede ser científica.

40 Me impresionó especialmente la conclusión de Römer sobre el significado del nombre de Yahweh. Después de toda una vida oyendo las más diferentes teologías sobre el abismo de sabiduría que encerraría esa forma verbal – que en realidad nadie sabe cómo se podría traducir–, este especialista del máximo nivel concluye sin temor que es preciso desinflar la atención prestada a dicho nombre. RÖMER, Th., *L'invention de Dieu*, Seuil, Paris 2014.

41 En muchas comunidades populares que han estudiado ese libro en España, lo llaman «el libro de los dos pisos», el libro que hace abrir nuestros ojos para ver que estamos ante un mundo dividido en dos pisos.

42 Roger LENAERS, *Otro cristianismo es posible*, cfr *supra*.

43 «La filosofía platónica creía en el éxtasis profético, en tanto que Aristóteles, con su espíritu científico, se mostraba muy desconfiado respecto de los diversos procedimientos de la mántica». Raymond BLOCH, *Los prodigios en la Antigüedad clásica*. Paidós, Buenos Aires, 1963, p. 21.

44 S. SAMBURSKY, *El mundo físico de los griegos*, Alianza Editorial, Madrid 1990 (original de 1962), p. 104-105.

45 LEÓN XIII, Encíclica *Aeterni Patris*, del 4 de agosto de 1879.

46 VIGIL, JM, *«Laudato Si': punto también de partida». Apuntes de meta- pastoral, para ir más allá de la Laudato Si'* [Paradigma oikocéntrico]. Y: *«Laudato Si': also starting point». Meta-pastoral notes, to go beyond Laudato Si'* [Oikocentric Paradigm]. En: *https://eatwot.aca- demia.edu/ JoséMaríaVIGIL/Ecocentrismo*

47 Mientras el feminismo se

quede dentro de la caja bíblica, será un feminismo a medio camino, incapaz de llegar a las raíces y de hablar con las mujeres (y hombres) de hoy, realmente modernas y posmodernas.

48 No decimos estatuto «ontológico», porque estamos en una sociedad postmetafísica, e incurriríamos en contradicción; hoy podríamos decir, con ventaja, «estatuto de realidad».

49 José Antonio MARINA lo llama con gracia benévola un «producto cultural», como la ciencia y la poesía, el cálculo infinitesimal o la geometría analítica. «Es una invención que a partir del mundo visible, intenta buscar la otra mitad del símbolo, de la moneda rota. Convierte al sol en un rey, narra la aparición de los mundos o las historias domésticas de los dioses o el enfrentamiento entre el Bien y el Mal, la guerra escatológica. En esa especie de poetización continua, en ese afán de transfigurar todas las cosas con un significado nuevo, rodea los acontecimientos más cotidianos con rituales que los salvan de su intranscendencia y los hacen transcendentes. Se inventa una poética de lo cotidiano, que subraya religiosamente los acontecimientos diarios, como si hubiésemos realzado la prosa de la vida con un rotulador fosforescente». *Dictamen sobre Dios*. Anagrama, Barcelona 2002, p. 21ss

50 Karl JASPERS, *op.cit*.

51 Existir, de ex-sistere, tener «sistencia fuera de»; o como se ha dicho: «llegar a estar fuera de las causas y de la nada».

52 Divinidad, aquí, y siempre que no diga lo contrario, no es un nombre común, no es un sinónimo de dios (como por ejemplo en «las divinidades de Egipto», que se refiere obviamente a «los dioses» de Egipto). Divinidad lo empleamos en su sentido gramatical más directo: un nombre abstracto, que viene a significar «el carácter de divino que algo tiene», como amistad es el carácter de amigo que una persona tiene para mí, o enfermedad es el carácter malsano que algo tiene. Muchas veces, el plural de los abstractos delata que hemos convertido la palabra en un nombre común. Por ejemplo: tengo muchas «amistades»... es una figura de lenguaje; para hablar más propiamente (más concretamente), lo que tendríamos que decir sería que tengo muchos «amigos/as».

53 «Aunque no haya un dios ahí arriba», de LENAERS, Abyayala, Quito 2013, libremente disponible en la ampliación de los Servicios Koinonía: *https://tinyurl.com/ServiciosKoinonia2*

54 Monumento emblemático de la preocupación pastoral de aquella época es el libro «El Dios en quien no creo», de Juan ARIAS, que aún sigue reimprimiéndose (Sígueme, Salamanca 2004), y que ha sido traducido a diez idiomas. Véase: Juan ARIAS, «El Dios en quien no creo. Más de 40 años después», Agenda Latinoamericana Mundial'2011, pág. 42-43, disponible en el archivo digital de la Agenda Latinoamericana.

55 François Varone, *El Dios sádico. ¿Ama Dios el sufrimiento?*, Sal Terrae 1988.

56 Nociva hoy, tal vez no en el proceso evolutivo. De hecho, el paradigma antropo-teo-cósmico postcalcolítico fue una forma como la biología consiguió hacernos viables... Cumplió ya

su función, pero su perpetuación parece ya nociva. Como nuestro conocimiento en general, ha sido una «ficción útil», pero actualmente ya está fuera de la fecha de su caducidad.

57 Con este sustantivo abstracto, que tantas veces actúa como sinónimo de «dios» y «dioses» en plural, me refiero a la sustancia destilada de lo que durante milenios hemos llamado «dios», pero despojada de todos los elementos impuros que hoy sabemos que son simplemente modelo de conocimiento, modulación nuestra para habérnoslas con la realidad. Todas esas determinaciones que venimos diciendo que son «constituyentes» del modelo theos, y que ya no resultan aceptables.

58 He erradicado de mi vocabulario la palabra divinidad como un sustantivo concreto, que en este caso sería sinónimo de dios, theos. Cuando digo divinidad, uso la palabra en su propia condición semántica directa, como un sustantivo abstracto. Son dos sentidos totalmente diferentes, que no pueden confundirse, como indiqué más arriba.

59 He abordado en varios textos mi convencimiento de que «ya no se trata de creer». La necesidad de fe –una de las tres reinas entre las virtudes (no en vano theo-logal)–, sin la cual sería imposible agradar a Theos, parece que va a desaparecer también con la desaparición o superación de Theos, que jugaba al escondite, creándonos y llamándonos a la vida, pero no dejándose ver y exigiendo «creer» en su existencia... Ya no resulta verosímil.

60 «Creer en Dios», me parece equívoco, y peligroso a estas alturas, y creo que este «apostar por la ultimidad de la Realidad» expresa perfectamente hoy lo que en lenguaje teísta llamábamos «creer en Dios».

61 La mística tradicional está bajo mínimos. Se consuela con el renovado interés espiritual de una sociedad que se va de la religión por no poder aceptar un theos ahí arriba/ahí fuera, pero todo el lenguaje tradicional de la mística está lastrado por el teísmo, por ese Tú espiritual, esposo del alma, amundano, acósmico, superpersonal, amigo invisible, y con frecuencia encerrado todavía en la caja escriturística de su respectiva religión. Sin embargo, y sin ese nombre, la vuelta a la mística, integral, cósmica, 'no espiritual', oikocéntrica, holística... está proliferando por todas partes. Y ya libre del encierro en la caja de la Escritura, medita y contempla sobre «el primer libro»... sin Kirios, sin Señores ni esposos.

62 Cfr. *supra*, la citación de Martin Buber.

63 *Ejercicios espirituales*, Sal Terrae 2014, p. 18.

64 Después de la modernidad, ya no se puede comenzar pura y simple- mente por la afirmación teísta pura y dura, en su máximo y descarna- do rigor. Eso es una losa (aunque funja como piedra clave de la bóveda postcalcolítica), que pesa inaceptablemente sobre el ser humano «moderno», emancipado del miedo, del sometimiento feudal. Agustín Udías (sj) informa sobre el movimiento de la Big History, cada vez más aceptado por un número creciente de universidades, como un nuevo marco para toda ciencia. Cfr. «La "Gran Historia" (*Big History*) y el Antropoceno: Dos Nuevos Enfoques del Pasado y el Presente», en:

servicioskoinonia.org/relat/454.htm

65 En este texto, a propósito, no he abordado las inmensas y excelentes perspectivas de la espiritualidad no teísta, la espiritualidad «después de theos». Lo he tratado en varios otros estudios, a los que remito, en: eatwot.academia.edu/JoséMaríaVIGIL/Ecocentrismo Ver concretamente: VIGIL, JM., *Ante la catástrofe climática, una nueva visión y una nueva espiritualidad,* Ponencia en el 12o Encuentro Internacional del CETR noviembre de 2017.

Bibliografía de apoyo

BARING, Anne, CASHFORD, Jules, *El mito de la diosa*, Siruela, Madrid 1991, 851 pp

BECKING, Bob (ed.), *One Only God? Monotheism in Ancient Israel and the veneration of Goddess Asherah*. Sheffield Academic Press, NY 2001, 234 pp

BELLAH, Robert, *Religion in Human Evolution. From the Paleolithic, to axial age*. Harward University Press, Cambridge USA, 2011, 777 pp

CUPITT, Don, *After God*, BasicBooks, HarperCollins, NY 1997, p. 62.

DEL OLMO, Gregorio, *De los 1.000 y más dioses al Dios único. Cuantificación de los panteones orientales: de Egipto a Cartago*. En: Actas II Congreso Internacional del Mundo Púnico. Cartagena, 6-9 de abril de 2000. En: revista «Estudios Orientales» no 5-6 (2001-2002) 19-32.

DEVER, William, *Did God Have a Wife? Archaeology and folk religion in Ancient Israel*. Eerdmans, Grand Rapids, Michigan, USA, 2005, 361 pp

EATWOT (Ecumenical Association of Third World Theologians), *The New Biblical Archaeological Paradigm*. In VOICES theological Journal, 2015- 3&4, multilingual issue, freely digitally available at *eatwot.net/VOICES*

EATWOT, *Deep Ecology Spirituality*, monographic multilingual issue, VOICES 2014–2&3, freely digitally available at *eatwot.net/VOICES*

EISLER, Riane, *El cáliz y la espada*, Cuatro Vientos, Santiago de Chile, 1991, 310 pp

FINKELSTEIN, Israel, *La Biblia desenterrada. Una nueva vision arqueológica del antiguo Israel y de los orígenes de sus textos sagrados*. Siglo XXI editores, Madrid 2003, 312 pp

GIMBUTAS, M., *Bronze Age Cultures in Central and Easter Europe*, Mouton & Co., Paris-London 1965, 780 pp

GIMBUTAS, Marija, *The three waves of the kurgan people into Old Europe*, 4500-2500 B.C., «Archives suisses d'antropologie générale 43/2 (1979) 113-117.

GIMBUTAS, M., *Diosas y dioses de la Vieja Europa (7000-3500 a.C.)*, Siruela, Madrid, 2014,

HALTON, Eugene, *From the Axial Age to the Moral Revolution. Stuart- Glennie, Jaspers & a New Understanding of the Idea*. Palgrave-Macmillan, 2014, 160 pp

HUXLEY, Julian, *Religión sin Revelación*, Editorial Sudamericana, BsAs,

1967, 296 pp

KATONA, A.L., *Proto-Greeks and the Kurgan Theory*, «The Journal of Indo-European Studies» 28 / 1-2 (Spring-Summer 2000) 65-100.

KAUFFMANN, Stuart, *Reinventing the Sacred, New View of Science, Reason & Religion*, Basic Books, 2008, 324 pp

KAUFFMANN, S., *At home in*

the Universe, Oxford University Press, 1995. KEARNEY, Richard, *Anatheism. Returning to God after God*. Columbia

Univ. Press, NY 2010, 271 pp

KOMOROCZY, G., *The Separation of Sky and Earth. The cycle of Kumarbi and the Myths of Cosmogony in Mesopotamia*. «Acta Antiqua». Academiae Scientiarum Hungaricae XXI(1973) 21-46.

LENAERS, R., *Aunque no haya un Dios ahí arriba. Vivir en Dios sin dios*. Colección Tiempo Axial 16, Abyayala, Quito 2013, 214 pp

LENAERS, Roger, *El no teísmo, como último paso*. RELaT 430, *servicios- koinonia.org/relat/430.htm*

McFAGUE, Sally, *Modelos de Dios*, Sal Terrae, Santander, 1987, 309 pp O'MURCHU, Diarmuid, *Reclaiming Spirituality. A new spiritual framework*

for today's world. Crossroad NY 1999, 197 pp

REICH, David, *Who We Are and How We Got Here. Ancient DNA and the new science of the human past*. Oxford University Press, Oxford UK 2018. 368 pp

RIES, Julien (coord.), BOYER, GIMBUTAS et alii, *El hombre indoeuropeo y lo sagrado*, Trotta, Madrid 1995, 367 pp

RÖMER, Thomas, *L'invention de Dieu*, Seuil, Paris, 2014, 340 pp SPONG, John Shelby, *Un cristianismo nuevo para un mundo nuevo*.

Colección Tiempo axial no 14. Abyayaya. Quito 2001, 216 pp SPONG, JS, *Doce Tesis sobre el teísmo. Llamada para una Nueva*

Reforma, en Agenda Latinoamericana'2011, pág. 227. VAUGHAN-LEE, Ll. (ed) et alii, *Écologie Spirituel*, Mille et une vies,

Montreal 2017, 375 pp VIGIL, José María, *El «Teísmo», un modelo útil pero no absoluto para*

«imaginar» a Dios. Agenda Latinoamericana'2011, p. 142-143.

VIGIL, José María, *Naturaleza, Humanos, Dios. 2.0. Renovar el paradigma central de nuestra cosmovisión*, en: eatwot.academia.edu/JoséMaríaVIGIL

VIGIL, JM., *El nuevo paradigma arqueológico bíblico. 1.1*, en: *eatwot. academia.edu/JoséMaríaVIGIL/Nueva-Arqueología*

VIGIL, JM., *También Yavé bajo el nuevo paradigma arqueológico-bíblico*, en: *eatwot.academia.edu/JoséMaríaVIGIL/Nueva-Arqueología*

VIGIL, JM., *Ante la catástrofe climática, una nueva visión y una nueva espiritualidad*, en: *eatwot.academia.edu/JoséMaríaVIGIL/Ecocentrismo*. ♦


Erupción del volcán…
La Palma
19 - 9 - 2021